



© Mariano Martín Rodríguez, © Derechohabientes de Gian Caduff, © Derechohabientes de Lluís Ferran de Pol, © Derechohabientes de Aquilino Ribeiro, © Derechohabientes de Joaquim Ruyra

Relatos especulativos latinoeuropeos del pasado al futuro

Introducción y traducción de Mariano Martín Rodríguez

La ficción especulativa es tan variada que resulta difícil encontrarle un denominador común. En lengua inglesa se emplea a menudo el término de *speculative fiction* para designar todas aquellas ficciones que se alejan del *realismo*, esto es, de la transfiguración literaria de ambientes de la vida cotidiana. Sin embargo, la propia amplitud del término lo convierte en tremendamente vago y, en consecuencia, de dudosa utilidad hermenéutica. Además, ¿cómo justificar la inclusión en esa ficción especulativa a la inglesa lo fantástico propiamente dicho, consistente precisamente en la irrupción en un ambiente cotidiano y mundano de un fenómeno inexplicable por infringir las leyes naturales de nuestro universo? Tal irrupción es sobrecogedora precisamente porque no cabe

para ella explicación alguna dentro del mundo cotidiano, de cuya esfera no se sale en la ficción fantástica, ni tampoco en otras semejantes por su planteamiento como el llamado *realismo mágico*, cuyo sustantivo remite literalmente a ese realismo desdeñado por la *speculative fiction*. Ahí tenemos una contradicción poco menos que insoluble que se suele pasar por alto. Para superarla, tal vez convendría circunscribir algo más la noción de ficción especulativa. Para ello, ¿por qué no recurrir a su definición implícita en la obra de uno de sus grandes cultivadores, Jorge Luis Borges (1899-1986)?

En su importante prólogo al clásico ficción científico *La invención de Morel* (1940) de Adolfo Bioy Casares (1914-1999), Borges calificó esa novela de ejemplo de «imaginación

razonada». *Imaginación* puede considerarse en su contexto como un equivalente de la clase de fantasía inventora de aquellos mundos ficcionales que la narratología suele denominar *secundarios*. Estos serían entes ficticios completos que, según la terminología tolkieniana, serían subcreados, esto es, se inscriben en nuestro mundo creado como realidades alternativas que no fingen ser reflejos o fragmentos de nuestro universo *primario*, a diferencia de la ficción *realista*. La isla en que funciona la invención de Morel podría ser un buen ejemplo de mundo secundario, como lo son los universos anticipados del futuro en la mayoría de la ciencia ficción, así como los universos legendarios ajenos a la historia o los mitos patrimoniales de nuestro mundo en la fantasía épica, sino olvidar los abstractos universos espirituales y, como tales, independientes de la materialidad del cosmos en que vivimos que protagonizan, por ejemplo, las visiones alegóricas. Pero, ojo, para ser especulativos, estos mundos ficticios deben ser *razonados*, lo que no quiere decir que tengan que ser *racionales*. Simplemente, su subcreación se ajusta en la ficción especulativa a los requisitos de la razón humana; son mundos coherentes y lógicos cuya construcción se inspira en los métodos a que el uso de la razón ha dado lugar en las diversas ciencias formales, aplicadas, naturales, humanas y divinas, sin olvidar los saberes aplicados que se derivan de aquellas (ingenierías, medicina, sociología, mística, etc.). Un ejemplo puede servir para distinguir la ficción especulativa de la que no lo es.

La escritura de la fantasía épica moderna es inconcebible sin mediar un trabajo previo de subcreación de civilizaciones siguiendo los métodos que, en el mundo primario, han permitido a las ciencias históricas, geográficas y mitográficas, entre otras, revelarnos la

existencia de civilizaciones de nuestro pasado (o de nuestro presente exótico) de las que antes apenas se tenían noticias. Los autores de fantasía épica no hacen sino aplicar esas ciencias a civilizaciones de su invención, tal y como indican la presencia casi ineludible de mapas en sus libros. En cambio, ¿qué necesidad alguna hay de mapas en la ficción maravillosa? ¿Acaso importa el ordenamiento político del reino de la Bella Durmiente? ¿Importan su geografía, su historia, sus relaciones exteriores, su organización social, sus mitos y sus ritos? Nada de ello tiene pertinencia en el mundo secundario de los cuentos de hadas, mientras que es fundamental en la fantasía épica, desde sus inicios en la Alemania romántica hasta las exitosas sagas actuales de los feudos de hielo y fuego. Otros ejemplos podrían aducirse en otros géneros de ficción especulativa, también en los basados en las ciencias divinas, pues las visiones alegóricas de un Dante Alighieri o de la biblioteca babélica borgesiana se ajustan a la razón teológica o metafísica, mientras que las visiones oníricas y afines, como las de los surrealistas y asimilados, son arbitrarias por definición, asumidamente *irracionales e irrazonadas*.

Una vez introducida esta distinción esencial entre la «imaginación razonada» de la ficción especulativa y la imaginación literaria que prescinde de la razón (como está perfectamente en su derecho), la esfera de lo especulativo en la ficción se ha reducido mucho y puede contar ya con unos límites diríase *razonables*. Sin embargo, tales límites apenas han constreñido históricamente la fantasía humana, a juzgar por el número casi inabarcable de obras de ficción, en primer lugar literarias y luego audiovisuales, que ha producido desde los inicios de la escritura, desde los mitos sobre tiempos primordiales hasta las anticipaciones a muy largo plazo. Las subcreaciones de la ficción

especulativa se han ido sucediendo a lo largo de la historia y, aunque el triunfo circunstancial de la estética *realista* en los últimos siglos parece haber ocultado ese hecho, al menos entre aquellos que dictan lo que es prestigioso leer y lo que no, lo cierto es que tales subcreaciones han seguido ofreciendo obras de alto valor también en nuestra época, caracterizada más bien por la hegemonía de la cotidianeidad más chata y trivial en la ficción. Para ilustrar a la vez ese valor y la propia diversidad y potencialidades de la ficción especulativa en la edad contemporánea posterior a la Revolución Industrial, hemos seleccionado siete narraciones ambientadas en distintos lugares y períodos, desde la protohistoria hasta un porvenir lejanísimo, escritas en Europa en las siete lenguas románicas troncales¹ antes de la Segunda Guerra Mundial, el conflicto que arruinó definitivamente la centralidad geopolítica y cultural de aquel continente. Se podrían haber escogido muchas otras. Esta es tan solo una muestra, reunida atendiendo al placer estético y el entretenimiento que, creemos, puede reportar su lectura. Empezaremos por un ejemplo de ficción histórica que, a diferencia de las narraciones arqueológicas basadas en cualquier reino antiguo documentado, tiene carácter especulativo por tratarse de civilizaciones cuya invención se debe básicamente a la imaginación,

disciplinada por el conocimiento de las hipótesis emitidas por los arqueólogos para dar sentido cultural e histórico a sus hallazgos de objetos mudos.

Una parábola de la prehistoria lacustre

La ficción prehistórica o paleoficción tiene su origen en la conjunción de los descubrimientos paleontológicos, que fueron revelando la existencia de especies humanas anteriores a la nuestra, con una nueva visión de la historia de la Tierra que tendía a sustituir las viejas concepciones de la creación teológica por otras en las que el cambio constante de las condiciones naturales provocaba mutaciones correspondientes en los seres vivos, incluido el ser humano, que está tan sujeto al juego de la evolución como los demás animales. Aunque sería abusivo vincular estrechamente los avances científicos con la historia literaria, no cabe duda de que la continua aparición de fósiles, incluso de homínidos, aguijó la imaginación de numerosos escritores europeos y americanos en la segunda mitad del siglo XIX. Estos tomaron como punto de partida las pocas informaciones que podían desprenderse científicamente de los escasos restos de épocas tan lejanas para crear

¹ Troncales en el sentido de variante más consolidada lingüística y culturalmente de aquellos grupos lingüísticos románicos que, al menos, en una de sus variantes alcanzó a tener una norma oficial e indiscutida, a saber, de este a oeste: dacorrománico (rumano), italarrománico centromeridional (toscano), retorrománico (surselvano), galorrománico septentrional (francés), galorrománico meridional (catalán), hispanorrománico central (castellano) e hispanorrománico occidental (portugués). Dentro de cada uno de estos grupos, existen otras variantes que pueden enorgullecerse de ricas literaturas y de un alto grado de normalización lingüística, como la gallega o la occitana, pero estas son en extremo semejantes a las variedades troncales correspondientes (portugués y catalán, respectivamente) y, además, no cuentan con una ortografía única básicamente indiscutida, tal y como indican ortografías alternativas como la lusista en gallego o la de los felibres en occitano. En romanche, denominación que engloba las variedades retorrománicas de los Grisones, el ladino tiene una literatura tan sólida y antigua como la surselvana, pero está atomizado en normas dialectales distintas, mientras que el surselvano cuenta con una norma sólida que unifica en la lengua escrita los numerosos dialectos hablados en las distintas poblaciones de la región. Otros grupos como el sardorrománico o el italarrománico septentrional no tienen variedad alguna que haya escapado a la categoría de dialecto, aunque el logudorés podría llegar a hacerlo si contara con una infraestructura cultural que, hoy por hoy, difícilmente encuentra un terreno propicio en Italia.

mundos ficticios arcaicos dotados del prestigio intelectual de los nuevos conocimientos, unos mundos en los que la fantasía evocadora ofrecía a los lectores un panorama vivo de los antepasados de la Edad de Piedra. Este panorama presentaba ya entonces grandes variaciones dependiendo del período en que se desarrollara el relato.

No era realmente posible que tuvieran el mismo planteamiento una historia que se desarrollara en el Paleolítico, cuando los seres humanos eran nómadas y no disponían de una organización social compleja, que otra que se desarrollase en períodos posteriores, desde el Neolítico, cuando la sedentarización y el crecimiento de una economía productiva a raíz de la expansión de la agricultura y la ganadería favorecieron el surgimiento de instituciones públicas organizadas. Aunque en los estudios sobre la ficción ambientada en la prehistoria no se suele distinguir entre ficciones del Paleolítico y del Neolítico, el tema fundamental de la relación del ser humano primitivo con la naturaleza que lo rodeaba era, además, muy distinto en unas y otras. En las primeras, el tema esencial parece ser la confrontación de aquellos humanos con una naturaleza que, dado su limitado desarrollo tecnológico, difícilmente podían aspirar a dominar. En cambio, las condiciones económicas y sociales del Neolítico, cuando ya se dominaban la agricultura y la ganadería, eran muy distintas. En consecuencia, la ficción correspondiente ya se centra no en lo animal, sino casi exclusivamente en las relaciones entre los propios seres humanos reunidos en el seno de una sociedad sedentaria. La convivencia en un mismo lugar de grupos a lo largo de las generaciones daba a lugar a tensiones antes desconocidas. Para afrontarlas, parece ser que fue entonces cuando se consolidaron instituciones organizadas para administrar

lo colectivo, desde la religión, con sus mitos y sus ritos, hasta el propio poder político, hacia dentro (control social) como hacia afuera (por ejemplo, defensa del territorio frente a atacantes, cuando el territorio ya tenía un sentido social a consecuencia de la sedentarización). En consecuencia, en las ficciones ambientadas en el Neolítico y épocas posteriores, es lo artificial en objetos e instituciones lo que predomina, frente a lo primacía de lo natural en las del Paleolítico. La lucha por la supervivencia pasa a tener un carácter *social*, mucho más que *natural*.

No obstante estos principios de validez general en las ficciones ambientadas en la prehistoria, existen ejemplos en que se presenta precisamente el paso de un mundo a otro. Así ocurre, en primer lugar, en una novela alemana traducida a varios idiomas titulada *Rulaman* [*Rulaman*] (1875), de David Friedrich Weinland (1829-1915). En ella se cuenta cómo una población paleolítica que había alcanzado un notable equilibrio social y humano es trágicamente borrada del mapa por otra más numerosa y avanzada tecnológicamente (conoce incluso el trabajo del cobre) debido a la manipulación de los sentimientos públicos por el sacerdote de los invasores. En cambio, la perspectiva del genocidio se ofrece solo como una posibilidad temida por una población que vive todavía en las cavernas en «Kab l'architecte» [*Kab el arquitecto*], uno de los relatos recogidos en el volumen titulado *La tasse de Saxe* [La taza de Sajonia] (1928) del francés Jacques Bainville (1879-1936), hoy más conocido por su labor historiográfica que por sus muy estimables relatos. Entre ellos, la historia de Kab y su pueblo se torna en parábola especulativa sobre la manera en que una sociedad puede abrazar la innovación salvadora sin romper con el pasado, sino más bien haciendo evolucionar la mentalidad colectiva de forma orgánica, sin revoluciones violentas,

tal y como seguramente preferiría un intelectual como Bainville, oficialmente conservador, pero consciente por su preparación de historiador de que nada puede resistir al cambio cuando este madura e impone su necesidad ineludible. Así proceden los hombres de las cavernas entre los que se cuenta Kab, en un momento de crisis causada por su conocimiento del peligro que entraña la posible próxima llegada de otros hombres que los vencerían con sus armas de metal, mientras que ellos solo usaban instrumentos de hueso y piedra tallada. Para evitar la catástrofe de la expulsión o la esclavización que los amenaza, al inventivo Kab se le ocurre que podrían construir palafitos sobre el lago donde pescaban, y así protegerse.

De esta manera, al genio de un individuo es a lo que Bainville atribuye el origen de una civilización que se habría caracterizado por asentamientos permanentes sobre viviendas de madera apoyadas en pilares sobre el agua de los lagos de Europa Central, y de ahí su denominación de *lacustre*. Su descubrimiento en Suiza a mediados del siglo XIX había hecho correr ríos de tinta, tanto de tratados arqueológicos como de numerosas ficciones que aspiraban a recrear especulativamente la vida en aquellos palafitos. Estas novelas, relatos e incluso dramas lacustres se constituyeron rápidamente en la principal manifestación de las ficciones del Neolítico, sobre todo en lenguas alemana y francesa. En esta última, Élie Berthet (1815-1891) escribió «La cité lacustre» [La ciudad lacustre], una de las narraciones prehistóricas de aventuras de la serie de *Le monde inconnu* [El mundo desconocido] (1876). En alemán, Friedrich Theodor Vischer (1807-1887) publicaría poco después en su novela *Auch Einer* [También uno] (1879) otra novela más breve atribuida a un personaje y titulada *Der Besuch* [La visita], en la que la detallada reconstrucción arqueológica se supedita a una

sátira de aspecto épico-fantástico contra el conservadurismo religioso. «Kab l'architecte» se inscribe en esta serie de obras, aunque más en la línea crítica y reflexiva de Vischer que en la bélica y animada de Berthet. Sus pescadores y cazadores de las cavernas acaban construyendo la ciudad lacustre planeada por su protagonista, sin que medien finalmente enfrentamientos con otras poblaciones, ya que el conflicto es entre lo viejo y lo nuevo. Kab da muestras de una singular astucia política al conseguir que la tribu adopte su idea, pese a que suponía un cambio total del modo de vida del grupo y una afrenta a sus dioses, razones por las que los ancianos, quienes ostentan el poder total en la tribu, podrían haber decretado la muerte del osado innovador. El orgullo de Kab por su triunfo final, que culmina con su elevación a la jefatura, le impide entender el argumento del anciano cuyo discurso determina la aprobación de los planes de aquel. El cambio histórico es imparable y ni siquiera lo que el innovador cree insuperable perdurará por toda la eternidad. Irónicamente, es la voz de uno de los que Kab tildaba de conservadores y creía ligados ineludiblemente a todo lo viejo el que extrae la enseñanza más verosímil de la historia, mientras que el revolucionario que cree mover sus hilos es realmente movido por ellos. El anciano había comprendido cómo avanza el curso de la historia y había obrado de manera que la historia no arrastrara a su pueblo a la violencia externa, y tampoco a la civil interna. Además, lo había hecho siendo consciente de la vanidad en última instancia de las construcciones humanas, intrínsecamente efímeras desde la perspectiva larga de la historia humana. Un lúcido escepticismo funda paradójicamente el tono finalmente optimista del relato, pues es lo que propicia el final feliz de la mutación cultural contada con sutil humor por Bainville, así como con un ritmo narrativo bien

controlado y un estilo cuya relativa sencillez es compatible con un planteamiento por momentos casi ensayístico, como correspondía a la narrativa intelectual novecentista europea en la que se inscribe sin duda la obra del autor. Esta corriente, que podemos ver representada en castellano en la serie de recreaciones arqueológicas especulativas de *La novela de España* de Manuel Gómez Moreno (1870-1928), también publicada en 1928, tuvo pronto fin. La década de 1930 no será tan propicia en Europa al templado optimismo histórico de aquellos autores de los años veinte del siglo pasado.

Una fantasía mítica hebraica

A consecuencia de la crisis de 1929 y de las tensiones sociales y políticas a que dio lugar, se produjo en Europa una exacerbación de los nacionalismos excluyentes que ya habían provocado en 1914 la Primera Guerra Mundial y la aparición de nuevos Estados sobre bases étnicas, algunos de los cuales tuvieron que reafirmar su existencia por las armas, además de mediante la marginación o represión de sus propias minorías nacionales. En este contexto, no es de extrañar que los tambores de guerra se oyeran estruendosamente a lo largo de la década de 1930 y que la literatura se hiciera eco de ello, por ejemplo, mediante la ficción anticipatoria de guerras futuras, entre las cuales se puede recordar una española en castellano, *Después del gas* (1935), de David Arias (1890-1976). Ese mismo año se escribió también en España, pero ahora en catalán, otra ficción narrativa admonitoria del peligro de una nueva guerra mundial provocada por la instrumentalización

política del nacionalismo, una guerra que se haría realidad trágicamente en 1939. Se trata de una que lleva un título revelador, «La pau impossible» [*La paz imposible*], cuyo autor, Lluís Ferran de Pol (1911-1995), no pudo publicarla, junto con otras narraciones fabulosas y especulativas escritas también en esa misma década de 1930, en un volumen hasta 1964, con el título de *Triptic* [Tríptico]², seguramente porque se lo impidió el estallido de la Guerra Civil española de 1936. En esta guerra, el nacionalismo también desempeñaría un papel fundamental, tanto por parte de los partidos separatistas hegemónicos en Cataluña y las provincias tradicionalmente llamadas Vascongadas como por parte de los militares golpistas que se alzaron, entre otras razones de orden más político (fascismo frente a comunismo) contra el riesgo entonces muy real de desmembración de España como Estado. En este doble contexto hispano y europeo, «La pau impossible» resulta bastante original por varios conceptos.

Su conclusión no deja lugar a equívoco en lo respecta a su mensaje antinacionalista, pues los grupos que enarbolan unas banderas como símbolo de su diferencia frente a otros no lo hacen por un nacionalismo que tuviera fundamento sustancial alguno, ni étnico (por ejemplo, todos hablan la misma lengua y profesan la misma religión) ni comunitario (todos forman parte del mismo grupo y reconocen los mismos ancestros). Se trata simplemente de una escisión provocada por la ambición política de aspirantes a caudillos y de la adhesión borreguil y unánime de las masas que los siguen como tales. Si bien este fenómeno era especialmente visible en aquella época de 1930, ni nació entonces, ni se extinguió

² La traducción se basa en esta edición: Lluís Ferran de Pol, «La pau impossible», *Triptic*, Barcelona, Selecta, 1964, pp. 171-206. Agradecemos al profesor Josep V. Garcia Raffi, que gestiona los derechos de autor de Ferran de Pol, su generosa autorización para publicar aquí esta traducción, y a Manuel Esteban Santos por su atenta revisión de la misma.

tampoco después, pese a la catástrofe que había provocado. El nacionalismo, al igual que otras creencias políticas tendentes al totalitarismo (horizontal y vertical), sigue muy presente hoy, de manera que «La pau impossible» parece no haber perdido un ápice de su actualidad, como sugiere la propia historia pasada y reciente de la Cataluña natal del autor, región en la que los cuestionamientos del nacionalismo desde el propio campo nacionalista no son legión.

La postura moral y política de «La pau impossible» en su contexto no es, con todo, lo pertinente desde el punto de vista artístico, que es lo que único que vale realmente cuando se trata de literatura. Podría aludirse a este respecto al estilo del autor. Este se caracteriza por la discreta poesía que se desprende de sus sobrias descripciones paisajísticas, acordes con la estética de la desnudez propia del neorrealismo coetáneo. También destaca que su sencillez, que sirve a la fluidez narrativa no está reñida con una retórica mesurada, lo que se puede observar, por ejemplo, en los numerosos diálogos. Se observan en ellos figuras de estilo ausentes normalmente de la literatura de masas, tales como las repeticiones, que dan lugar a una estética del paralelismo. Este configura también la sucesión de los acontecimientos y parece especialmente adaptado a una historia que, sin imitar el llamado estilo bíblico, se inscribe también en el universo de los mitos hebreos, aprovechando la parquedad de información sobre las primeras eras de la humanidad presente en el libro del *Génesis* para inventar una civilización muy afín en apariencia a las subcreadas por la fantasía épica.

Ferran de Pol escribió por la misma época una arqueofantasia o fantasía protohistórica como «Els hereus d'en Xanta» [*Los herederos de Xanta*] (1934), en la que subcreó una civilización antigua por completo, y una fantasía mitológica como «La pau impossible»,

cuyo carácter especulativo la aleja de las numerosísimas reescrituras de los mitos hebreos que tan solo introducen en ellos novedades de detalle (por ejemplo, ambientación más ampliamente descrita o introducción de personajes accesorios). En cambio, lo accesorio en esa narración de Ferran de Pol es lo que toma prestado de la Biblia, que se reduce a que el Dios del pueblo descrito es también Yavé y al hecho de que este habría convenido con ese pueblo no volver a inundarlo con un diluvio universal, dejándole el arco iris como prueba y recordatorio visibles de esa promesa, según el versículo del *Génesis* que figura al inicio del relato. Si no fuera por esos dos detalles, el pueblo primero unido y luego dividido que lo protagoniza habría podido pasar por ser fruto de la invención del autor. En cualquier caso, ninguna de las peripecias narradas debe gran cosa al hipotexto hebreo, sino que dibujan una gesta heroica que cabe considerar épico-fantástica. Ni siquiera están ausentes los rasgos sobrenaturales legendarios, pues el héroe que inicia su búsqueda de algo antes tenido por imposible no solo aporta a su pueblo novedades aplicadas de carácter histórico, como la doma del caballo, sino también otras de puro carácter fabuloso, como el robo de un color, en una hermosa escena en la que el autor demuestra sus altas dotes narrativas. En consecuencia, si bien no puede considerarse fantasía épica propiamente dicha al faltarle el aspecto fundamental de subcreación plena, «La pau impossible» se inscribe como una obra maestra tardía de una serie de ficciones que se esforzaron por llegar los huecos del mito hebreo, y al hacerlo, contribuyeron durante la primera mitad del siglo XIX al surgimiento de la fantasía épica, junto con la reactivación de la Atlántida como espacio de ficción. La principal y más épico-fantástica de ellas es el poema épico *La chute d'un ange* [*La caída de un ángel*]

(1838), de Alphonse de Lamartine (1790-1969), destacando también, en prosa, la leyenda «Miriam la trasquilada» (*Cuentos y fábulas*, 1861/1862), de Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880). «La pau impossible» prolonga muy dignamente esa tradición y, al mismo tiempo, la pone al día tanto en lo relativo a su forma y estilo como a su significado.

El lejano pasado mítico de los hebreos adquiere en «La pau impossible» un valor de ejemplo para la crisis de la modernidad, un ejemplo laico y completamente desligado de la religión judía y de sus derivaciones cristiana, musulmana y mormona. Esta secularización de las tradiciones religiosas se puede observar también en otro relato muy original escrito en la Suiza de lengua romanche, una región que no parecía tan expuesta a la guerra por la acrisolada neutralidad defensiva de aquel país, pero que no estaba inmune a la sensación general de crisis psicológica y moral en Europa que se había manifestado primero en la mentalidad decadente en torno a 1900, a la que sucedería en las décadas siguientes del siglo XX la creciente popularización de la corriente existencialista en la filosofía, la literatura y la vida misma.

Una fantasía existencialista *slipstream*

Al menos desde la célebre y muy influyente novela *À rebours* [*A contrapelo*] (1884), de Joris-Karl Huysmans (1848-1907), la figura del varón neurótico que no encuentra sentido a la vida y a su propia existencia, pese a sus reiterados y fracasados intentos por lograrlo, se había convertido en una de las más comunes en la narrativa culta en Europa hasta bien entrado el siglo XX, pues tal figura también protagoniza novelas muy posteriores como *L'étranger* [*El extranjero*] (1942), de Albert Camus (1913-1960). La mayoría de ellas se ajusta a la estética y

las técnicas realistas de la narrativa *psicológica*, en ambientes contemporáneos de nuestro mundo fenoménico o primario, lo que impide, pues, considerarlas parte de la ficción especulativa. Sin embargo, esta no estaba reñida con el reflejo de crisis existenciales mediante construcciones ficcionales de mundos secundarios de orden alegórico o simbólico, tales como los inventados por Franz Kafka (1883-1924) en *Der Prozess* [*El proceso*] (1925) o Dino Buzzati (1906-1972) en *Il deserto dei tartari* [*El desierto de los tártaros*] (1940). Tales mundos no se inspiran, naturalmente, en las ciencias positivas, tanto naturales como sociales, que suelen fundar la ficción especulativa hoy más leída, desde la ciencia ficción hasta la fantasía épica. Lo hacen en cambio en las que podríamos llamar ciencias divinas, tales como la metafísica y la teología. Al menos, esas narrativas parecen haber heredado su planteamiento simbólico de una larga tradición de comunicación de realidades espirituales y existenciales, inefables directamente, mediante el símbolo y la alegoría, cuyo empleo sistemático en una creación ficticia puede dar lugar a subcreaciones literarias. Así se produce, por ejemplo, en las numerosas visiones de un más allá que, por ser posterior a la muerte, resulta materialmente incognoscible o, más modernamente, en las visiones simbólicas que aspiran a sugerir mediante la intuición poética estados psicológicos individuales a los que se les confiere un valor universal mediante su transferencia a espacios imaginarios que puedan ser representativos e intuitivamente reconocibles en situaciones emocionales análogas. Así ocurre, por ejemplo, en poemas en prosa de carácter narrativo y ficticio como el pionero de Charles Baudelaire (1821-1867) titulado «Chacun sa chimère» [*Cada cual, con su quimera*], uno de sus poemitas en prosa de *Le spleen de Paris* [*El spleen de París*] (1869), el cual sitúa al yo narrador y poético en un espacio

simbólico, ahí único mundo representado. En otros poemas en prosa similares, existe una doble representación del mundo primario del poeta y el mundo secundario al que accede intuitivamente, como es el caso, por ejemplo, en uno de los escasos ejemplos de literatura simbolista en romanche surselvano, «Verdad» [*Verdad*] (1971), de Gian Fontana (1897-1935).

En esa misma lengua merece recuerdo otra creación de un mundo psicológico simbólico de un escritor coetáneo suyo, Gian Caduff (1899-1994), titulada «L'uldauna» [*La ondina*] (1925)³. Lo merece por el atractivo mismo de la narración, que se impone al lirismo que suele limitar la viabilidad de esas fantasías simbólicas poemáticas como ficción, pero también por el interés de una creación híbrida que hoy denominaríamos mediante el anglicismo *slipstream*. En efecto, el mundo secundario simbólico se inscribe en un mundo primario, *realista*, muy detallado, tal vez para no chocar a los lectores de la publicación literaria periódica en que vio la luz, los cuales apenas habían podido leer en su lengua más que relatos de costumbres rurales de su tierra. En cambio, «L'uldauna» no solo los transportaba a la isla alemana de Rügen, sino que también se atrevía a presentar un personaje cosmopolita, que se mueve por Europa y es presa de una melancolía existencial que corresponde a la noción inglesa de *spleen* a la que ya había recurrido Baudelaire. Este personaje, que focaliza la narración (toda ella en tercera persona), es un joven que ha viajado a esa isla, entonces célebre lugar de vacaciones, para aliviar esa melancolía suya, que se debe a una frustración amorosa, que se había agravado hasta hacerle dudar del sentido de su propia vida. Como tal, este personaje

no tenía gran cosa de nuevo, fuera de la literatura romanche, pero en lo que destaca internacionalmente su historia es por su pronta derivación hacia lo fabuloso, desde varios puntos de vista y recurriendo a diversos géneros de ficción.

Lo fantástico en «L'uldauna» radica en el personaje principal femenino, una joven pescadora en la que se fija fascinado el protagonista. Esta fascinación sube de grado cuando la supuesta pescadora llega hasta él una noche, cuando él medita en la costa, en una embarcación feérica tirada por cisnes sobre el mar. La pescadora es, en realidad, una «uldauna», término que puede significar «hada», pero que aquí designa más bien un seductor ser elemental acuático femenino análogo a las ondinas de agua dulce, aunque esta sea una ondina marina, por así decir. Sin embargo, no se despeja por completo la ambigüedad, la duda que genera el efecto fantástico, pues a la mañana siguiente vuelve a su estado humano, tras una larga conversación con el joven que bien podría tratarse de una alucinación. Esta posibilidad puede resultar reforzada por el viaje visionario y simbólico que ella ofrece al joven para curarlo o castigarlo por el amor que él dice sentir por ella. Tal viaje, a lo largo de un camino abierto en el mar sobrenaturalmente por la ondina, es a un espacio fúnebre, un cementerio en el que el protagonista ve proyectadas escenas, al modo cinematográfico, de su vida pasada en relación con las mujeres que había seducido y decepcionado. Por otra parte, nada impide tampoco creer en la doble esencia natural y sobrenatural de la joven y, en consecuencia, también del espacio simbólico del cementerio de los amores muertos. Es este espacio, si lo

³ La traducción se basa en la edición siguiente: Gian Caduff, *L'uldauna*, Cuera, Pro Mintga Gi, 1925. Conste nuestro agradecimiento a Cristian Joos, presidente de la Fundaziun Calender Pro Mintga Gi, derechohabiente de la obra de Caduff, por su generosa autorización para publicar esta traducción.

consideramos real dentro de la narración, lo que confiere su carácter especulativo al texto, así como una dimensión nueva, filosófica si se quiere, a lo que de otro modo habría quedado en cuento psicológico como muchos otros de su época.

«L'uldauna» no se limita a esa doble dimensión, pues le añade otra temporal. Mientras que la parte psicológica y la simbólica se desarrollan en el presente de la enunciación narrativa, el relato se abre a un pasado legendario al dedicar un espacio considerable a la historia que la ondina le cuenta al joven sobre las aventuras de una sacerdotisa pagana del período en que la isla de Rügen estaba ocupada por poblaciones germánicas, antes de su esclavización y posterior regermanización. Tal sacerdotisa, cuya función era semejante a la de las vestales romanas, había faltado a sus votos por amor y había sido condenada a muerte por ello, pero su final, y el de quienes la habían condenado, es muy distinto. Este relato dentro del relato, que se podría leer por separado, es una buena muestra de narración que aún eficazmente lo mítico y lo arqueológico en forma de fantasía legendaria a la manera de «La deixa del geni grec» [*El legado del genio griego*] (1902), de Miquel Costa i Llobera (1854-1922), y desempeña, además, una función ejemplar e ilustrativa en el debate amoroso que sostiene la pareja protagonista, de manera que contribuye también a la solidez de la arquitectura narrativa de la obra entera. La variedad y diversidad de los enfoques ficcionales adoptados por el autor no desentonan unos de otros, ni perjudican demasiado a la unidad de significado del conjunto, lo que sugiere su habilidad como narrador. Tan solo echaríamos de menos quizá

un mayor cuidado estilístico, pero la prosa de Caduff se lee al menos con agrado y, en cualquier caso, su público tal vez no habría apreciado una mayor complejidad retórica. Al fin y al cabo, el romanche no había tenido prácticamente obras que pudieran relacionarse con el esteticismo decadentista internacional. Además, la relativa sencillez de la escritura de Caduff, aunque menos calibrada que la de Fontana, se acordaba perfectamente con el estilo común en su época. Ya no eran los tiempos de la rica ornamentación retórica finisecular, ni tampoco del detallismo descriptivo tendente a la exhaustividad en la representación del mundo que observamos en el realismo decimonónico. Caduff escribió como convenía a su objeto y, al mismo tiempo, demostró que mundos primarios y secundarios podían armonizarse en una narración compacta. Otros autores fracasarían o habrían fracasado en su intento, sea por el desequilibrio entre lo especulativo y lo realista en la obra acabada, sea porque la conciencia de ese desequilibrio en escritores bien conocedores de su oficio hizo que se dieran por vencidos. Sin embargo, en algún caso dejaron material suficiente como para que merezca la pena rescatar la obra en cuestión, incluso inacabada.

Una novela psicológica inacabada inédita en torno a una invasión extraterrestre

Joaquim⁴ Ruyra (1858-1939) es un clásico indiscutido de la literatura catalana moderna. Hoy es conocido sobre todo por sus relatos ambientados en su tierra, en los cuales el costumbrismo se transmuta en visión

⁴ En la época de Ruyra, los autores solían poner su nombre de pila en castellano al escribir en esta lengua y en catalán al hacerlo en esta. Como Ruyra dejó sin publicar su obra castellana y en los manuscritos castellanos suyos que hemos podido consultar solo hemos visto aquel nombre abreviado en J., seguiremos la costumbre actual de consignar únicamente la versión catalana del nombre.

poética, sobre todo por sus bellas descripciones subjetivas de lugares. Por lo demás, su obra publicada desborda a veces el realismo al uso también por sus temas. Por ejemplo, la narración «La fi del món a Girona» [*El fin del mundo en Gerona*], recogida en *La parada* [La parada] (1919), constituye la narración de un falso apocalipsis, esto es, su tema es la aprensión por el próximo fin del mundo en que creen las gentes de la ciudad a causa de un fenómeno astronómico inhabitual, incluido el joven protagonista, desde cuya perspectiva visionaria y a veces onírica se cuentan los hechos, hasta la confirmación final del error colectivo. Aunque tal final refute la interpretación especulativa de lo contado antes dominante y, con ello, la propia clasificación ficcional de la narración entera, tal narración, que se cuenta entre las mejores suyas, denota un interés indudable por salir del mero *realismo*. Este interés ha venido siendo confirmado por la publicación de fragmentos narrativos suyos en su lengua materna catalana ambientados en un futuro más o menos lejano, aunque tecnológicamente no demasiado distinto del presente, que es el

tiempo en el que la imaginación de Ruyra debía de sentirse más a gusto.

Estos fragmentos catalanes son bastante breves y tienen poco más valor que el anecdótico de que tan gran escritor haya probado ocasionalmente a lanzarse a la imaginación especulativa acerca de las cosas del porvenir. Si Ruyra merece un lugar más prominente en la historia de la ciencia ficción es, creemos, por una novela suya inacabada en castellano que había permanecido manuscrita hasta la presente publicación⁵. Como el autor escribió su obra castellana en la década de 1880 y adoptó el catalán como lengua literaria exclusiva a partir de 1890⁶, esa novela, titulada *La ley del más fuerte*, es seguramente una de las primeras narraciones sobre una invasión extraterrestre de nuestro planeta y sería anterior, pues, a *Auf zwei Planeten* [*Entre dos planetas*] (1897), de Kurd Laßwitz (1848-1910), y a *The War of the Worlds* [*La guerra de los mundos*] (1898), de H. G. Wells (1866-1946), los dos libros que consagraron el tema de las invasiones extraterrestres. Como el manuscrito no está fechado, no se puede saber si es anterior también

⁵ La edición del texto corresponde a nuestra propia transcripción del manuscrito de Ruyra, que pudimos fotografiar en la casa familiar de Blanes gracias a la generosidad excepcional de D.^a Maria del Vilar Vilà, descendiente y derechohabiente del autor. Conste nuestro más sincero agradecimiento a la Sra. Vilar Vilà, que hacemos extensivo a la gran especialista en la obra de Ruyra Maria Lluïsa Julià, quien ha descrito esos manuscritos castellanos y ha publicado algunos en estudios sin los cuales el presente habría sido imposible de escribir. El manuscrito mismo no es de fácil lectura. Ruyra escribía con letra clara, pero diminuta, y algunas correcciones escritas sobre una palabra anterior impiden leer con seguridad tanto la tachada como la palabra que la sustituye, por lo cual algunas lecturas nuestras podrían estar erradas. Como los manuscritos castellanos de Ruyra son un tesoro, al menos desde el punto de vista de la historia de la literatura, sería deseable que alguien los transcribiera por entero (por ejemplo, en el marco de una tesis de doctorado). Además de *La ley del más fuerte* que ahora editamos y de la leyenda toledana completa sobre los amores de la princesa Galiana y Carlomagno titulada «Rodamonte», que es probablemente la mejor versión literaria de su asunto, hay otras obras de gran originalidad, como un drama literario inacabado de asunto mitológico persa, inspirado libremente en el zoroastrismo, cosa verdaderamente inusitada en las literaturas hispánicas y occidentales en general, pero que había interesado también a Juan Valera (1824-1905), a juzgar por su novela inacabada de fantasía arqueológica titulada *Lulú, princesa de Zabulistán* (1870).

⁶ Según afirma Lluïsa Julià en *Ruyra: l'home i la seva imatge* (Girona, Fondació Valví, 2010): «De mitjan septembre 1890 al 23 d'octubre del mateix any escriví *El banquet y la tertulia*, la darrera narració en castellà» [entre mediados de septiembre de 1890 y el 29 de octubre del mismo año escribe *El banquet y la tertulia*, la última narración en castellano] (p. 94). Aquella investigadora fue quien describió las obras castellanas de Ruyra en el libro siguiente, sin el cual no habríamos sabido de la novela de ciencia ficción que nos ocupa: M. Lluïsa Julià Capdevila, *Joaquim Ruyra, narrador*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, pp. 13-42.

a «Viaje interplanetario» (1882)⁷, de Octavio Lois Amado (1857-1888), que también se recupera en el presente número de *Hélice* y que parece ser la primera ficción española moderna centrada en el contacto en nuestro planeta de alienígenas que han viajado hasta él por medios tecnológicos desde algún otro mundo del espacio estelar. En *La ley del más fuerte*, los alienígenas visitantes no llegan a aparecer en ningún momento de la historia narrada, pero no hemos de olvidar que Ruyra no acabó la novela, habiendo quedado tan solo una nota de proyecto sobre la futura expedición de los protagonistas para examinar sus «máquinas de locomoción». Tampoco existe seguridad sobre sus intenciones invasoras. De los comentarios de los personajes se desprende que proceden de Júpiter y que han alcanzado la Tierra en una nave cuya tecnología los convierte *ipso facto* en riesgos, pues su superioridad a ese respecto facilitaría su fácil destrucción de las defensas terrestres y la subsiguiente ocupación de nuestro planeta, según la idea que parecería natural en aquellos tiempos de expansión colonial europea y a lo que parece referirse el título de *La ley del más fuerte*. Por otra parte, la misma nota alude a la imposibilidad de aclimatación de los «hombres de Júpiter» y en el cuerpo del texto se relativiza su peligro al señalarse que los visitantes extraterrestres lo son en escaso número. No obstante, la ley marcial, la llamada a filas y los ingentes preparativos militares apuntan a una posible guerra total, pues todo se supedita a la defensa, incluso la universidad, en cuya sede barcelonesa parece desarrollarse⁸ toda la acción de las páginas que Ruyra llegó a escribir. Los «habitantes de Júpiter» son la

presencia ausente que determina las acciones y las emociones de los personajes, desde el terror cerval del anciano bedel hasta la jactancia más o menos lúcida de los militares acuartelados en la universidad convertida en polvorín y armería, pasando por la frialdad positivista del profesor de Matemáticas al que se ha encargado encontrar posibles soluciones al peligro que se cierne sobre el país y el planeta. Todos ellos no son más que personajes secundarios, aunque ocupen amplio lugar en la escena.

El verdadero protagonista de *La ley del más fuerte* es un estudiante distraído que acude a clase a la universidad sin haberse enterado, debido a su indiferencia ante la vida pública, de la sobrecogedora noticia. Toda la narración, que es en tercera persona, se focaliza en su persona, en sus sentimientos y en sus actitudes ante lo invasión del espacio docente por aquellos soldadotes a los que teme por encima de todo, pues tan distintos los ve de sí mismo por su comportamiento e ideas que diríase que son ellos los verdaderos alienígenas para él. La evolución de sus reacciones se narra con tantos pormenores que lo escrito de la novela se lee como una creación extrema de narrativa psicológica de una personalidad en profunda crisis. Sus reacciones pasan de un terror irracional ante el ejército y, luego, ante la perspectiva de la muerte a manos de los alienígenas potencialmente atacantes a una pérdida histérica de control cuando se ve requisado para las labores de defensa por su profesor, a quien le canta las verdades (o, más bien, el pobre concepto que tenía de él en su fuero interno) en una escena de riña que pone al desnudo la bestialidad de los seres humanos

⁷ En *La ley del más fuerte* se alude a la redención de quintas mediante el pago de mil quinientas pesetas, que era la cuota aplicada al efecto a los reclutas de la España peninsular entre 1881 y 1912.

⁸ En el texto se alude una vez al palacio de la Virreina, sito en Barcelona, pero ningún otro detalle permite localizar la acción con exactitud, aparte de que se trata de España. Por lo demás, los personajes tienen todos apellidos castellanos (el del bedel Galíndez es de lectura dudosa, por estar siempre poco claro en el manuscrito).

ante una agresión, incluso si se trata de personas civilizadas. Este salvajismo y lo exacerbado de las reacciones se extiende prácticamente a todos los personajes, salvo a los militares, cuya sangre fría les viene de un oficio que los prepara para ser máquinas de matar. No obstante, es el estudiante misántropo y aislado el que actúa de forma más visceral ante la previsible imposición de la defensa colectiva sobre su deseo de seguir al margen. Todos sus actos y palabras, igual que los de los demás personajes, parecen verosímiles, pese al detalle inicial algo increíble de que el estudiante no se hubiera enterado antes de la llegada de la máquina extraterrestre y de sus tripulantes. Ese efecto de verosimilitud se funda retóricamente en el excepcional grado de detalle de la narración. Da la impresión de que la voz narrativa no omite palabra, acto o emoción del protagonista, con lo que el efecto de realidad conseguido es sobresaliente.

También contribuye al detallismo la precisión y la riqueza del vocabulario castellano de Ruyra, cuya exactitud y tensión retóricas no se quedan atrás con respecto al estilo de los grandes escritores de novela realista coetáneos como Benito Pérez Galdós (1843-1920), pese a algunos catalanismos ocasionales del manuscrito. Con todo ello, Ruyra consiguió ofrecer una imagen muy vigorosa y expresiva no tanto de la invasión extraterrestre, sino de las posibles reacciones de los terrícolas ante tal invasión. Desde este punto de vista, Ruyra cuida hasta el extremo en *La ley del más fuerte* el reflejo de la psicología de sus personajes en esa situación hipotética, por analogía con las reacciones ante invasiones y conflictos bélicos humanos, con la diferencia de que la superioridad de los habitantes de Júpiter introduce en esa psicología un elemento de sublime ficción científica que suele faltar en las numerosas narraciones de guerras futuras terrestres desde *The Battle of Dorking* [*La*

batalla de Dorking] (1871), de George T. Chesney (1830-1895). Por otra parte, su detallismo realista era más difícil de conseguir si la narración debía describir elementos ajenos a la realidad contemporánea observable, como los propios alienígenas y sus máquinas. La imaginación especulativa rara vez es capaz de ofrecer un efecto de realidad material tan vívido como la imaginación anclada a la realidad del mundo primario. Tal vez tan solo Kurd Laßwitz lo consiguió en su extensa novela *Auf zwei Planeten*, la cual transpone perfectamente la estética realista a la ciencia ficción naciente. Sin embargo, se trata de una excepción, porque el procedimiento parece ser de una extrema dificultad, y Ruyra así lo debió de entender, si es esta la razón por la que dejó sin terminar la novela justo cuando debía iniciarse su desarrollo más especulativo. Por su parte, Wells abrió el camino a seguir al renunciar al detallismo integral en favor de una selección de elementos que sugirieran las novedades especuladas, en vez de describirlas con afán totalizante.

Este procedimiento literario se convirtió pronto en el habitual en las ficciones de anticipación, incluso en aquellas cuya estética podría considerarse muy alejada de la eficaz funcionalidad narrativa de la narrativa ficción científica de Wells y de la mayoría de sus herederos. Por ejemplo, al mismo tiempo que Wells seguía la vía de la simplificación a partir del propio realismo narrativo y la extendía al estilo, otros adoptaron su planteamiento sintético, pero sin abandonar por ello la escritura ornada que se había convertido en una de las marcas de fábrica del Decadentismo internacional. La belleza del estilo suponía una protesta tácita contra el declive de la importancia del arte en una sociedad cuya búsqueda de la funcionalidad en todos los órdenes de la vida amenazaba con acabar con la apreciación del patrimonio legado por los antepasados, un patrimonio que se

creía pronto a perderse. Aunque la indiferencia pública moderna no fuera directamente la que lo destruyera, bien podría hacerlo un cataclismo que rematara aquella sociedad en declive, permitiendo un nuevo comienzo desde el que recordar lo perdido con nostalgia, desde la idea de que las civilizaciones, incluso la más avanzadas, son mortales, según el famoso dicho de Paul Valéry (1871-1945) que de forma tan hermosa resume el espíritu de la época truncada efectivamente por las matanzas de la Gran Guerra y que encontró expresión sobresaliente en varias anticipaciones postapocalípticas de principios del siglo xx protagonizadas por los vestigios de un pretérito radicalmente desaparecido, bien recordado, bien olvidado.

Una utopía sobre las ruinas del porvenir

Tal vez no sea de extrañar que una literatura tan transida de añoranza, de ese sentimiento que su lengua portuguesa designa con el término casi intraducible de *saudade* y que incluso dio lugar a un movimiento poético llamado *saudosismo* brillantemente representado por Teixeira de Pascoaes (Joaquim Pereira Teixeira de Vasconcelos, 1877-1952), registrara su primera obra literariamente imprescindible de la ficción de anticipación con un relato que

versa sobre la recuperación de la belleza perdida. El cuento «A revolução» [*La revolución*], publicado en el volumen titulado *Jardim das tormentas* [*Jardín de las tormentas*] (1913), que es obra de uno de los grandes novelistas de su país en el siglo xx, Aquilino Ribeiro (1885-1963)⁹, narra la aventura de la recuperación por unos buzos de la Victoria de Samotracia, una obra de arte simbólica del grado de belleza que había podido expresar la humanidad antes del cataclismo inexplicable que había acabado con las civilizaciones que ocupaban las tierras antes emergidas, dejando sin cubrir tan solo algunas montañas y mesetas de Europa. Entre los escasos supervivientes figuran dos familias, una humilde de origen portugués y otra de origen alemán o, al menos nórdico, las cuales representaban antes dos modos de vida opuestos. Mientras que los sureños eran campesinos, los nórdicos eran grandes industriales capitalistas en lucha por mantenerse en la cúspide social frente a las reivindicaciones proletarias. En cambio, la catástrofe había purgado, por así decir, los pecados de la humanidad y permitido el acercamiento solidario de ambas familias, antes separadas por un abismo social. Ahora viven ambas de las labores del campo y se entregan a la artesanía en el seno de familias extensas de aspecto patriarcal, pero en las cuales la sexualidad no está sujeta a convenciones artificiales para controlarla, sino

⁹ El texto de la traducción se basa en el de la primera edición del libro: Aquilino Ribeiro, «A revolução», *Jardim das tormentas*, Paris – Rio de Janeiro, Aillaud, Alves & Cia – Francisco Alves & Cia, 1913, pp. 293-313. Ribeiro publicó décadas después una nueva versión (Lisboa, Bertrand, 1961, pp. 291-306), con numerosos cambios estilísticos y hasta de nombres (por ejemplo, la familia Zorn pasa a llamarse Horner) y algunas modernizaciones, como la presencia de petroleros, que no casan verdaderamente con las ideas y la atmósfera finiseculares y *decadentistas*, del cuento, en el que las modificaciones introducidas en fecha tan tardía no son lo suficientemente amplias como para actualizarlo verdaderamente en un período en que la ciencia ficción propiamente dicha ya se cultivaba en Portugal. En cambio, la primera versión de «A revolução» no solo refleja la mentalidad de su tiempo, sino que también tiene suma importancia histórica como ejemplo de ficción de anticipación portuguesa pionera y perfectamente sincronizada internacionalmente. Por lo demás, los cambios de 1961 tampoco mejoran significativamente el estilo original, que era ya digno del gran escritor que era Ribeiro. Conste nuestro agradecimiento a los herederos de Aquilino Ribeiro, representados por D. Aquilino Machado, y también a Bertrand Editora, por su amable autorización para proceder a la traducción al castellano del cuento en su primera versión.

que se desarrolla con libertad y se manifiesta en espontáneos amores correspondidos y consumados desde la misma adolescencia, sin vicios ni perversiones aparentes, como si la organización adoptada fuera a la vez moral y natural. Según declara el narrador, la catástrofe había lavado el mundo y ahora los cuerpos eran tan puros como las almas. El patriarca Zorn reafirma estas ideas en un discurso ante ambas familias en el que contrapone la corrupción y las deformaciones de la mente y del comportamiento que tenían su causa en la aberrante organización social anterior, que cabe considerar que es la contemporánea del cuento, y la sana vida actual resultado de la reacción colectiva igualitarista y solidaria ante la catástrofe, que había enseñado a todos la vanidad de lo que antes tenían por más sagrado. Esta sería la revolución a que alude el título. Sin embargo, revolución no significa tabla rasa.

La sociedad utópica presentada no ha renunciado, quizá curiosamente, a toda la tecnología, pero la narración no tematiza su influencia en el orden social, ni tampoco su compatibilidad con la sencillez patriarcal de las familias protagonistas, máxime si se recuerda que varios miembros de ellas se embarcan en una expedición para recuperar piezas del museo del Louvre, aunque corren peligro de perecer, atacados por monstruos marinos feroces ignorados por la zoología precataclísmica. Estos monstruos introducen el riesgo que permite calibrar el heroísmo de quienes se enfrentan a ellos para cumplir la misión encomendada. La narración, que hasta entonces había sido bastante estática por centrarse en la presentación del nuevo mundo postapocalíptico, se anima entonces considerablemente, aunque sin caer en una desarmonía con el tono reposado anterior. La voz narrativa se recrea en la descripción de las bellezas de aquel palacio de París y de su contenido, unas bellezas que se ofrecen

descompuestas, derrumbadas y en ruinas, sometidas a la acción de una naturaleza tan grandiosa como implacable, frente a la cual la afirmación del heroísmo humano resulta empuñecida ante la fuerza del tiempo destructor. Aunque consigan llevar a tierra la Victoria de Samotracia, a la que ven como un símbolo de la gloriosa permanencia del trabajo humano, las pérdidas humanas sufridas apartan la interpretación del cuento de su propósito aparentemente utópico, pues la vida ya no es lucha, pero la catástrofe ha enseñado que sigue estando sujeta al sufrimiento e incluso a la extinción. La anticipación optimista de un futuro mejor se conjuga con una conciencia trágica de la fragilidad del ser humano y de sus obras, como sugiere la visión de las ruinas. A este respecto, si el pasado es difícilmente recuperable incluso cuando se ha vivido, más lo será cuando hayan transcurrido muchos milenios desde su interrupción catastrófica.

Una arqueología del futuro

El ambiente de fin de un mundo que se respiraba en torno a 1900, al menos en los círculos culturales decadentistas, tuvo como consecuencia una conciencia clara de la fragilidad del presente, cuyos logros artísticos y tecnológicos se veían cuestionados desde la perspectiva del curso destructor del tiempo, tanto histórico como natural. Esa conciencia encontró una radical manifestación especulativa en las dos anticipaciones complementarias con las que el escritor rumano, hoy injustamente olvidado, Theodor Cornil (Toma Dumitriu, 1876-1912), cerró su libro *Mentalia* [Mentalia] (1908). Este volumen está constituido por narraciones en que experimentó con diversas formas de fantasía, sobre todo narraciones alegóricas que critican el culto contemporáneo

al enriquecimiento o ensalzan, por el contrario, la labor constructora de un héroe profético análogo al Zarathustra nietzscheano. Todos esos relatos están escritos en prosa poética, estilo que se aplica incluso a la anticipación final del libro, titulada «Veşnicia» [*La eternidad*]. Esta es una historia del futuro a larguísimo plazo y que comprende no solo la humanidad actual y varias especies humanas sucesoras, sino el universo entero, pues las páginas finales narran su enfrentamiento a lo largo de eones hasta el definitivo triunfo de la entropía, en un espectáculo tan sobrecogedor como sublime que convierte a aquella narración en una de las más osadas, por su perspectiva, de toda la literatura de anticipación. No se podía ir más allá, y por eso cierra grandiosamente *Mentalia*. Además, constituía también la ampliación del relato de anticipación que la precede en el volumen, «În adâncul timpurilor» [*En lo profundo de los tiempos*]¹⁰, pues este se centra en un episodio de un período histórico, que se describe brevemente en «Veşnicia», entre tantos que se suceden a lo largo de la colosal historia presentada, en la que las humanidades se suceden en ciclos de elevación y declive hasta que la naturaleza impone su destructora ley entrópica.

El período descrito en «În adâncul timpurilor» es muy posterior a nuestra era y más cercano a ese anticipado fin entrópico, tal y como indica el hecho de la creciente inconsistencia de la materia misma. Los hombres de este futuro son conscientes de ese declive, aunque su sociedad aparece como templadamente utópica. En aquellos años del porvenir, existe una única civilización terrestre, con una sola lengua (o muy pocas), y parece llevarse una vida más bien contemplativa y cercana a la naturaleza. En aquella sociedad,

los científicos e intelectuales, tanto varones como mujeres sin otra distinción y excelencia que las otorgadas por el mérito de sus estudios e investigaciones, parecen disfrutar de enorme prestigio público, tal y como indica la asamblea final que decide el destino del hallazgo que da pie a la narración y que enlaza aquella época con la nuestra por encima de los abismos profundos del tiempo gracias a la indagación arqueológica. En efecto, el relato se centra en los esfuerzos de unos sabios por dar sentido científico al descubrimiento casual de un cristal que protege una tarjeta con una frase escrita en una lengua entonces desconocida y que el narrador transcribe de forma que se entiende que es rumano. Tanto el objeto como el escrito introducen una revolución en las ciencias históricas de aquel período futuro, pues significaba que la humanidad de hacía cientos de miles de años, que no es sino nuestra propia humanidad a juzgar por el texto del documento, había alcanzado un alto grado de civilización desde el punto de vista de la cultura humanística, pero también de la tecnología, tal y como la tradición oral había transmitido en forma de leyendas que los doctos tenían por invenciones fabulosas. Una de ellas es una bonita fábula que un sabio cuenta a sus interlocutores y que explica la pasada diversidad lingüística de la humanidad.

Ese sabio es un defensor apasionado de la grandeza de aquel mundo pasado tan lejano, al que idealiza añorante como tantos contemporáneos de Cornel lo hacían con la Antigüedad clásica. El documento acaba por darle razón, lo que también sirve para que realzar el valor del presente moderno. Esta actitud parece oponerse al planteamiento condenatorio que adoptaría Ribeiro en su anticipación y que era más bien común entre

¹⁰ La traducción que sigue se basa en la primera y, por desgracia, única edición rumana del texto: Th. Cornel, «Veşnicia», *Mentalia 1900-1908*, Bucureşti, La Roumanie, 1908, pp. 197-236.

los intelectuales humanísticos convencidos del declive de Occidente, pero no ha de olvidarse que Cornel considera su tiempo desde el distanciamiento de una visión especulativa a larguísimo plazo. Los avances de la Modernidad están sujetos a accidentes destructivos, tales como la enfermedad de la *languidez* a que se alude como causa del fin de nuestra era, tras la cual quedaron sepultados en el olvido o reducidos a meras leyendas. Ni siquiera el hallazgo del documento nos salvará de ese olvido, pues el texto queda finalmente sin descifrar para la humanidad futura. De ahí se desprende la ironía de que la frase escrita en 1904 como mero testimonio de su existencia por parte del propio Cornel (se alude a *Mentalia*) acabe siendo lo único conocido, mientras que las obras maestras reconocidas habrán perecido por completo. Al mismo tiempo, la ironía se ahonda al tenerse conciencia de que tal frase no sirve tampoco de nada a su gloria, ya que nadie es capaz de entenderla y acabará admirada y venerada, pero incomprendida, en un templo-museo. De esta forma, el sentido de maravilla (*sense of wonder*) que se nos ofrece ante el espectáculo de un porvenir tan lejano se funde íntimamente con un sentido de pérdida (*sense of loss*) que evidencia la fuerza emocional del relato, en el que ese efecto se consigue mediante una escritura relativamente sobria. Ese efecto emotivo tiene tanto más mérito por cuando sobreamundan en el relato numerosos pasajes ensayísticos. Estos presentan directamente los debates científicos, en una suerte de radical «arqueología del futuro» mediante la cual se reflexiona, a través de la ficción, acerca de la tragedia de la entropía, que es en este caso cultural, frente a la natural pintada en la historia complementaria de la eternidad («Vešnicia»), según Cornel. Este da muestras en ambas narraciones de anticipación de una nostalgia de la propia actualidad que denota la tristeza por

la perspectiva inevitable del final barruntado sentimentalmente por los decadentistas, antes de que los vanguardistas hicieran tabla rasa del pasado en su afán por un futuro completamente desligado del presente o, más bien, consistente en un presente continuo, tal y como se describe en un representativo cuadro de costumbres *futurista*.

Un cuadro de costumbres futurista

Las vanguardias literarias europeas fueron, en general, indiferentes a la especulación en forma de ficciones. Como su revolución era sobre todo de orden formal, los aspectos de contenido y la imaginación de historias les debieron de parecer tan poco importantes que la mayoría de sus narraciones se limita a adoptar temas de amores y costumbres contemporáneas, tal vez con osadía en cuanto a la moral, pero sin atención apenas a la razón de ser de la ficción especulativa, la «imaginación razonada». De hecho, ¿cómo podrían escribir seriamente obras especulativas quienes negaban la razón misma en nombre de otros valores poéticos, oníricos o de cualquier otra clase, como hicieron los dadaístas y los surrealistas, a no ser que abandonaran las concepciones centrales de esos movimientos estéticos? Como en todo, hubo sin duda excepciones, pero la única vanguardia que admitió la ficción especulativa como práctica aceptada y relativamente común en ella fue el Futurismo. Como su mismo nombre indica, estaba orientado teóricamente hacia el futuro, el territorio temporal de la ficción de anticipación, y por eso no extrañará que varios futuristas escribieran obras especulativas y fictocientíficas, empezando por el mismo fundador del movimiento, Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944), por ejemplo, con la novela más bien simbólica *Gli indomabili* [Los indomables]

(1922). Más claramente ficción científica son creaciones de otros escritores futuristas como Volt (Vincenzo Fani Ciotti, 1888-1927), con su novela *La fine del mondo* [El fin del mundo] (1921), y Ruggero Vasari (1898-1968), con su breve obra teatral *L'angoscia delle macchine* [La angustia de las máquinas] (1925). A estos dos títulos destacados y que han merecido los honores de la reedición se puede añadir el relato de Fillia (Luigi Colombo, 1904-1936) titulado «La vita di domani» [La vida en el mañana], recogido en *La morte della donna* [La muerte de la mujer] (1925)¹¹, una colección de narraciones breves con un marco común que tienden en conjunto a ilustrar la idea de que la mujer sentimental ha muerto o, más bien, que convendría que desapareciera el tipo de mujer que estriba su realización personal en el amor romántico.

La mayoría de los relatos de *La morte della donna* se desarrolla en la época contemporánea, con la excepción del primero, la fantasía arqueológica «La conquista» [La conquista] y del último, que es esa anticipación que anuncia su propio título al aludir a la vida en el porvenir. Efectivamente, ese relato se presenta como una especie de cuadro de costumbres del futuro según los ideales futuristas puestos en circulación por Marinetti. En un lugar no precisado y en el que no hay rastro alguno material del patrimonio heredado de otras épocas, los habitantes de la ciudad en que se desarrolla la escasa acción no tienen ni nombre, sino que se los identifica por sus números, y viven rodeados por máquinas que facilitan y tienden a automatizar su existencia, incluso a la hora de comer, confundiendo con ellas hasta parecer ellos mismos autómatas. Sus

reacciones parecen mecánicas hasta en sus relaciones amorosas, que están reglamentadas por el Estado y la costumbre. Una vez alcanzada una edad y condiciones determinadas, tienen derecho a emparejarse, pero no a fundar una familia, pues los hijos son responsabilidad pública.

El protagonista del relato acaba de recibir el derecho a tener pareja. La encuentra con toda naturalidad y sencillez, y el emparejamiento se produce sin cortejo ni ceremonias, aparte de apuntarse en un registro. El sentimiento amoroso por sí mismo carece de importancia. El contacto entre los cuerpos tampoco parece contar demasiado, y la manera infantil en que se presenta finalmente rebaja también hasta el mínimo la sexualidad, pulsión que se antoja poco propicia a unos comportamientos tan maquinales como los que parecen comunes en el futuro imaginado por Fillia. Sin embargo, no se trata de un mundo completamente bajo (auto)control. Los habitantes de la ciudad futur(ist)a están obsesionados por el arte. Lo que más les importa es la armonía estética de su vivienda y su medio artificial (el natural no existe o es invisible para ellos). Sus decorados son básicos, colores planos y líneas, tal y como correspondería a un vanguardismo plástico totalizante y totalitario. No obstante, esos colores desempeñan una función emocional. La estética es, de hecho, lo único que hace que parezcan humanos y también las que guía sus reacciones, incluso políticas. En «La vita di domani» aparece una protesta estética que se torna en rebelión contra el poder, pero es pronto sofocada, mientras que el protagonista y otros personajes que lo rodean la presencian sin intervenir, antes bien temiendo que altere

¹¹ La traducción se basa en la reedición siguiente: Fillia, «La vita di domani», *Bolidi e tango*, prefazione di Sergio Anelli, Torino, Nino Aragno, 2002, pp. 117-126. Hemos conservado las principales peculiaridades de la presentación del original, como el uso de minúsculas al inicio de los párrafos, la profusión de guiones largos, etc. No obstante, para facilitar la lectura, hemos introducido comas, por ejemplo, en las enumeraciones.

sus vidas bien ordenadas. La rebelión indica que existe alguna disidencia, aunque sea limitada y ocasional, frente a un Estado que funciona también de forma mecánica. Sin embargo, las reivindicaciones de los revoltosos se limitan a pedir variaciones de detalle (por ejemplo, la temperatura de la ciudad, fijada por las autoridades) y no cuestionan su ordenamiento, que ya parecen haber asumido e internalizado todos. Desde este punto de vista, no tiene sentido calificar esa sociedad de distópica, pues la opresión directa es mínima. El futuro anticipado por Fillia corresponde más bien a una sociedad que se diría ideal desde el punto de vista de su estética futurista, a no ser que adoptemos una lectura irónica del texto, que creemos perfectamente posible. En cualquier caso, se trata de una curiosa anticipación vanguardista, lo que se refleja asimismo en el estilo, consistente en notas descriptivas yuxtapuestas de aspecto telegráfico, aunque siempre muy plásticas, como si fueran el reflejo estilístico del tipo de arte preferido por los humanos del futuro, cuando el vanguardismo ha triunfado por completo, con el resultado tan gráficamente presentado por Fillia. Este anuncia ahí el laconismo de una novela neerlandesa de anticipación más claramente distópica titulada

Blokken [Bloques] (1931), de Ferdinand Bordewijk (1884-1965), quien presentó en ella un régimen totalitario inspirado en el constructivismo artístico, cuyas premisas de geometrismo extremo se transponen al propio orden político. De esta manera, el vanguardismo inspira un futuro que, tanto en esa novela como en «La vita di domani», resulta ser muy distinto del imaginado con anterioridad. Incluso la humanidad modificada por una duración de tiempo casi inconcebible en la narración de arqueológica prospectiva de Cornel parece más cercana a la presente en sus sentimientos e ideas que los seres numerados de Fillia. Ahí se produce una ruptura que interrumpe la continuidad antropológica. Ahora nos encontramos con una mutación psicológica radical que altera esencialmente la mentalidad humana, tal y como esta se había presentado antes a lo largo del tiempo en la ficción especulativa, desde la prehistoria de Bainville hasta la anticipación cronológicamente extrema de Cornel. Seguramente, no se podía ir mucho más lejos y por eso parece apropiado que la visión de Fillia cierre esta muestra de la ficción latineuropea de la imaginación especulativa, del pasado al futuro.

JACQUES BAINVILLE

KAB EL ARQUITECTO

Kab y los hombres robustos de la tribu reunida bajo el signo del Salmón marchaban hacia la región de los lagos, de regreso al hogar. Sus almas estaban apesadumbradas e inquietas. Para encontrar el ámbar y el polvo de oro, tenían que alejarse cada vez más. Rivales por todas partes, tanto a la hora de descubrir los yacimientos como a la de vender las preciosas sustancias obtenidas tras largas búsquedas. Y los mercaderes, llegados de países extranjeros de donde traían la sal, hablaban, además, de hordas que se habían puesto en marcha siguiendo el curso del sol. No iban armadas de piedras talladas y huesos puntiagudos, sino de hachas, flechas y lanzas forjadas de un metal invencible del que tenían el secreto.

Pensando en esas cosas, los hijos del Salmón veían negro su porvenir. Unas veces, alarmados por la competencia, se preguntaban cómo se procurarían la sal, tan necesaria para la vida como las frutas y la caza, o temían no ver más a sus mujeres y niños, esclavizados por el enemigo

tras haber saqueado estas cavernas, el refugio de las familias. Otras veces, se veían expulsados de su tierra natal por los invasores. Entonces deberían buscarse otras cavernas y otras tierras, cuyos ocupantes no las cederían sino tras duros combates.

Sin embargo, el entendimiento de Kab era ingenioso y osado. Y meditaba en su cabeza y sus ideas surgían y se sucedían al ritmo de la marcha.

«La incertidumbre es el sino del hombre — se decía Kab—. La seguridad sería el mayor de los bienes, pero no existe en ningún sitio. Nunca sabemos si nos faltarán el ámbar y el oro. Nunca sabemos si otros no habrán encontrado más que nosotros, de manera que, al depreciarse nuestras riquezas por su abundancia, los mercaderes de los países de allende ya no ofrecerían a cambio más que cantidades menores de sal. Yo era hábil tallando las piedras, puliéndolas y fijándolas sólidamente a un mango de madera dura. Arruinaré mi industria la de los fundidores de

hierro. Tendré que ser el primero en conocer su arte, pero los hijos del Salmón quizá me acusarían, por envidia, de brujería y correría el riesgo de que me lapidaran.

No obstante, Kab pensaba en Rha, su esposa, a quien le habría gustado vestir magníficamente, y en los hijos de su sangre, a quien habría querido ver felices y fuertes gracias a las carnes suculentas. Pensaba también en los Ancianos, que poseen la ciencia bienhechora, a quienes hay que complacer por ser todopoderosos, y que inician en sus misterios a quienes consideran dignos de sucederlos. Y Kab soñaba con una invención, un servicio que prestaría a la tribu y gracias al cual se elevaría hasta el Consejo que gobierna a los habitantes de las Grutas.

En un rápido movimiento de su mente, una mirada interior le mostró esas grutas ancestrales, húmedas, malsanas, más propias de animales que de seres dotados del don de la palabra y cuyo rostro no mira la tierra, sino los cielos. También vio los lagos de su país de nacimiento, de los que su tribu sacaba su sustento y su nombre, pues los pueblos se distinguen por su alimento esencial. Pescadores y comedores de salmón, constructores de piraguas ligeras, navegadores de aguas límpidas, ¿acaso la vida de los salmónidos no estaba en esa llanura líquida y amistosa, en vez de en los antros oscuros en que los retenía la costumbre y que los defendían tan mal frente a los peligros?

Entonces se hizo la luz en su mente. Se estremeció como los grandes inventores. Era allí, sobre el lago mismo, donde había que establecerse y vivir. Y vio una ciudad lacustre, cuyo autor y amo sería él, con moradas bañadas por la luz del sol, como había oído que tenían los hombres de los países de donde procede la sal. Cada una de esas moradas se alzaría sobre un piso sostenido por sólidas estacas y fijado a cierta distancia de la orilla. Se accedería en barca o mediante una pasarela que se levantaría

por la noche. Y la tribu viviría alegre, a cubierto de peligros.

En el camino de vuelta, Kab profundizó en esas cosas. Y cuando llegó al hogar, cuando se reunió con su esposa en el lecho, le confió su idea, en el misterio de la noche, pues sabía que Rha era prudente y buena consejera.

Ella lo escuchó y habló como sigue:

—El proyecto es excelente, oh señor mío. Sin embargo, ten cuidado con los Ancianos. No son amigos de novedades, aunque estas sean útiles y beneficiosas, y hacen morir a menudo a quienes las proponen. Estarías perdido si uno solo de ellos fuera a decir que el abandono de las grutas es un insulto a los antepasados, cuyas sombras ofendidas se vengarían, o bien que los genios invisibles castigarían a la tribu por haberle faltado al respeto al Salmón al construir viviendas sobre el lago, como los castores. Los Ancianos son desconfiados y temibles. Hazles creer más bien que tu plan lo han ideado ellos mismos, a fin de que no sospechen que usurpas su poder.

Kab se alegró de que la sabiduría siempre inspirara a su compañera. Y no se apresuró a revelar sus planes. Incluso, al fijar en ellos su reflexión, los volvía más perfectos. Mediante palabras cuidadosamente calculadas, preparaba a los Ancianos para la aceptación y la benevolencia. Unas veces contaba cómo, en el país de la sal, los hombres, enriquecidos por los negocios, vivían en moradas luminosas. Otras, hablaba de esas hordas cuya marcha les habían señalado y que, añadía astutamente, solo le tenía miedo al agua porque, habiéndolos expulsado de sus tierras una tempestad que había llevado al mar mucho más allá de sus orillas, esos hombres se imaginaban que todo lugar húmedo les era hostil, mientras que se reían de los demás obstáculos, al disponer de armas temibles, ante las cuales no resistían las piedras más duras.

Y los Ancianos se habituaron a esas ideas nuevas. Por primera vez se dieron cuenta de que las cavernas apestaban y parecían cubiles. Miraban con menos confianza las rocas que, a modo de puertas, hacían rodar hasta las entradas por la noche. Poco a poco, como lo había previsto Rha, preguntaron a Kab, quien les respondió con habilidad y deferencia en forma de hipótesis, haciéndoles él también preguntas, para que pareciera que se los consultaba y creyeran haber querido ellos en primer lugar lo que él les sugería. Así se acostumbraban a pedirle su opinión y, deseándolo ellos, hizo con sus manos un bosquejo de la nueva ciudad por medio de trocitos de madera.

Ya corría el rumor en la tribu de que iban a abandonar las cavernas y mudarse a viviendas situadas entre el agua y el cielo. Unos se prometían una vida más feliz. Otros se burlaban de esos nidos acuáticos o profetizaban el derrumbe de las estacas y el ahogamiento de los moradores. También hubo otros, como lo había previsto Rha, que ponían una cara sombría y desolada porque se abandonaban las costumbres de los antepasados, pero los Ancianos, en su fuero interno, ya habían decidido abolir el antiguo orden de cosas. Su jefe declaró que el Salmón mismo se les había aparecido en uno de esos sueños que revelan la voluntad de las potencias soberanas. Y el Salmón había dicho:

—Que mi tribu viva cerca de mí, que deje los antros de la noche a quienes han muerto para que prosigan en paz su segunda vida.

Así quedaron conciliados el progreso y la tradición. Y la deliberación se llevó ante el Consejo.

Sin embargo, un pequeño grupo se mantenía apartado de la asamblea, dando así muestras de reprobación y tristeza. Tales hombres eran estimados y, por lo demás, poco numerosos. Eran aquellos que componían los cantos funerarios y que, mediante palabras

ritmadas, fijaban en la memoria las hazañas de la tribu. También eran aquellos que adornaban con pinturas las piezas de alfarería, que modelaban amuletos calipigios y que grababan escenas de caza y de guerra en la superficie lisa de las rocas. Estos hombres tenían carácter dulce y su oposición era poco temible, por lo que el jefe de los Ancianos les dio la palabra de buena gana. Aad, el de la voz armoniosa, la tomó en su nombre.

Y lo que dijo, los demás no lo habían considerado apenas. Habló del lago inviolado en que resonaría el ruido de los mazos y que la industria de los hombres mancharía. Ya no se reconocerían las nobles líneas de sus riberas, que les eran familiares a todos los varones y todas las mujeres del Salmón. Allí era donde habían jugado de niños y donde, en la primavera de la adolescencia, se habían intercambiado sus declaraciones de amor. Esos recuerdos del corazón quedarían abolidos para siempre junto con los árboles antiguos, testigos de una historia varias veces centenaria, que daban sombra a las aguas y que se reflejaban en ellas bajo mil formas cambiantes. El agua misma, pura como un corazón irreprochable, perdería su nitidez...

Tras haber evocado detenidamente esas imágenes, Aad se refirió a la diosa del lago huyendo en su atuendo vaporoso y, con una audaz prosopopeya, la hizo hablar en los términos siguientes:

—Oh vosotros, que no pensáis más que en lo útil y no respetáis la obra del celeste fecundador, sabed que vuestra alma se volverá seca y desierto vuestro corazón. Yo perfumaba vuestra vida. Al exiliarme, os condenáis a las labores mecánicas que oprimen a los hombres, alteran su esencia divina y matan su alegría.

Tras su discurso, un murmullo de admiración saludó a Aad. Los Ancianos mismos lo habían escuchado complacidos, porque su elocuencia y sus cantos eran el honor

de la tribu, pero su discurso no les hizo cambiar de decisión.

No obstante, la angustia oprimía el corazón de Kab. Se preguntaba si los aficionados a las antiguallas no irían a ganar y destruir, antes mismo de su nacimiento, la ciudad lacustre. Inventivo para la construcción y el comercio, no era hábil en el manejo de las ideas y no hallaba respuesta a objeciones que juzgaba ociosas y pueriles. Así pues, esperaba con ansiedad que alguien refutara los vanos discursos de Aad cuando el jefe los Ancianos tomó la palabra. Y la miel de la razón fluyó de su barba nevada.

—Los años —dijo— han pasado por mí. He visto muchas cosas. He visto, pues, numerosos cambios. Sé que nuestros antepasados no siempre han vivido en las profundidades de estas montañas. Estos antros estaban vírgenes cuando los ennegreció el fuego de sus hogares. Y no habían surcado ni hendido el espejo intacto del agua nuestras redes y nuestras piraguas. Ninguna voz humana había despertado esos ecos. Sin embargo, la diosa del lago no nos maldijo, igual que los genios protectores de las cavernas permanecieron entre nosotros. Aad nos invita a volver la mirada hacia el pasado. Miremos hacia el porvenir. ¿Quién sabe si, un día, las viviendas que habremos erigido sobre las aguas no serán a su vez abandonadas y destruidas? Esas moradas, que son nuevas para nosotros, serán caras entonces a quienes las habrán conocido desde

los días dorados de su infancia. Allí es donde habrán vivido, amado y cantado, que habrán visto nacer a sus hijos y cerrado los ojos a sus padres. Para ellos, el recuerdo dará un alma a esas vigas escuadradas y no las abandonarán sin dolor. Llorarán su ciudad desaparecida y ellos tampoco reconocerán el lago. Y otros Aad se entristecerán si, más adelante, hombres sabios y audaces elevan muros y máquinas. Otros Aad se entristecerán también cuando esos muros se hayan derrumbado, cuando a esas máquinas sucedan mecánicas más perfectas. Sabe, pueblo del Salmón, que la tuya no es la primera generación que añora la faz del mundo. Tampoco será la última.

Se aplaudió al Sabio, al Inspirado, y este se apresuró a pronunciar las fórmulas que consagran las decisiones del Consejo y les dan fuerza de ley. Y Kab se puso manos a la obra de inmediato. Sin embargo, mientras los del Salmón edificaban bajo sus órdenes la ciudad lacustre, pensaba en su fuero interno:

—Sí, el anciano ha hablado bien. Su astucia y su sutileza superan las mías, pero ¿por qué ha dicho que llegaría un día en que mis construcciones sin igual serían abandonadas como las cavernas humosas? Mi obra es definitiva. No la reemplazarán. Tan solo la podrán imitar.

Y Kab el arquitecto, cargado de años y de honores, murió creyendo que había construido para la eternidad.

LLUÍS FERRAN DE POL

LA PAZ IMPOSIBLE

Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra.

Génesis, IX, 13.

I

Joram es el pastor de voz guiadora de rebaños. Ha tendido al sol la piel dorada de muchos chacales. Su sandalia es segura en la pendiente. Madruga más que el alba. El sol ha bronceado su cara, pero unos ojos verdes y claros son en ella como dos ventanas de luz.

Hoy ha quedado interrumpido el trabajo. Primero se ha cobijado bajo un árbol, creyendo que sería tan solo un chaparrón. Pero la copa queda pronto empapada de lluvia y ya no le sirve de abrigo al cabo de poco rato. El fuerte olor de la tierra se mezcla con el vaho de la lana

calada. El ganado queda disperso, inmóvil bajo el aguacero. Joram reúne el rebaño, y, a pecho descubierto, a fuerza de silbidos y pedradas lanzadas con la honda, conduce a los animales cuesta abajo.

Ya no encuentra a los labradores de los campos. No en vano los desprecia. Han dejado el sembrado tan pronto como la lluvia les ha salpicado la espalda, rezonga para sí mismo. Ahora, como si lo viera, estarán a la vera del fuego y mojarán pan en vino. Siempre hacen lo mismo, los campesinos.

Joram llega al pueblo. El rebaño se apelotona ante la puerta abierta del establo y el vaho tibio del corral lo viene a recibir con su calorillo familiar. Espera a que entren todas las reses.

Mientras cierra la puerta, piensa en Zelfa. La encontrará seguramente delante del pozo de la casa de sus padres. Como cada tarde, le preguntará, al pasar, si tiene sed. Dirá que sí y,

cuando ella aboque el ánfora, Joram pondrá su boca en la tinaja. Hoy el rebaño no ha alzado la polvareda que vuelve ásperos los dientes. Pero, con todo, Joram tendrá sed. Sed de mirarla a través del chorro de agua que caerá rostro abajo, hasta los pies de Zelfa. Y al poco rato, se oirá de dentro de la casa una voz prudente que preguntará por Zelfa. Deprisa, con miedo a que salga la madre, se desearán la paz para cuando llegue la noche. Y se despedirán.

Hoy Joram está inquieto. La puerta de Zelfa está desierta. Es demasiado pronto, hoy. El pastor refrena el paso y mira en vano. El aguacero ha barrido la calle de gente y el pueblo parece abandonado.

De pronto, los colores de la túnica de Zelfa estallan en la penumbra de la entrada. Y queda como deslumbrado. Va hacia Zelfa, pero la chica lo detiene con un pequeño movimiento de temor:

—La paz sea contigo, Joram —suaviza.

Y va a entrar otra vez, pero el pastor se la acerca:

—No tendré paz si tú no me la deseas, como cada tarde.

—No puedo ofrecerte agua ante mi puerta, hoy.

Y como Joram la escucha entristecido, explica ella:

—No sea que las mujeres malhablen de mí. Los míos se han acercado a la casa de Ebal, en el extremo del pueblo, medio derribada por la lluvia. Todos han ido a ayudarlo, con otros vecinos, y yo me he quedado sola a guardar la casa.

—En la mía tampoco se está bien cuando llueve —dice Joram mientras señala vagamente el bosque, de color amansado por el caudal de lluvia.

Y da un paso hacia la muchacha. Dice:

—Hoy podré ver el fuego desde donde te llama tu madre, cuando me das agua. Me da envidia, tu fuego.

Zelfa tiene miedo. Joram se ríe de sus temores. Le señala la calle vacía y desierta. Zelfa lo deja pasar:

—Si llegan, diremos que tenías la ropa empapada por la lluvia y que has entrado a secarte a la vera del hogar —dice ella

Una vez dentro de la casa, permanecen ambos ante el fuego, inmóviles. Después se sientan. Zelfa piensa en los días cuando, ante un fuego como el de ahora, pero más ardiente, todos la llamen la mujer de Joram. Él mira los ojos de la joven, encantados con el juego de unas llamas futuras. De repente agacha la cabeza hasta la falda de la joven. Pero Zelfa se espanta del gesto, se levanta y se dirige hacia la puerta. Joram se queda quieto, sin moverse, cerca del hogar. Oye que Zelfa habla, en pie junto al dintel:

—Mira, Joram, casi no llueve. Parece que va a aclarar y que, antes de ponerse, todavía se verá el sol.

Joram se levanta poco a poco del suelo. Se acerca a Zelfa, que está asomada a la puerta. Y él cree sorprenderla cuando la coge por la cintura. La chica ríe y se desprende del abrazo con demora afectuosa. Cuando el abrazo vuelve, más estrecho, la chica le huye llovizna afuera.

Ahora corren por los campos bajo la suave humedad. Parece despejar por poniente. Se divisa una luminosidad difusa que roza las montañas. Tiene razón Zelfa: todavía se verá el sol.

Y el sol aparece. Al otro lado, lejos, se hace un claro matizado. Un haz de luz arranca de la tierra en una curva no bien definida todavía. Los colores se afianzan y se destacan.

Al poco rato, liga la tierra, de parte a parte, un arco de todos los colores. Y Zelfa, a quien la halaga verse perseguida, exclama:

—Mira, Joram, el arco del cielo. ¿No es bonito? Si corremos mucho, pasaremos por debajo.

Le ha soltado la mano y escapa risueña. Joram la sigue.

Corren y corren. Por más que se apresuran, el arco del cielo siempre está lejos, como si naciera allí donde la tierra tiene sus confines ignorados.

Zelfa querría verse admirada por Joram. Parecerle más hermosa que ninguna otra doncella.

—Pasaremos por debajo del arco y nos pintaremos de colores —juguetea.

Joram refrena la marcha y la moza se impacienta:

—Oh, Joram, no te rindas. Tenemos que pasar por debajo. ¡Corramos!

Pero pronto se fatigan. Cuando Joram vuelve a encontrarse a su lado, la chica se detiene. Mira con melancolía el arco del cielo.

—¡Qué hermoso! Sí, pero nadie puede acercarse. Cuanto más corres, más lejos huye de ti.

—Joram, tú que conoces todos los secretos del bosque y del llano, ¿no sabes algún modo de acercarte a él?

El pastor ríe y abraza a Zelfa. La humedad ha calado la túnica de la joven, que parece desnuda. La mira y dice:

—No, Zelfa, no lo sé. No lo sabe nadie.

—Joram, me gustaría tener un color del cielo. Solo uno...

Él ríe:

—Ni uno ni ninguno, Zelfa: no es posible.

—¡Sí que es posible! Pero tú...

—Los colores del cielo son inalcanzables. Déjalos donde están, Zelfa. A mí me gustan más los colores de tu túnica.

Va a abrazar a la chica, pero ella lo rechaza. Tiene la vista fija y clavada en el arco del cielo:

—¿Mi túnica? ¿Qué color puede compararse al rojo del arco del cielo?

—Tu boca es más roja.

Un sollozo sacude el pecho de la chica:

—No me quieres, Joram. Si me quisieras, me dirías: «No te apenes, Zelfa, yo espiaré el arco del cielo así que salga. Lo perseguiré allí donde lo vea, lo acosaré hasta fatigarlo, hasta que no huya de mí. Y un día, no sé cuándo, un día volveré a ti con el color rojo para que te ates el cabello». Pero, tú, ¿qué me dices?...

Joram la interrumpió:

—Pero, Zelfa, nunca se ha oído, ni en nuestra tribu ni en ninguna otra, que se pueda hacer una cosa así. Te quiero, Zelfa, tú sabes que te quiero. Pídemela sangre de las venas para teñirte cintas y cintillas, pero el cielo es el cielo y yo solo soy un ganapán con olor a establo. ¿Qué sé, yo, de las cosas que están allá arriba? Zelfa, ni sé cómo te atreves...

—Joram, quiero el color rojo. Lo tienes que robar para mí...

El sol se pone. El arco, tras descolorarse, se borra poco a poco de la faz del cielo. Zelfa se obstina:

—Joram, si de verdad me quieres, consígueme el color rojo.

Zelfa no obtiene respuesta. El pastor se siente triste por las palabras de la chica. Lo abruma el capricho de Zelfa.

Ella se ha dejado caer de rodillas, encarando el lugar donde ha desaparecido el arco del cielo. Puesto el sol, las sombras empiezan a difuminar las formas de las cosas. Los colores se destiñen en el azul húmedo del crepúsculo. Solo a poniente un brillo rojizo recuerda que el sol se ha ocultado tras las montañas.

Zelfa llora, y, como un niño terco, se deja caer sobre el campo mojado. Joram conoce las rabieta de Zelfa, pero se asusta al verla tan desconsolada. Con todo, espera que se le pase el capricho, como otras veces. Se tiende a su lado

y busca las manos de la chica. Entre la hierba empapada, la tibieza del apretón es un consuelo. Pero la mano de Zelfa está como muerta. Él la siente lejana.

—Zelfa, tú sabes que lo que me pides es un imposible. Dime que no me has hablado de verdad en serio. Zelfa, te quiero...

A cada movimiento de los dos cuerpos tendidos, la hierba chorrea agua. Joram acerca la boca a la mejilla de ella. Zelfa no rehúye el beso de Joram, pero es como si no estuviera allí. Cuando el hombre se vuelve más osado, ella lo aparta de su cuerpo:

—Cuando el rojo del cielo sea mío — promete, soñadora.

—Zelfa... —silabea todavía el pastor. Pero ella, ausente y fría, lo aparta de su vientre, se levanta y huye hacia la aldea.

Joram se queda allí, abatido, incapaz de seguirla.

II

Ha mandado a los rabadanes que lleven el rebaño a pastar. Él tiene que ir a ver a Anthífax. Los compañeros le preguntan si ha tenido un mal sueño. Joram no les contesta y ellos lo dan por seguro.

Anthífax es el hombre más viejo de la comarca y también el más sabio. Solo a él puede hablarle del arco del cielo. Quizá le averiguará si es posible robarle un color. O se reirá de él y de su curiosidad. Pero le hace falta hablar con Anthífax.

Así sabrá si Zelfa pide algo hacedero o si mora en la chica algún mal espíritu.

Cuando Joram ha visto al viejo sentado en la puerta de su casa se ha sentido contento. Estaba cara al sol. No sabe cómo empezar a hablarle, pero al menos podrán conversar sin testigos. Las cosas que tiene que decirle son difíciles de

comunicar. Primero lo saluda, como si pasara de largo. Pero después refrena el paso y dice:

—Se está bien hoy al sol.

—La lluvia de ayer enjuagó el cielo y empieza a refrescar. Sí, se está bien al sol —le responde el viejo. Y añade:

—Y tú, ¿no estás en el pastizal?

—Me ha pasado algo extraño, Anthífax. La noche pasada...

—¿Un mal sueño, quizás?

—Oh, es difícil decir si el sueño era bueno o era malo. Es eso lo que yo querría escuchar de ti.

—¿Y qué has soñado?

—He soñado con el arco iris, el arco del cielo.

—Ese no es ningún mal sueño. Es bueno soñar con el arco del cielo. Seguramente se te quedó impreso en los ojos cuando, ayer, cerca del ocaso, el arco iris llenó todo el cielo. Pocas veces lo he visto yo más hermoso —dijo el viejo.

—He soñado con el arco iris, el arco del cielo —repitió tozudamente Joram—, y también con Zelfa he soñado. Y ella lloraba y me decía que yo tenía que robarle un color al arco del cielo. El color rojo. Y yo le decía que no, y ella que sí. Y ahora yo vengo y te pregunto quién tenía razón, ella, que quería el color rojo del arco del cielo, o yo, que le decía que nunca lo podría conseguir.

El viejo sonrió:

—Eres una criatura, Joram. ¿Qué más da si todo era un sueño?

Pero Joram insistió:

—¿Quién tenía razón? ¿Puedo o no puedo conseguirlo?

—Mira, Joram, antes tendríamos que hablar de lo que representa el arco del cielo, pero no aquí. Entremos en casa.

—Cuéntame, pues —dice Joram, mientras sigue al anciano.

Anthífax hace un gesto de fatiga:

—¿De qué serviría? Es una historia antigua y misteriosa. El arco iris es el recuerdo de una promesa. Sus colores recuerdan al Señor que no puede inundarnos otra vez la tierra...

—¿Es por eso por lo que no lo puedo robar?

—Yo no he dicho eso. Piensa, Joram, que el Señor tiene siempre a punto un castigo para el que intenta imposibles. Adán quería ser como Dios y el Señor lo hizo mortal. Y a quienes se empeñaron en escalar los cielos para saber sus secretos y construir una torre de orgullo les hizo extrañas las hablas. Y los hombres se volvieron extranjeros unos para con los otros... No, Joram, no podemos escapar a la voluntad de Yavé.

—Pero yo, ¿puedo hacer feliz a Zelfa, sí o no?

—Así que no has soñado que ella te pedía los colores del cielo. Es ella quien te empeña y te mete el mal espíritu en el cuerpo...

Joram agarra al anciano por la túnica y lo zarandea:

—Soñado o vivido, ¿qué importa? ¿Puedo o no puedo escalar el cielo?

—Deja las cosas del cielo, Joram. Abandona la manía de robar un color del arco de la lluvia. Este arco es la paz, Joram. La paz entre Yavé y los hombres. El arco se lo recuerda a Yavé y le ata las manos. ¡Ay de quien las desate!

—Pero entonces, ¿es cierto que yo podría...?

—Teme a Dios, Joram.

—¿Podría?

—Joram. Alzarte ante Yavé te costará caro.

—Yo no te pregunto el precio. Joram pagará el precio que sea. ¿Es cierto que yo podría?

—No creo que puedas, Joram. En los días antiguos, ahogaron la tierra aguas que acabaron con toda alma viviente... Pero luego el justo fue no solo perdonado, sino también bendecido en él mismo y en sus hijos. Y el arco de que hablas se lo recuerda al Señor, le ata las manos y no puede azotarnos.

—¡Yo robaré el tesoro de Yavé!

Anthífax retrocede unos pasos y rasga su túnica:

—Has blasfemado, Joram...

—Mi blasfemia ha rasgado tu túnica. Di lo que tengas que decir y los dos llevaremos el pecho desnudo... ¿Podría robar el arco...? ¿Podría...?

El viejo, arrinconado, parece dominado por la mirada febril de Joram. Después, aprisa, como si necesitara acabar de una vez, dice:

—¡Sí! Creo que podrías... He pensado a veces que Yavé teme a los hombres, que siente celos de ellos... Es posible que puedas robar los colores del cielo, pero lo que es seguro es que pagarás cara tu gloria. Solo Yavé es grande.

—¡Has blasfemado, Anthífax! ¡Tu palabra guiará mi brazo! ¿Castigos? Los acepto todos por anticipado.

—Maldito seas, Joram. Maldito tú y maldita Zelfa, que ha engañado a tu alma. Sois presa de los malos espíritus.

Joram agarra al anciano entre sus brazos y lo tira al suelo. Ni se vuelve a mirar a Anthífax caído. Joram huye hacia su aventura.

III

Alguien lo vio marchar y lo cuenta al pueblo. De buena mañana y con el báculo de los caminantes, al romper el alba y calzadas las sandalias.

Apenas clareaba cuando abandonó la aldea. Alzó la mano hacia las casas, como para despedirse de todos. Procuró llevarse clavada en los ojos la azulada humareda de un hogar querido. Los pájaros empezaban sus gorjeos matinales, pero ninguno de los hombres le devolvió el saludo. Ni lo habría querido. Huía.

Después, por el pueblo corría la fama de que había levantado la voz a Anthífax. Alguien añadía que lo había pegado. Nadie sabía

nada por Anthífax. No contestaba a ninguna pregunta. Solo rezaba entre lágrimas.

Huyó de madrugada, como los chacales, temerosos de la luz del día.

Zelfa no lo volvió a ver desde el día de la lluvia. No le ha dicho adiós. Sus amigas le cuentan que Joram había huido de madrugada, sin dejar rastro. En la fuente han oído explicar que se peleó con Anthífax, pero con certeza no saben nada. Zelfa sabe más que todas ellas. Zelfa demasiado recuerda las palabras con las que lo había azuzado. Querría no haberlas dicho: «Cuando el rojo del cielo sea mío»... Y lo había apartado de sí. ¿Quién sabe? Quizá él, sin despedirse, antes de perder de vista el pueblo, mirando hacia el hogar de ella, había dicho: «No te preocupes, Zelfa, yo espiaré el arco del cielo así que salga. Lo perseguiré allí donde lo vea, lo acosaré hasta fatigarlo, hasta que no huya de mí. Y un día, no sé cuándo, un día volveré a ti con el color rojo para que te ates el cabello».

Si fuera así, si se pudiera robar el arco del cielo... Pero, ¿por qué había huido sin decirle las palabras añoradas? Quizá ya no la quería. Quizás no lo vería nunca más...

Nadie pasa frente a la casa de Joram. Su padre no obtiene respuesta cuando saluda por los caminos. No se irrita porque es justo que el desprecio de los hombres se sume al castigo del Señor. Es pecado levantarles la mano a los ancianos y señores de la tribu. Ahora se siente castigado a causa de su hijo, pero no se atreve a maldecirlo. Antes de que se fuera, le dijo, mientras le tomaba las manos y las estrechaba:

—Algún día entonarán las doncellas los cánticos que me dirigirá mi pueblo y tú las escucharás.

Y lo miraba con sus ojos claros, en los que lucía una llama verde, una fanática promesa.

Después lo abandonó.

Huyó de buena mañana y con el báculo de los caminantes, al romper el alba y calzadas las sandalias.

IV

Joram fue extranjero en muchas tierras, y de todas huía. Se alquilaba por unas jornadas, hasta llenar el zurrón, y, una vez abastecido, volvía a marcharse.

Poco a poco la gente se volvía cada vez más escasa, igual que un rincón de bancal donde la simiente no ha caído a puño lleno y la siembra clarea. Los campos eran cada vez más áridos y había más claros entre los árboles. El cielo era cada vez más tenso, más avaro de lluvia.

Pensaba Joram en su corazón:

«He dejado atrás el césped tierno y la clara pupila de las cisternas nunca vacías, la grasa crepitante de las piernas de los corderos y el calor gozoso del vino. He perdido todo lo que tenía y, lo que más amaba, Zelfa, quién sabe si me ha olvidado».

Lo tentaba la idea de deshacer el camino de insumisión. Acercarse a Anthífax y decirle:

«Te he pinchado hasta oírte blasfemo. Pero lo he pagado bien, por ti y por mí. Perdóname tú, y Yavé tendrá misericordia de nuestras almas».

Después iría a buscar a Zelfa y, abrazado a sus rodillas, le hablaría así:

«Yo no puedo conseguirte el color rojo. Cada vez que lo he visto, lo he acosado en vano. Las carreras han roto mis sandalias y nunca he llegado cerca del arco. Nada en el mundo es tan veloz como para perseguirlo. Sé que con el arco del cielo te pierdo a ti, pero si no por marido tuyo, quiéreme como criado y seré el último de tus sirvientes».

De esta manera transcurrían los días. Y cuando los cultivos quedaron atrás, Joram se

adentró en el desierto. Se sentía más fatigado con cada jornada que pasaba. Descansaba a la sombra escasa de un arbusto. Y volvía a caminar.

V

Las fuerzas lo habían abandonado. La arena reverberaba y una especie de sutil humareda se alzaba de las arenas del desierto. A través de ella todo parecía tremulento. El horizonte no tenía consistencia alguna: ondulaba. Y Joram cayó sobre la arena caliente. Aquella vibración de todas las cosas empezaba a parecerle agradable.

De pronto oyó unos coros de mujeres que cantaban su nombre. El desierto se estremecía bajo la vibración de aquellas voces. Se acercaba la guirnalda de doncellas, cogidas de las manos.

Y ante Joram, danzaban. De entre ellas se adelantó Zelfa y fue hacia Joram. Llevaba el cabello trenzado con una cinta roja y le dijo:

«Me has traído el color rojo y yo lo he atado a mi cabello. Has robado el arco del cielo y este es tu regalo de bodas: hoy es el día en que me llamarán la mujer de Joram».

Y Zelfa se acerca a él y le alarga la mano para ayudarlo. Pero Joram le ruega que lo deje allí, sobre la arena tibia:

«Ven, reposa conmigo y experimentarás una voluptuosidad nunca sentida».

De repente cesan las voces. Se rompe la risueña guirnalda de muchachas. Una lluvia roja cala a Zelfa. La túnica empapada de sangre dibuja su cuerpo. Y Joram la agarra y la lanza con horror contra el suelo. Ella se queja y le dice:

«Maldito seas, Joram. Maldito tú y maldita Zelfa, que ha engañado a tu alma. Sois presa de los malos espíritus...»

Joram se tumba espantado y entonces ve como Zelfa le habla con la cabeza de Anthífax entre las manos. Después huye, perseguida por

Anthífax, desierto adentro, donde se pierde en el horizonte trémulo.

Joram espera. Busca a Zelfa con mirada enloquecida. Ahora le parece que oye otra vez el sonoro percutir de los atabales y que pronto volverán las doncellas a entregarle a Zelfa, con la túnica de colores. Pero el ruido aumenta hasta el vértigo.

Pasan como rayos, las melenas al viento, en manadas, volando sobre una espesa nube de polvo.

Joram se lleva las manos a la cara, pasmado. Recuerda el horror de su pueblo pacífico ante aquellas bestias salvajes, sobre las cuales las tribus del desierto hacían presa en ellos.

Al quitarse las manos de los ojos, Joram tiene miedo de caer en nuevos delirios. Lo tiene delante. Un caballo rezagado, con las orejas tiesas, a su lado. Joram no osa ni moverse. El animal baja ahora la cabeza hasta la hierba reseca. Oscila la cola espesa mientras pasta.

En esta placidez de la bestia no puede reconocer al monstruo temido por su pueblo. Joram solo tiene ojos para el caballo aquietado. Y le encuentra semejanzas con los animales pacíficos, aliados de su pueblo. Tiene el tamaño del buey cachazudo y se parece al asno de carga.

Joram intenta ahora levantarse para contemplarlo mejor. El caballo levanta la cabeza, sobre la cual se atiesan las orejas vigilantes. Se estremecen sus anchas narices. Se remueve de aquí para allá, nervioso. El movimiento de los músculos del pecho hace jugar la luz del sol como en una piedra pulida. Repiquetea la tierra con las patas delanteras. Y de pronto toda su masa se endereza en una ágil cabriola y se alza sobre las patas de atrás.

Joram teme ahora ser castigado por haberse atrevido a comparar a la noble bestia con los toros serviles y con las burras pacientes.

Pero el caballo se pone a galopar en dirección de la nube de polvo levantada por

sus compañeros en su huida. Joram no puede entender la fuerza de aquellas piernas delgadas que impulsan el cuerpo pesado del animal como el arco tirante cuando suelta la flecha.

Entonces comprende. Los hombres del desierto se aliaban con los monstruos corredores y juntos robaban todo lo que los demás hombres habían trabajado. Y pensó en buscar ayuda en los caballos. Con ellos quizás le sería posible robar el arco del cielo. Joram avanzó y, loco de esperanza, se puso a correr detrás de la bestia.

Pero el caballo estaba lejos y Joram se fatigó en vano.

VI

Poco a poco Joram se volvió cauto. Con los caballos no valían ni gritos ni persecuciones. No eran como el ganado que había tratado hasta entonces. Con ovejas y cabras se puede alzar la voz y los perros obedecen a puntapiés. Pero ¿cómo acercarse a un caballo?

Seguía el galopar de los caballos que cruzaban el desierto. Joram hacía camino, no sabía adónde, siempre en pos de las manadas de caballos.

Un día vio a lo lejos un bosquecillo. Sintió pena y alegría a la vez por aquel hallazgo. Pronto vio que solo se trataba de una fuente aislada, alrededor de la cual verdeaba la hierba y se elevaban unas cuantas palmeras.

Bebió hasta hartarse, ya que hasta entonces solo había encontrado, de vez en cuando, agua fangosa en algún hoyo aislado. Vio algunos caballos que rondaban por aquel verdor. Procuró no azorarlos. Cogió algunos dátiles y arrancó raíces. Después se quedaba quieto, inmóvil, durante horas enteras. Los caballos

estaban cerca de él y se acostumbraban a su presencia.

A los pocos días venían a beber al mismo hoyo. Intentó acariciarlos con cuidado. Huían bruscamente, pero los hacía volver con manojos de buen pasto. Se acercaban con miedo. Cualquier cosa los azoraba, pero poco a poco comieron de su mano.

Pasaron los días y los animales se habían familiarizado con la mano de Joram y se dejaban acariciar la crin. Después se agarraba y probaba a montar, pero el caballo giraba y acababa huyendo. Joram los soltaba y no los seguía. Poco a poco se volvían menos ariscos. Un día consiguió montar sobre uno de ellos, pero acabó derribado al primer encabritamiento. No hacía caso. Era tozudo en las tentativas y paciente con la sangre.

Así transcurría el tiempo. Comprobó que, de noche, los caballos eran más mansos. Acabó durmiendo acurrucado contra el calor de los animales, que no lo rehuían. Se acostaban quietos a su lado, sin temor. Pero, a las primeras luces del alba, se apartaban de él.

VII

Joram no supo nunca cómo se vio jinete. Todo fue rápido, confuso y difícil de entender. Era una noche en que dormía cerca de los caballos. Lo despertó un fragor de aullidos de lobo, de relinchos de caballo y de carreras. La lobada cayó de improviso sobre el oasis y se lanzó contra los caballos. Uno de ellos cayó bajo las garras de los carnívoros. Quedó desventrado, panza arriba, mientras se defendía a coces inútiles de la voracidad implacable. La manada escapó en todas direcciones, como enloquecida. Joram, despavorido, se agarró a la crin de un caballo fugitivo. El animal lo arrastraba. El

pánico dio un extraño deleite al brazo de Joram. Hizo un esfuerzo desesperado por montar sobre el caballo.

Sin saber cómo ni de qué manera, Joram se vio galopando sobre el indómito, definitivamente jinete.

VIII

Definitivamente jinete.

Joram experimentaba una voluptuosidad nueva. Era como tener alas. Una fuerza enloquecedora subía del caballo al hombre, se comunicaba a cada salto, a cada arranque, a cada impulso. Apretaba las piernas contra el vientre del animal y pronto se acostumbraron, uno y otro, a comunicarse, a decirse, por presiones y aflojamientos, la serenidad del paso, la alegría del trote, la embriaguez del galope, el ritmo y la compenetración de cada momento. ¡Qué amodorrada e insípida le parecía ahora la vida de pastor...! ¿De qué no se sentía capaz, ahora, a caballo? Era un hombre nuevo. Solo por eso habría valido la pena huir. Había vuelto a nacer. De pronto había encontrado un pecho más ancho, unas piernas más potentes, unos brazos más férreos. Era él mismo y era más que él, más de lo que había sido hasta hacía poco. Se sentía émulo del viento, señor de las distancias, vencedor de las fatigas. Podía tocar el cielo con el dedo.

¿Podría tocar el cielo con el dedo?

Lluvia. Lo que hace falta es lluvia. Y que salga el arco del cielo. Que Yavé ose extender por el espacio sus colores de paz. Entonces él, Joram, asaltarán los cielos. Escalará las alturas, porque ahora Joram es como una torre. Una torre de muchos Jorams, uno sobre otro, un castillo que llegará al cielo, trepando sobre sí mismo, encima de los muchos Jorams que ahora sienten dentro. Tocaré el cielo con el dedo

Lo que hace falta es lluvia.

De repente se encapota el cielo. Sobre la repentina negrura se retuerce la serpiente del rayo. Resuena el trueno. Estalla el aguacero. Y Joram se queda quieto sobre el caballo, un poco amedentrado por la rapidez con que se ha cumplido su deseo. ¿Será verdad que lo puede todo...? ¿Será verdad que Yavé teme? Ofrece el pecho a la lluvia. Un pecho caldeado por el orgullo. Torre de Jorams.

Y de repente, otra vez despejado. Cielo azul.

Por de pronto le parece que es una ilusión de su vista, ahora deshabituada a distinguir la realidad de la apariencia debido a los espejismos del desierto. Después se da cuenta de que, con timidez, se inicia un arco aún descolorido. Un arco que quizá le adivina el pensamiento. Un arco que conoce su fuerza. Por eso no afirma sus colores.

Ahora sí. Ahora, poco a poco, el arco dibuja un puente en el cielo. Cada vez con más fuerza, con nuevo resplandor. ¿Lo desafía? ¿Lo desafía, a él, torre de Jorams...?

Arrea el caballo con los talones, lo aprieta, lo aguija. Y el caballo se lanza a un galope tendido, a un galope de innúmeras patas en vuelo. Joram se aferra a la crin. Al levantar la vista, el arco le parece más cercano, más colorido. Embarga al caballo un vértigo de velocidad. Aplana las orejas sobre la cabeza con expresión maligna.

Llegan al arco. Se encuentran bajo un puente inmenso, resplandeciente, colorido. Joram lleva el caballo hacia el lugar donde se apuntala un brazo del arco. Al llegar, el animal se encabrita y corre de aquí para allá, inquieto, espantado. Caballo y jinete se bañan en la luz cambiante de los colores reflejados.

Ciego de claridades, empuja al animal con los talones. El corcel resbala y levanta surtidores de chispas de todos los colores. Pero el recuerdo de Zelfa sube más alto que cualquier chispa. «Cuando el color del cielo

sea mío...» Las manos se le crispan sobre la crin y con los talones vuelve a aguijar al animal. El caballo parece ahora haber enloquecido. Araña el arco resbaladizo hasta volverse él mismo un monstruo de siete colores.

Joram no acaba de dar crédito a lo que ve y siente. Le parece que él y el caballo han perdido peso y que flotan sin contacto con la tierra. Ve el apuntalamiento del arco bajo él y las agitadas patas del animal que arañan una fluida masa de colores. El caballo patulla ahora sobre una espesa franja roja. Han comenzado la ascensión por el aire. Joram pierde poco a poco el miedo y el encogimiento. Vuelve a sentir el pecho ancho, fuertes las piernas, todopoderosos los brazos.

Se agacha embargado por el gozo y el orgullo. El color rojo es una masa como esponjosa. La mano estrecha el tesoro del cielo. Y Joram arranca el color rojo. Recoge la cosecha celeste. Y el color rojo, desprendido del arco, tembloroso en su mano, lo sigue, convertido en una cinta larga y ondulante.

Aferra el color y hace galopar el caballo por el puente del cielo. Ya están en medio. Y de golpe inician el descenso. El caballo se echa atrás y frena. Del roce de sus patas de delante brotan otra vez innúmeras chispas.

Es un momento turbador, un instante incierto en el que Joram no sabe si todavía galopa por los cielos o ha posado las plantas en tierra. De una blanda resistencia pasa de improviso a la dura solidez del desierto. Y Joram se da cuenta de que, mientras cabalgaba por los cielos, las patas del corcel eran silenciosas, enmudecidas por blanduras resplandecientes. Ahora suena el galope rítmico, musical, sobre la tierra áspera.

Joram galopa por la llanura con el regalo de Zelfa desplegado como una inmensa cinta roja. El color robado flamea en el aire.

Ella le pidió lo imposible y lo ha conseguido.

Con la mano tendida hace voltear el color por el cielo. Y las palabras de Zelfa vuelven a su recuerdo y cuchichean:

«No me quieres, Joram. Si me quisieras, me dirías: “No te preocupes...”». «No, no te preocupes, Zelfa... He robado al cielo, he robado el color rojo... Y es tuyo, tuyo para siempre...»

IX

Invaden las puertas, se asoman a las ventanas y coronan las azoteas. Todo el mundo lo mira. Nadie quiere quedarse atrás en el elogio:

—¡Es el héroe!

Joram llega sobre el caballo inquieto y repicante, que gira y regira y levanta nubes de polvo. En la mano, bien firme, vuela la cinta de color rojo. Y el pueblo aclama:

—¡El sol del desierto lo ha hecho invencible!

Los hombres lo miran con ojos como platos por la admiración y la envidia. Un incrédulo estupor parece flotar cuando constatan:

—¡El desierto le ha uncido el caballo indomable!

Los ancianos, estremecidos y temerosos, se agachan a su paso. Con miedo de mirarle los ojos, acatan:

—¡El mismo cielo ha doblado el espinazo y se ha dejado esquilar un color!

Y las doncellas cantan:

—¡Su brazo es el más fuerte!

Se arrodillan ante él. Joram ve a su padre y Zelfa, que lloran de alegría, abrazados. Baja del caballo y se abre paso entre manos floridas de palmas.

—Zelfa —dice a la muchacha—: aquí tienes mi regalo de bodas. Te traigo el color del cielo. He regresado a ti con el color rojo para que te ates con él el cabello. Tú me dijiste que

cuando el color rojo del cielo fuera mío... Lo he robado para ti... Ha llegado el día que te llamen la mujer de Joram.

—Hágase según tu deseo —contesta Zelfa, intimidada.

Todos aclaman al vencedor del cielo. Todos menos Anthífax. Huye del héroe y se aparta de su sombra gloriosa, como de alguien corrompido por la lepra.

Pero Joram no piensa en él. Lo ha olvidado.

X

Ha pasado el tiempo. La entrada triunfal de Joram queda lejos. La gloria ha perdido el sabor, como un vino desbravado. Joram querría revivir aquel momento único, cuando todos lo aclamaban, le decían hermano y proclamaban que en él habían sido glorificados. El mezclado sentimiento de admiración y de envidia que descubría a los ojos de los hombres, ahora, como la leche cuajada, se descompone. Y algunos envidian, mientras otros aún lo admiran. La gloria se vuelve agria. El pueblo se divide en dos, entre glorificadores del nombre de Joram y detractores de su renombre, entre quienes cantan su gesta y quienes la maldicen.

Un día, en la tribu del viejo Dhuna, el campesino Frei expresó en palabras el odio contra Joram y contra su tribu soberbia:

—¿Es que se han acabado los colores del cielo? A menudo vemos el arco que dio gloria a Joram. Sale sin el color rojo, pero sale. Y nosotros admiramos el arco del cielo, elevado como el renombre de Joram. Pero yo pregunto: lo que hizo él, ¿no podría llevarlo a cabo nadie más? Todavía hay colores en el cielo que pueden hacer olvidar el oprobio de nuestra tribu despreciada...

La gritería del pueblo le prestaba un rencoroso asentimiento. Y Frei, enardecido,

pidió la bendición a Dhuna, el jefe de la tribu. Quería partir hacia el desierto. Seguiría el camino de Joram.

XI

Lo habían visto marchar incrédulos. No, no volvería. No podía ser fácil hurtar un color al cielo. Joram era único. Nadie podría nunca repetir su gesta. Frei dejaría sus huesos en el desierto.

Con todo, esperaban. Alimentaban una secreta esperanza: ¿y si fuera posible? ¿Y si, a pesar de todo, Frei volviera...? ¿Y si, contra todas las predicciones, Frei llevaba a su tribu otro color del arco del cielo...?

Esperaban.

Y un día el pueblo volvió a invadir las puertas, a asomarse a las ventanas, a coronar las azoteas. Frei había vuelto. Y no venía solo. Jinete sobre un caballo encabritado, daba al viento un nuevo color.

El pueblo aclama:

—¡El sol del desierto lo ha hecho invencible!

Los hombres, admirados y envidiosos, constataron:

—¡El desierto le ha uncido el caballo indomable!

Los ancianos acataban:

—¡El mismo cielo ha doblado el espinazo y se ha dejado esquilar un color!

Las doncellas cantaron:

—¡Su brazo es el más fuerte!

Ni una palabra más, ni una menos. Y mucho entusiasmo. Un buen calco. Obra de la multitud.

Joram podía presenciar, como espectador, lo que había vivido como protagonista. No era lo mismo. Aquella contemplación lo llenaba de añoranza de sí mismo y también de inquietud.

Ya no era el único. Ahora había dos invencibles, dos uncidores de caballos indomables, dos sometedores del cielo y dos pares de brazos que eran los más fuertes.

Muchos se desprendieron de la antigua sumisión a Joram y fueron a buscar la compañía y la protección del nuevo afortunado.

Era duro para Joram tener que repartirse la gloria con aquel campesino.

XII

Y sopló como un viento de locura sobre aquel pueblo. Todos los jóvenes abandonaban la conformidad del hogar por el riesgo del desierto. La mayoría no regresó nunca más. El desierto fue un blanco desparramiento de huesos al sol y una risa lúgubre de hienas nocturnas.

Rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil, violeta. Siete colores. Siete invencibles, siete domadores de caballos, siete esquiladores celestes, siete pares de brazos que son los más fuertes. Porque ahora con uno, ahora con otro, el arco de la paz se quedó sin colores, se desvaneció para siempre jamás del cielo. Tantos probaron a ganar, tantos fueron quienes lucharon en el desierto que siete mozos volvieron vencedores.

La multitud los recibió a todos con el mismo entusiasmo, con las mismas palabras. Siete buenos calcos. Obra de la multitud.

Joram se contempló vencedor—regreso exaltador—en aquellas copias repetidas que le mandaban, desmigajada, su propia imagen heroica. Pero ya menos heroica. Un poco desdibujada a cada nueva contemplación. Los nuevos triunfadores lo empequeñecían. La gloria era una torta de siete trozos. Solo uno era para Joram. Tenía un sabor amargo aquella torta hecha trozos.

Siete pares de brazos que eran los más fuertes.

Ahora había que proclamarlo.

Y los siete caudillos lo proclamaban noche y día. Se explicaban, se comentaban, se parafraseaban. «Cuando estaba en el desierto...» «Cuando tuve el arco delante...» «Cuando el caballo se me resistía...» Ya no esperaban que los demás los alabaran. Temían que se quedasen cortos.

En medio de las fiestas estallaba el odio entre las tribus. Porque las mujeres de Elborán cantaban que nada podía compararse a la valentía de los verdes, las de Aixa se desgañitaban diciendo que el empuje de los azules todo lo derribaba. Cada tribu quería ser la primera, la elegida, la mejor.

Ya no trabajaban. Hablar de las gestas se llevaba todo el tiempo. Era más alegre cantar y vagar mientras los campos permanecían en una aridez entristecida. Se robaban el trigo y el vino que aún quedaban. De noche se llevaban los rebaños.

Los balidos despertaban a los guardianes y se libraban verdaderas batallas. La rivalidad se salía de madre y las venganzas no tuvieron fin.

Una noche mataron a un hombre. Siguió una calma extraña, una especie de estupor de las tribus hasta entonces pacíficas. Era fácil matar.

Siete brazos que eran los más fuertes.

Había que probarlo. Ya no bastaba proclamarlo a los cuatro vientos. Cayeron más víctimas. Frei y Joram, Elborán y Aixa y los demás caudillos se entregaban a pillajes de muerte. Cada jefe, seguido de una hueste de combatientes, era un enemigo del pueblo. Los hombres quedaban desventrados sobre la tierra inculta.

Al llegar la noche caían rendidos de cansancio. Labrar la tierra era menos fatigoso. El exterminio resultaba un trabajo agotador. Pero ya habían catado la embriaguez de la

guerra. Ya no eran siete los pares de brazos que querían ser los más fuertes. Todos envidiaron el señorío sobre los demás. Y los sacrificadores acababan a su vez sacrificados. Quedaban en tierra abatidos mientras los cuervos volaban en derredor formando negra corona. Hasta que bajaban a hundir los picos en las tripas heroicas.

La fetidez de los cadáveres apestaba el aire. Ni los cuervos ni los chacales daban abasto.

Hasta que la guerra entre tribus languideció. Tampoco duró el todos contra todos. Los héroes morían en la cama, de donde desbordaba la inmundicia. Una enfermedad pestilente paraba todos los brazos, que ya eran todos los más fuertes.

XIII

Y en medio de su pueblo, Anthífax alzó la voz. Había huido de los héroes y se había apartado de su sombra gloriosa. Pero ahora volvía del desierto donde había ido, no a vencer, sino a rezar. Por su boca habló el dolor del pueblo. Con el brazo medía la tierra, de levante a poniente. Todo yermo. Fue la voz de todos. Maldijo a los ladrones del desierto, del cielo y del arco, y se maldijo a sí mismo, que los había guiado con sus palabras imprudentes. Todas las tribus se inclinaban mohínas ante él y lo escuchaban.

Les pintaba la vieja riqueza, la abundancia de los campos y la paz del corazón. Después alguien habló de alcanzar lo imposible. Dejaron el arado pacífico y se armaron de herramientas de matanza. Cayeron de la felicidad al hambre por la pendiente del heroísmo guerrero. Y Anthífax, enardecido, les predicaba:

—Devolved los colores al cielo. El arco de la lluvia es señal de alianza. La paz de la tierra se refleja en el cielo por los colores del iris. No me conocéis de ayer ni de anteayer. Mis

palabras no son vanas. Si mi blasfemia guio al primer orgulloso, que mi ruego sea camino de arrepentidos.

Las vírgenes que habían cantado a los valientes, ahora los maldecían. También habían pasado los días para ellas. Ya no eran las doncellas de virginidad ardiente, sino las madres sufridas de las nuevas generaciones. Y, al vituperar a los héroes, deseaban larga vida para los hijos que estrechaban entre sus brazos.

Hasta los robadores del cielo temblaban ante la ira del pueblo. Ya no se sentían superiores al resto de los suyos. La embriaguez bélica los había abandonado. También ellos querían la paz. Eran siete hombres de brazos cansados.

XIV

Se celebró la Fiesta del Perdón. Anthífax recibiría de los siete robadores del cielo los colores por los que habían sufrido hambre y sed y penas innumerables. Había que devolver al cielo el arco de la paz.

Los héroes desfilaron, lamentables, derrengados, sufrientes, entre dos murallas de gente rencorosa. Cada uno venía con su color.

Delante de todos, Joram. Pero no venía solo. Zelfa guiaba su tiniebla. Había caído prisionero de Frei, que le había hecho vaciar los ojos en venganza por haberse llamado el más fuerte.

Frei alarga su color con la mano izquierda. Joram le había hecho cortar la mano derecha cuando cayó bajo su poder.

Y detrás seguían los demás, maltrechos y olvidados de la vieja arrogancia. Eran un hatajo de miserables y de mutilados.

De uno a uno se inclinaron ante Anthífax y le entregaron el color que les había aureolado la juventud. Lo entregaran de buen grado, como si se quitaran un peso de encima.

Y cuando todos los colores quedaron reunidos en las manos de Anthífax, una suave llovinza reconfortó la muchedumbre de los hombres. Los colores se enfilaron por las gotas de agua, cielo arriba, como un vuelo de aves. Y se extendieron por el espacio, enjambre polícromo, hasta transformarse en el arco de maravilla, en el arco de la paz. Parecía la risa del Señor.

Se oyó un sollozo. Y todos miraron a Zelfa, la que el pueblo llamaba la mujer de Joram.

XV

Los hombres castigados volvieron a los campos. La reja tropezaba, a veces, con la carroña de los caídos. Pero la cosecha fue como nunca.

Anthífax subió al lugar alto donde acostumbraban a rezar. Encima de la colina debía ofrecer a Yavé las primicias, de olor suavísimo para el Señor.

Sacrificó un cordero de un año, sin mancha. Apiló su grasa sobre el ara, donde también quemó vino y trigo. Y mientras la humareda ascendía al cielo, Anthífax cantaba las alabanzas del Señor.

Y, al acabar, Anthífax fijó la vista en los campos que tenía a los pies, en la llanura.

Se echó atrás espantado. Abrió más los ojos, por si fuera un engaño lo que veía. Pero no: era cierto el espectáculo aborrecible. Los hombres no estaban arrepentidos. Los hombres recordaban y añoraban el latrocinio. Nunca más habría paz en la tierra... Sobre la tienda de cada héroe ondeaba un paño teñido: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil, violeta. Paños teñidos.

Eran banderas.

Arenys de Mar, verano de 1935.

GIAN CADUFF

LA ONDINA

Cuento de Rügen

Sus compañeros de viaje se han retirado a sus habitaciones del hotel después de la cena. Están cansados por la navegación hecha en alta mar por la tarde. Renat les ha dado las buenas noches abajo en el jardín junto al faro, sin ir él mismo todavía a la cama. En balde había buscado ahí el sueño. El desasosiego de su pecho, que lo había echado del ajetreo de la ciudad y llevado hasta esa isla lejana, tampoco se había podido calmar allá. Se veía engañado en su esperanza de poder ahogar en el espectáculo del mar eterno el mal que quema su alma, el amor y el dolor por la tanto tiempo amada y con vana fe deseada. Hoy, mientras su embarcación se balanceaba, hinchadas las velas, sobre las olas espumeantes, solo ha aumentado el ansia indecible de su corazón, aumentado sin medida...

Sin saber adónde quiere ir, se marcha fuera del hotel, en la noche. Y sus pasos lo llevan por la oscura senda que bordea la orilla. Sus zapatos chocan contra las piedras, tropiezan en las raíces, su abrigo se engancha en los arbustos... «¿Por qué voy precisamente por este camino malo y agreste en vez de por uno mejor...? ¿Ahora, en noche cerrada?» Pero, en vez de esperar una respuesta, sigue adelante, va como si debiera ser así, como si una potencia invisible lo guiase. Tropieza otra vez, su abrigo se engancha de nuevo, pero él se abre camino entre la oscura maleza y la idea de volver no tiene sentido alguno...

Así llega junto al mar, allá donde las cabañas de los pescadores destacan con sus techos de paja entre el verde de los frutales. Parecen sueños misteriosos, envueltos en nubes y oscuridad. Ahí, junto a aquel muro,

habían arribado pocas horas antes Renat y sus compañeros en su embarcación. Y allí, junto a aquella fuente estaba ella, llenando de agua sus cubos, mirándolos con ojos centelleantes, penetrantes. Y él estaba inmóvil apoyado en el palo de las velas, no podía quitar la mirada de la curiosa, extraña joven. Y por la puerta de aquella cabaña salió una viejecita encorvada, que gritó algo a la muchacha. Renat solo pudo entender el nombre de «Elsy». Y ella se dirigió a la cabaña con los cubos. Sin embargo, se volvió varias veces, mirando a los jóvenes, como si deseara algo de ellos. Y Renat, olvidando dónde estaba, miró hacia ella, siguiendo sus movimientos y sus pasos flexibles, hasta que el marinero le puso la mano sobre el hombro:

—No se fije demasiado, joven. Podría ser peligroso. Es una moza misteriosa, Elsy. Nadie sabe dónde el paradero del de casa y aquella vieja puede... hacer hechizos.

Estas palabras del marinero despertaron al joven como de un sueño. Solo entonces se dio cuenta de que sus amigos ya llevaban bastante tiempo en la orilla y que lo esperaban. Pero esa imagen lo ocupó durante todo el camino hacia el hotel, hasta que lo embargaron los sucesos más impresionantes de su navegación. Pero ahora... ¿ha vuelto de verdad a aquel lugar...? Solo, sin darse cuenta... Este pensamiento lo hizo refrenar de golpe sus pasos y examinar severamente su propio corazón: «¿He venido de verdad sin darme cuenta...? ¿No me ha llevado hacia aquel camino agreste y pedregoso un sentimiento secreto en las honduras de mi alma por la desconocida? ¿Por qué he dado precisamente ese paseo y no otro?» Pero su corazón no responde ni sí ni no. Queda en silencio como si ocultara un misterio y, tras quietarse, camina Renat por la orilla del agua y se sienta sobre una roca...

Profundo silencio nocturno todo en derredor. El mar es de color azul oscuro y está

en calma. Pero levemente y prácticamente en silencio ondea su superficie. El cielo está cubierto. La luna se desliza justo entre las nubes, proyectando su luz amarilla sobre el agua. Es como una larga vía desmesurada de oro hirviente que parte de la orilla y sigue a lo lejos mar adentro. Y su mirada anhelante peregrina por esa vía como si esperase que viniera algo por ella, como si esperase alcanzar el consuelo buscado. De pronto es como si viera algo blanco a lo lejos, como una rosa del mar que extendiese su cáliz llameante fuera del agua. Y la flor se acerca cada vez más, mudándose muy lentamente en un cisne de un blanco resplandeciente que nada en silencio hacia él. Como la quilla de un barco separa el hermoso pecho las aguas y en silencio se vuelven a fundir las ondas sobre el dorso de la misteriosa aparición. Llega a breve distancia de él y se sacude el agua de las plumas brillantes sobre un arrecife que sobresale del mar. Pero tan pronto como está fuera del agua se transforma el cisne y una joven de una belleza nunca vista se sienta en la roca y se atusa los hermosos cabellos castaños de la frente. Y destellan miradas desde la roca hacia el joven, miradas... ¿No son los mismos ojos que se habían ya encontrado con los suyos una vez...? Esa tarde, al arribar. Pero ¿cómo ahora aquella muchacha pescadora...? Dirige su mirada hacia la cabaña de la mujer encorvada, pero la puerta está cerrada y la ventana, sin luz... Entre tanto, la joven se abraza las rodillas y una voz argentina pregunta sobre el agua:

—¿Qué buscas aquí completamente solo y tan tarde por la noche?

Él calla un rato hasta que sus labios aciertan a responder:

—¿Qué busco aquí? Eso no lo sabría decir ni yo mismo.

—Pero ¿hay algo, con todo, que te ha traído aquí por la noche, mientras que otros

descansan en pleno sueño reparador? —sigue preguntando ella.

—Sí, ahora algo sé. Busco algo que no voy a encontrar nunca, busco... la paz de mi alma.

—¿Y crees que ya no vas a encontrar esa tranquilidad en ningún momento?

—En la vida, no. Pero existe un lugar en el que encontraré la paz.

—¿Crees, pues —prosigue la joven—, que la tumba extinguirá el fuego de tu alma, el ansia de tu corazón?

—Eso espero —es su respuesta, pero ella lo exhorta levantando el dedo:

—¡Podrías estar equivocado, Renat!

Lo sorprende mucho que esa desconocida sepa su nombre, pero la mira con mayor confianza. Y la joven se levanta y marcha hacia él. Y él ve cómo los blancos pies caminan sobre las olas, sin hundirse en el agua, sin mojarse. Una devoción temerosa lo embarga al ver ese milagro y, tapándose los ojos con las manos, cae de rodillas...

—¡Levántate, Renat, levántate...!

Y le acaricia los cabellos con la mano. Al alzar la mirada, ve cómo se inclina hacia él. Los hermosos miembros blancos brillan a través de los velos perfumados de seda verde. Rubíes y carbunclos lanzan destellos en los bucles castaños que ondean sobre su espalda. Y aquella mirada... Sí, es la misma mirada de hoy a la hora de la siesta. Cuanto más mira, más le parece conocida y amable esa mirada. Siente que ha encontrado consuelo en esos ojos ya tantas veces... Como si fuera la mirada que su corazón deseoso busca y anhela día y noche.

—¡Levántate, Renat, ven!

Y ello lo levanta, echándole el brazo sobre el hombro, y él la acompaña sin saber adónde lleva el camino, sin saber qué quiere ella. Cuando pasan al lado de la cabaña de la vieja, les sale al paso un gato negro, girando los ojos centelleantes, gruñiéndoles, pero la joven le dice

unas palabras que el joven no comprende. Con el rabo entre las patas, el gato escapa resoplando y desaparece bajo el tejado de la cabaña. Y los dos prosiguen su camino hacia el bosque. Un extraño sentimiento de temor hace temblar el pecho del joven, pero no se atreve a preguntar qué es. Y camina a su lado, inconsciente y sin voluntad, como en un sueño...

—¿Te has hecho al mar hoy por la tarde? —pregunta ella.

Y él responde:

—Sí, con otros tres.

Ahora él sabe que debe de ser la muchacha pescadora que se encontraba junto al agua con sus cubos hoy a la hora de la siesta, al arribar ellos. Nadie más los había visto.

—Habéis estado lejos allá fuera —prosigue la joven—, hasta allí desde donde se ven Suecia y la isla de Bornholm.

—Sí, hasta allá —responde él, y no comprende cómo lo puede saber ella, quien sigue preguntando:

—Y tú estabas junto al palo de las velas con el abrigo chorreante y mirabas hacia la isla extranjera, con los ojos llenos de dolor y deseo. Tú querías que el marinero llevara el barco hasta la isla, pero el viento y el oleaje os obligaron a regresar.

Él está cada vez más asombrado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres, que sabes estas cosas? —quiere preguntar, pero no consigue que la pregunta aflore a sus labios. Así llegan hasta dentro del bosque bajo un gran roble que extiende sus amplias ramas sobre la senda. Se detienen delante de una losa.

—¿No ves nada junto a aquella losa? —pregunta la joven. Y Renat observa la losa desde más cerca.

—¡Qué! ¡Es la huella del pie de un adulto y, al lado, la de un niño!

—Sí —replica la joven—. Aquí es donde condenaron a la sacerdotisa. ¿Nunca has oído esa historia?

—No, esa no. Un vejete me contó ayer toda la tarde historias de esta isla, pero de esa no dijo nada.

—Te la voy a contar, porque es uno de los cuentos más bonitos de Rügen.

Y la joven le coge la mano y se sienta sobre el musgo bajo el roble. Él se coloca a su lado.

—¡Gracias! —exclama él, mientras estrecha las manos de la joven y se mira en sus ojos amables—. Voy a escuchar tu cuento con la atención de un niño, pero antes ¿podría hacerte una pregunta? Y me vas a responder, ¿verdad?

—Eso depende de la pregunta que sea —sonríe ella—. Tal vez no sepa ni siquiera responder a tu pregunta.

—Bueno, sabrás si quieres —dice él. Y entonces estrecha más firmemente las manos que tiene entre las suyas, mientras le pregunta:

—¿Quién eres?

—¿Ves? —exclama ella—. Preguntas mucho más de lo que puedo responder.

—Bueno, bueno, eso lo sabes tú, eso lo debes de saber tú —insiste él con cálido fervor.

—Pero no ahora —lo calma ella—. Para cuando nos despedamos. ¿Estás satisfecho, Renat?

—Ciertamente debo estarlo, pero si me dijeras al menos cómo te llamas...

—Eso lo sabrás también cuando nos despedamos.

Resignado, deja caer las manos y se queda callado largo rato. Entonces empieza a insistir una vez más:

—Y si supiera cómo te llamas...

—Eso no lo puedes saber, imposible —dice ella y mueve sonriendo la cabeza.

—¡Lo sé!

—¡Dilo, pues!

Él le coge otra vez las manos y, con voz ronca y solemne, como si profiriese una inspiración divina, susurra:

—¡Elsy!

Ella tiembla sorprendida y un cálido rubor baña su rostro.

—¿Quién te lo ha dicho?

Pero él la tranquiliza:

—No te tomes a mal que lo sepa.

Como para impedirle que siga preguntando, estampa un beso en los amables labios interrogantes.

—Para, Renat, si no quieres hacer una terrible penitencia.

Ella pone la mano protectora entre sus labios y los de él, pero la fortaleza es débil y ha de caer. La besa otra vez:

—La penitencia solo se hace por culpas y pecados.

Pero sus palabras suenan, con todo, como una pregunta, una pregunta que espera respuesta, que espera en vano. Ella calla, perdida otra vez ante el interrogante de cómo era posible que él supiera su nombre... «¿Acaso conoce él incluso el sentido de mi nombre?», se pregunta inquieta. «Oh, no —continúa pensando—. Si no, su confianza en mí no sería tan grande». Y cogiéndole la mano, le pregunta:

—¿Puedo empezar ya mi cuento?

—Sí, Elsy, empieza.

Tras cruzar los brazos de la joven en torno a su propio cuello, pone él la cabeza en el regazo de ella, de modo que ve el cielo y sus estrellas a través de las ramas del roble. Y la joven comienza a narrar el cuento de la sacerdotisa condenada.

—Aquí, donde este roble tiene sus raíces, se levantaba hace muchos siglos un templo de la diosa Herta. Doce sacerdotisas guardaban el santuario y vigilaban el fuego, que ardía día y noche en el altar, sujetas a un sumo sacerdote. Este venía una vez cada día festivo y sacrificaba

un carnero sobre el altar de la diosa poderosa. Y a cada mutación de la luna venía la diosa misma a media noche, visitaba su santuario y bendecía a sus fieles servidoras. Allí en aquel laguito comparecía cada vez en una barca de oro, tirada por siete cisnes blancos, y en la misma barca volvía a irse, nadie sabe adónde. Pero durante la noche solo había seis sacerdotisas que velaban el fuego divino en el templo. Con todo, esas seis debían vigilar los alrededores del templo hasta la orilla del mar abajo, cada una sola y por su propio camino. Entonces ocurrió una noche que una de aquellas sacerdotisas se encontró en su senda con un príncipe que se había perdido en el bosque mientras iba de caza. La guardiana quería hacerle proseguir su camino diciendo que aquel terreno estaba consagrado y prohibido, pero (cómo ocurrió aquello solo lo sabe el Dios del amor y del cariño), el príncipe se enamoró de la sacerdotisa y a la sacerdotisa embargó el amor por el príncipe. La segunda noche regresó a ella el príncipe otra vez y el fuego del amor penetró cada vez más hondamente en sus almas. En vez de vigilar los alrededores del templo, descansaba la sacerdotisa en brazos del príncipe, gozando los dulces deleites del amor sublime. Pero la séptima noche de su amistad se volvió culpable su amor y tres meses después...

Al oír estas palabras, levanta Renat la cabeza e interrumpe el relato preguntando:

—¿Se volvió culpable su amor...? ¿Lo crees tú posible, Elsy? ¿Hay en el amor otra culpa que no sea la de dejar de ser...? Pero, si el amor es profundo, verdadero y sincero, ¿puede haber culpa en él o que de él proceda...? ¿No es para un amor puro y sublime todo puro y sublime también...?

Sus preguntas tiemblan de santa convicción, de modo que se dan respuesta a sí mismas.

—Tienes razón, Renat —admite la joven—, pero los hombres así lo juzgan, juzgan según la apariencia y no según la verdad. El amor del

príncipe y de la sacerdotisa era todavía secreto, aún sin consagrar...

Entonces la interrumpe el joven otra vez:

—Pero ¿crees tú también, Elsy, que el amor solo sea verdadero y profundo cuando los hombres saben de él...? ¿Y que todo amor que haya recibido su aprobación sea verdadero y profundo...?

—No, Renat, tienes razón... —susurra la joven.

Pensativo, pone él su cabeza otra vez sobre las rodillas de ella, aún en lucha con sus propios pensamientos. Y ella también calla largo rato. Las preguntas hechas por Renat le ocupan el corazón... Tras un largo silencio, pregunta ella con voz ronca:

—¿Debo proseguir el relato?

—Sí, Elsy, prosigue.

Ella retoma el hilo interrumpido:

—En la séptima noche de su amistad se volvió su amor...

Entonces pone la mano Renat sobre los labios que narran:

—¡No esa palabra terrible, Elsy...! Utilizarla para el amor del príncipe y la sacerdotisa es terrible... Es una mentira, una falta.

—Así pues —prosiguió la joven—, tres meses después de aquella séptima noche vino el sumo sacerdote y juzgó a sus sacerdotisas. Un sueño le había revelado que una de ellas había quebrantado secretamente el voto hacia la diosa. Pero cuál de ellas había sido no se lo había podido decir el sueño, porque las sacerdotisas debían, en su investidura, ofrendar su nombre mundano. Y su vestimenta no las diferenciaba. «Hazlas subir una detrás de otra sobre la losa delante del altar y entonces verás cuál es», había murmurado el sueño a los oídos del sumo sacerdote. Y así lo hizo. Y cuando la amada del príncipe pasó sobre la losa, quedó en la losa la huella de su pie y, al lado, la de un niño pequeño. Mediante ese signo debió de haber

hecho saber la diosa cuál de sus sacerdotisas se había vuelto...

Ahí interrumpió la joven su relato bruscamente. Quería emplear una vez más la palabra «culpable», como decía el cuento. Pero, antes de que la palabra aflorara a sus labios, se acordó de que tal palabra violentaba a su oyente. Por eso intenta expresarse de otra manera y prosigue, desviándose de la frase comenzada.

—Mediante ese signo debió de haber hecho saber la diosa cuál de sus sacerdotisas había infringido los santos mandamientos de su vocación. Lanzaron inmediatamente la losa fuera del templo, como ahora yace aquí delante de nosotros. A la sacerdotisa la condenaron a muerte. Atada por los cabellos a la cola de un caballo furioso, la arrastraron de noche al mar, a la «Peña de Tiza» que se levanta allí a setecientos pies sobre el agua. Pero como estaba encinta y como el sumo sacerdote no podía, según el mandamiento de la diosa, acabar con una vida inocente, obligaron a la sacerdotisa a condenarse a sí misma y a arrojarse al mar desde allá arriba. Mediante una sentencia tal querían que la desgraciada cometiera, al morir, una nueva culpa, de manera que el Altísimo la castigara con mayor severidad aún. Sin embargo, esa misma noche y justo a esas mismas horas habían convenido el príncipe y su amada esperarse el uno al otro bajo los tres abedules, en su acostumbrado nido de amor. Y justo en el momento en que la sacerdotisa se arrojaba peña abajo, navegaba el príncipe bajo ella en su barca, de modo que pudo recibirla y estrecharla en sus brazos. El sumo sacerdote y su séquito no supieron nada de aquel salvamento por ser noche cerrada, sino que regresaron al templo con la cruel satisfacción y esperanza de que la fiel sacerdotisa se hubiera ahogado y condenado. Sin embargo, ella navegó por el mar con su príncipe hasta la isla de Nordhuan,

donde el príncipe tenía su magnífico palacio. Allí se casaron y se convirtieron en rey y reina. Y el hijo que la reina dio a luz medio año después de aquel suceso fue el más poderoso y amable rey que hubiera reinado nunca en aquel país. Pero el mismo día en que aquel niño vino al mundo, hubo un gran terremoto en la isla de Rügen. Y aquel terremoto destruyó el templo de la diosa Herta, del que no quedó piedra sobre piedra. El sumo sacerdote y sus acólitas estaban precisamente entonces de rodillas en derredor del altar, ofreciendo un sacrificio a su diosa, de manera que acabaron aplastados y enterrados bajo las paredes del templo.

La joven calla un momento y luego susurra:

—Mi cuento termina así.

Pero Renat sigue sin moverse largo rato, como si estuviera ensimismado en una reflexión sin fin. Su pecho se eleva con más fuerza, su sangre corre más caliente y rápida por sus venas. La viva parte que ha tomado en lo narrado quiere desbordar su corazón. Y solo con voz ronca y temblorosa exclama, transcurrido un tiempo:

—¡Cuento profundo, edificante!

Y besa apasionadamente las manos de la joven. Entonces calla, con la mirada vuelta hacia el cielo estrellado y, pasado otro buen rato, dice, reteniendo la voz:

—¡Qué sublime verdad se oculta en ese cuento, si es que es solo un cuento...! El cielo ha juzgado la injusta condena de los hombres... Ha dado a entender que el amor profundo de dos corazones ardientes vale más que las beaterías y el olor de las víctimas asadas en sacrificio, que el cariño es nuestra vocación más alta, más santa... Los cuentos suelen ser más verdaderos que la vida misma...

La joven calla. Cada vez con más fuerza tiemblan las manos que Renat tiene estrechadas entre las suyas y, al mirarla, ve que gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas.

—Elsy, ¿qué te ocurre?

Pero ella calla, empieza a sollozar. Lleno de compasión le besa él las mejillas, los ojos y los labios...

—¡Para, Renat! ¿Te lo ruego, para! No sabes el peligro al que te expones.

Él tiene entre ambas manos la hermosa cara lagrimosa y mira interrogante en lo hondo de aquellos ojos misteriosos, como si buscara allí el sentido de aquellas palabras. Pero estas siguen siendo un enigma, un misterio...

—Elsy, ¿qué te ocurre...? ¿Puedo ayudar?

—Solo puedes ayudar a agrandar mi desgracia.

Y entonces guardan silencio largo rato, hasta que ella confiesa:

—Estoy condenada a vengar todo amor que se me ofrezca.

En ese momento se levanta bruscamente para arrancarse a sus brazos y huir, pero él se pone en pie al mismo tiempo y, con el brazo en torno a sus hombros, le sigue el paso. Sobre raíces y entre árboles atraviesan el bosque, el uno junto al otro, todo el tiempo sin decir palabra. Así llegan a la orilla del mar. Peñascos amenazantes con oscuros arbustos se levantan a ambos lados. El agua tiene aquí un curioso color verde-amarillo. Ella tiembla como si ardiera. Centellas y estrellas bailan y brillan agitadas sobre la superficie. La joven refrena el paso y mira el agua pensativa:

—Por ahí va nuestro camino, Renat, el mío y el tuyo... Vas a tener que sobrevivir siete horas difíciles allá abajo, pero sé fuerte, pregúntate y véncete... Sigue mis consejos y yo cuidaré de que regreses sin daño... ¡Atravesamos el mar del olvido!

Como para animarlo, abraza ella su hombro y avanza, con él al lado. Por donde pasan se abre y se retira el agua, y las olas forman altas cumbres a una parte y otra de su camino, que está seco y llano, y sus pasos son blandos como

si pisaran musgo y agujas de pino. Tras y sobre ellos se cierran las olas de nuevo y se encuentran en un cementerio ante una fila de tumbas, unas más altas que otras, como hondos tramos en una escalinata grande y ancha...

Se detienen junto a la primera tumba. Lirios delicados cubren con blanco resplandor la colina. En cambio, en la tumba, contra el muro del cementerio, destella con letras llameantes el nombre «Mengina». Como un cuadro viviente en el marco de una nube, surge ante la mirada del joven una muchachita que lee en un abecedario mientras juega con las trenzas castañas que le caen por delante.

—¿Te acuerdas todavía? —pregunta la joven suavemente mientras pone su mano sobre la de Renat. Sin quitar los ojos del cuadro, responde él en voz baja y despacio como si pensara y pesara cada palabra que pronuncia:

—En la primera fila de bancos de la escuela nos sentábamos juntos y, si el maestro castigaba o reñía a alguno de nosotros, le saltaban también las lágrimas al otro... Pronto habrán pasado veinte años y no la he vuelto a ver desde entonces. Hace poco se volvieran a cruzar nuestros caminos una vez, pero yo evité vernos... Temía, porque siendo niños...

Sin embargo, antes de que se ensimiese en los años de su infancia, la joven lo coge del brazo y se lo lleva de la tumba... Y suben el segundo tramo. Hortensias adornan la colina, mil ojos azules que vigilan fielmente. Sobre la tumba destella con letras llameantes el nombre «Jvana». En el marco de una nube hay una chicuela pálida vestida de negro, con una corona de muerto en la mano.

—¿Te acuerdas todavía? —pregunta la joven una vez más. Él responde con voz temblorosa:

—Esa corona la puso ella sobre la tumba de mi madre y se me aficionó con cariño infantil. Pero era un muchacho desagradecido, insolente.

Tiembla, mueve triste la cabeza, pero la joven lo coge de la mano y avanza. Como él se vuelve para mirar otra vez, ella lo amonesta:

—No puedes mirar atrás en esta escalinata. Si lo hicieras, no podrías volver entre los vivos durante siete años...

Y suben el tercer tramo. En la tumba destella con letras llameantes el nombre «Poldi». En el cuadro se la ve leer entre lágrimas su última carta...

—¿Te acuerdas todavía?

Cada vez más pálido, con voz entrecortada y ahogada, responde:

—Huyó, niña inocente, de la tierra del hambre. Me llamaba, llena de confianza, «hermano» y yo a ella, «hermana», hasta que un buen día... sentimientos distintos y más fuertes revelaron la falsedad de esas dos palabras y yo... tuve que ser duro y cruel.

Cierra los ojos, arrasados en lágrimas, y dice, tras posar la cabeza en el brazo de su compañera:

—Elsy, volvamos... No puedo más...

Pero ella aprieta y estrecha sus manos:

—Sé fuerte, Renat... Rezo por ti, por tu bien... ¡Pregúntate!

Al ver que no hay vuelta atrás a medio camino, se deja llevar por ella hacia adelante, con los ojos cerrados y como inconsciente...

Suben el cuarto tramo. En la tumba destella el nombre «Jrena». En el cuadro se la ve tender una mano hacia él con el anillo de compromiso, como riñéndolo... Su compañera intenta suavizar la pregunta usando un tono bondadoso y que suena a perdón:

—¿Te acuerdas todavía?

Contesta él:

—Mi amigo me la confió, su esposa. Su confianza era pura y sincera y sin dudas... Pero en mi pensamiento y sentimientos abusé de su obsequio, de su confianza...

Se quita el sudor frío de la frente con la mano y, estremecido por el remordimiento, sigue a la joven.

Suben el quinto tramo. En la tumba destellan con letras llameantes las palabras «Sor Gunda». Él ve a la bondadosa samaritana sentada junto a su cama de hospital cuando se despertó la primera vez de sus sueños de fiebre.

—¿Te acuerdas todavía?

—Así velaba ella noches enteras junto a mi cama y su caridad sacrificada llenó de nueva fe al enfermo, que ya había saldado sus cuentas con esta vida... Con su propio pañuelo enjugaba ella el sudor de mi cara febril... Con el cariño y la compasión de una hermana besaba ella mi frente calenturienta... Pero mis sentimientos de agradecimiento eran errados y su buena acción se tornó en su infortunio...

Mueve la cabeza y, mesándose los cabellos, dice con vehemencia:

—¡Pero su gran bondad y sus sacrificios no los he olvidado! Siembre abrigo una ardiente devoción...

—¡Ven, Renat! —interrumpe la joven al desesperado, llevándoselo de la tumba.

Suben el sexto tramo. En la tumba destella con letras llameantes el nombre «Marga». En el marco de una nube se ve a la joven artista rubia, con un niño en los brazos. Un estremecimiento recorre sus miembros. Como una mano invisible ciñe su cuello como para estrangularlo...

—¿Te acuerdas todavía?

Calla él largo rato, con la mirada fija en las flores de la tumba. Dice entonces, sin levantar los ojos:

—En la escena la vi por primera vez encarnando el hada de *La campana sumergida* de Hauptmann. Un hermoso y edificante inicio y un final doloroso y triste... En aquella obra y... en nuestra amistad.

Calla, se muerde los labios y queda como clavado a aquel suelo, pero su compañera le aprieta la mano y lo arranca a sus recuerdos...

Suben el séptimo tramo. Él ve una tumba abierta, ve al lado un montón de tierra fresca, un pico y una pala. Y en la tumba, contra el muro del cementerio, destella con letras llameantes el nombre «Elsy»... Siente su cuerpo como atravesado por el rayo. Su mirada baja del muro al fondo de la tumba. Entonces se aprieta los ojos con los puños y, sollozando, se arrodilla:

—Elsy... Cesa... ¡Eres cruel! ¡Cesa!

Pero ella le acaricia el pelo, temblando y llena de compasión ella misma.

—Perdona, Renat... Ha tenido que ser así... Estoy condenada a vengar todo amor que se me ofrezca. Este camino ha sido más doloroso para mí que para ti.

Y vuelve a acariciarle el pelo y le besa las manos:

—Levántate, Renat, mira.

Y mirando hacia arriba distingue él entre las lágrimas de los ojos un castillo que se eleva ante él despacio y misteriosamente de las tinieblas. Delante del portón del castillo, sobre un poyo, se ve sentada, toda de blanco, una joven que mira abajo con ojos anhelantes y una rama de laurel en la mano. Él mira un rato como deslumbrado, se pone en pie con un suspiro tranquilizador y, apoyándose en los hombros de su compañera, avanza un par de pasos, pero entre él y el castillo hay una grieta oscura y profunda. Él habría avanzado y habría caído en el precipicio como si estuviera ebrio, pero la joven lo retiene.

—Demasiado pronto, Renat... Aún quedan los últimos tramos.

Al mirar él hacia las honduras espantosas, ve que el cementerio se extiende sobre una profundidad oscura e inmensa, como una pasarela sin pilares; ve que cada una de esas tumbas es un tramo ante su vista... Y de las

hondas y oscuras profundidades se desliza entonces una serpiente monstruosa y, con la horrible boca abierta, empieza a enroscarse en torno a los miembros del joven. Un frío horror recorre su espalda, pero su compañera arroja un puñado de tierra a la boca de la maldita, pronuncia unas palabras que no comprende Renat y, con la misma rapidez con que había aparecido, vuelve a alejarse deslizándose y desaparece en la noche del precipicio.

—No tengas miedo, Renat. Mientras yo esté cerca, la serpiente Melancolía no tendrá poder sobre ti.

Y sus manos le ciñen el cuello, como para protegerlo contra todo mal y peligro...

Dan la vuelta y bajan de nuevo los siete tramos para abandonar el cementerio. Las olas del mar vuelven a separarse y, cuando llegan a la orilla, se trata del mismo lugar donde estaba sentado esa noche Renat cuando apareció la joven. Cansado y exhausto se sienta en la roca y atrae a la joven a su lado. Mira pensativo las olas y, estrechando las manos de la compañera, susurra como si se hablara a sí mismo:

—¿Puede haber culpa en el amor o por el amor...? Elsy, tu respuesta ha sido dura y cruel...

—¡No *mi* respuesta! —dice con vehemencia la joven—. Me han condenado a llevarte por ese camino, igual que te has visto obligado a seguirme... Los dos, tú y yo, somos hijos y súbditos del destino. Y tu culpa lo es de este, una culpa inocente, predestinada. Y el camino hacia tu sino solo lleva a través de ese cementerio. Y estás condenado a superarlo, condenado por el destino.

Renat abraza a la joven y, con ardor de agradecimiento, le besa los hermosos labios, que han sosegado y animado su corazón.

—Ahora debo irme —dice ella—. Se acerca el amanecer.

—No, quédate aún un momento, Elsy, solo un momento.

Como si ya no quisiera soltarla nunca más, la estrecha entre sus brazos, cubriendo con su abrigo los hermosos miembros blancos.

—Suéltame, Renat, debo irme...

—¿Y no puedo acompañarte un rato?

Ella mueve entristecida la cabeza:

—¿Cómo puedes preguntarlo...? Si supieras...

Entonces recuerda él la promesa de ella:

—Pero todavía me debes decir algo antes de irte.

—¿Qué es? —pregunta ella cómo si lo hubiera olvidado, mientras una sonrisa maliciosa aflora a sus labios.

—¿Qué prometiste decirme antes de despedirnos el uno del otro...?

—Sí, claro, pero solo para cuando me hubieras dejado ir.

Entonces se arranca a sus brazos y estrecha las manos del joven, se inclina hacia él y lo besa en los labios.

—Bien, Renat... Nos veremos otra vez... Pronto... Y si aquella serpiente se acerca, sé fuerte... Estaré contigo.

El dolor de la despedida tiembla en sus labios. Las lágrimas arrasan sus hermosos ojos

bondadosos... Lo besa otra vez, deja caer las manos y se dirige a la peña que se eleva del mar. El joven ve cómo los bellos pies blancos caminan sobre las olas, sin hundirse en el agua, sin mojarse... En la peña se vuelve ella una vez más y, sin levantar la mirada, dice con voz trémula:

—Por el día, cuando brilla el sol, soy una moza pescadora. Por la noche vivo bajo el agua en una caverna como «muchacha de los cisnes», como ondina.

Entonces baja de la peña, se sumerge en el agua y el joven solo ve otra vez un cisne blanco, que se aleja nadando por el mar. Se pone en pie, aprieta los puños contra el pecho tembloroso y lanza sobre las olas el suspiro de su alma estremecida:

—¡Elsy...!

Pero su llamada se pierde engullida por las olas rompientes... El cisne se aleja sin mirar atrás, se aleja cada vez más... Y cubriéndose la cara con los pliegues del abrigo, Renat se deja caer sobre la roca:

—¡Un cuento...! ¡Todo, todo...! La vida entera solo es un cuento.

JOAQUIM RUYRA

LA LEY DEL MÁS FUERTE

—¡Cómo, hijo! ¿También hoy has venido?
—me dijo mi ilustre profesor de matemáticas al verme entrar en el aula. Esta pregunta me sorprendió, porque no siendo como no era día festivo, era muy regular que a las siete de la noche, que entonces estaba dando en el reloj de la Virreina, me presentase a la clase, como los demás días; pero me sorprendió más todavía el ver que el local estaba completamente desierto... ¡No había ningún alumno...! ¡La clase de matemáticas, que siempre suele estar tan concurrida...! ¡Era muy extraño aquello...! Y la vasta sala, con tantas hileras de bancos desocupados, me causaba la impresión de algo fúnebre: como que yo estaba acostumbrado a ver tan poblados aquellos escaños, bullendo a la largo de ellos tanta diversidad de trajes, de fisonomías y de movimientos. Además, entonces recordé que ni en la plaza de la universidad ni en los claustros había encontrado alma viviente... Digo mal: apoyado en una columna del patio, un anciano bedel estaba dormitando y, cuando

yo pasé, levantó la cabeza de color de cáñamo. Estaba tan pálido aquel hombre que el matiz de su rostro se compadecía con el de sus velludas cejas, su barba y sus cabellos canos. Me había lanzado una mirada que tenía la fijeza del terror y me había dejado pasar sin saludarme como solía... En fin, tal vez no me había conocido. La edad gasta los sentidos. Pero, de todas maneras, ¿qué es lo que estaba sucediendo? ¿Por qué, no siendo día de asueto, faltaban los alumnos? ¿Había estallado la peste en la ciudad? ¿O qué es lo que había ocurrido? Tales fueron las ideas que me ocurrieron rápidas y desordenadas, enseguida que la voz cansada de mi profesor Hernández me hizo reparar en la soledad en que nos encontrábamos.

—¿No son las siete, pues? —dije.

—Acaban de dar —respondiome el doctor Hernández.

—¿Y no es hoy lunes? —interrogué.

—Lunes diez de marzo —dijo él.

—Será, pues, que son los días de su majestad —apunté.

—Nada de eso.

—O cumpleaños —añadí.

—Tampoco.

—Entonces, ¿por qué no hay clase? —pregunté con cierta mezcla de interés y de asombro.

Pero el doctor Hernández no me contestó, sino que se quedó mirándome a través de los cristales azules de sus antiparras, en tanto que yo examinaba la admirable arquitectura de su voluminoso cráneo, cubierto de una piel lustrosa, bruñida y sin ningún pelo... Me hubiera gustado atravesar con mi mirada aquella bóveda huesosa y sorprender el pensamiento que entonces se abrigaba debajo de ella... Porque ¿qué demonios pensaba de mí el buen doctor? ¿Por qué me miraba de aquella manera tan impertinente? En verdad que me amoscaba ya...

—Señor doctor —dije—, ya veo que estoy de más aquí y voy a retirarme; pero me parece que mi pregunta no era tan indiscreta, ni tan fuera de lugar que no mereciese una contestación.

—Pero oiga usted, hombre de Dios —me dijo subiéndose a la frente las antiparras y dejando al descubierto sus ojos azules y desmayados como los de un pescado muerto—. ¿No lee usted nunca ningún periódico?

—No, señor, hace más de un año que no he leído ninguno.

—Parece imposible —dijo—. ¡No lee ningún periódico! ¿No le interesa a usted, pues, la política, ni quiere usted saber la cotización de bolsa, ni le importa a usted lo que pasa o puede pasar en el mundo?

—Verá usted, señor Hernández —respondí—, en cuanto a política en nuestros tiempos y en nuestra España, me había toda, porque veo que los partidos son ni más ni

menos que una comparsa de comediantes, que trabajan para llenar el vientre... Digo, al menos así sucedía un año atrás, cuando yo leía los periódicos. Me fastidiaba, pues, la política. La cotización de bolsa no me importa, porque no tengo valores; y en cuanto a lo demás que pueda ocurrir por el mundo, pienso que no será de tanta trascendencia que llegue a influir sobre mi humildísima persona.

—¿Eso cree usted? —replicó el doctor.

—A no ser un caso de peste, guerras o terremotos —dije—, pero si esas calamidades he de ver, lo mismo me será si lo leo en los periódicos que si no los leo.

Al oírme hablar así, se levantó mi profesor con las cejas fruncidas y le oí farfullar entre dientes, en tanto que se dirigía a su escritorio atestado de papelotes.

—¡Qué carácter más extraño! —decía— ¡Qué indiferencia, qué pereza...! ¡Esto es un descuido egoísta y loco!

Luego, levantando más la voz:

—¿Ha renegado usted de los vínculos de la hermandad que le unen con los demás hombres? —preguntó—. ¿No le importa a usted nada que se desangre su vecino? ¿No hay en el corazón de usted una fibra que se duela del mal de los demás? ¿Le importa a usted lo mismo el turco que el cristiano? ¿No siente usted simpatías por nadie ni por nada...?

—Tal consecuencia —interrumpí yo.

—Es lógica... ¿Qué otra cosa debe pensarse de quien con tanta flema sabe sustraer por tanto tiempo sus miradas del gran tablero en que se juega la partida de los destinos humanos?

Me sentía abrumado bajo el peso de aquellas reconvenciones. Jamás hubiese creído que mereciese ser juzgado con tanta severidad por solo no leer los periódicos.

—El álgebra —dije con tono compungido— ha despertado en mí una pasión tan violenta que absorbe por completo todo

mi ser. Hace tiempo que mi espíritu peregrina fuera de este mundo a través de unas inmensas series de ecuaciones. Helo aquí todo.

Me pareció que se desarrugaba un tanto la faz del doctor y que sus ojos adquirirían un brillo más apacible.

—¡Oh, el álgebra! —exclamó—. Esta ciencia sublime, a ser más cultivada, ¡hubiera podido salvar el mundo!

Así diciendo, empezó a hojear y clasificar los papelotes del escritorio, disponiéndolos en varios montones sobre la mesa.

—En fin, señor Hernández —dije—, ¿querrá usted contestar a mi primera pregunta, y podré saber al fin por qué no tenemos clase?

—Haga usted el favor de callarse —gruñó con mal humor—, ¿no ve usted que estoy ocupado?

Esta agria respuesta me emponzoñó la sangre. Sentí palpar todas las arterias de mi cuerpo. Me puse el sombrero y, sin saludar siquiera, me dirigí a la puerta, abrila y salí a los claustros, decidido a marcharme a casa sin cruzar más razones con quien tan descortésmente me trataba.

—Luego dicen que uno es huraño —iba yo murmurando—, como si los pobres no hubiéramos de serlo por fuerza. Aunque uno sea un sabio, ni los mismos sabios le consideran cuando no viste frac, ni gasta guantes, ni usa bastón con puño de oro... ¿Qué importa que tengas una cabeza privilegiada si la cubres con una miserable gorra? La cabeza más estúpida, coronada con una chistera, vale mil veces más a los ojos del mundo. Ojala pudiese uno prescindir de todo bicho viviente y encerrarse en su casa como un molusco dentro de su concha.

Así iba murmurando, haciendo responsable a todo el género humano del mal humor de mi maestro, en tanto que atravesaba el solitario claustro. Al pie de una columna vi al anciano

bedel con su faz de color de cáñamo. Me dirigí a él y, tendiéndole mi mano, le dije:

—¿Qué hay de bueno, señor Galíndez?

Galíndez me alargó la mano larga, floja, huesosa, callosa y fría como una pata de gallina. Se la estreché y noté que estaba temblando.

—¿Tiene frío? —le dije.

—Un poco de frío y un mucho de miedo —exclamó.

—Miedo —dije yo—, ¿y por qué?

—¿Y usted no lo tiene? —preguntó—. ¿Está usted tan tranquilo como quiere aparentar?

—Ya lo creo. Le aseguro a usted que mi corazón no da un latido más ni menos de los que tiene por costumbre; su tictac tiene la regularidad de un péndulo.

Se quedó muy sorprendido de mi respuesta. Luego me preguntó:

—¿A qué ha venido usted aquí?

—Toma, a clase como los demás días —respondí.

—¿Qué flema, hombre de Dios! —exclamó—. Pero, efectivamente, ¿creía usted que habría clase?

—Y tanto si lo creía —respondí—; lo que no sé explicarme es el motivo porque no ha de haberla.

—¿No sabe usted, pues, que la universidad es hoy cuartel de artillería? —dijo.

—¿Cuartel de artillería? —exclamé.

—Aquí estoy con el manojito de llaves, que he de entregar al comandante de la fuerza, que ha de venir de un momento a otro —dijo.

—Por Dios que vivo en el limbo —exclamé entonces—. Vamos, vamos, explíquese usted, porque no sé nada. ¿A qué viene eso de convertir la universidad en cuartel de artillería? —Y mientras hacía esta pregunta, previendo que habría de ser algo larga la explicación para poner al corriente de todo a un hombre tan ignorante de lo que pasaba como yo, me puse

a encender un cigarro, pero la mano callosa del bedel, con brusco movimiento, apagó el fósforo que había encendido y me arrebató el cigarro de la boca.

—Desgraciado —exclamó—, ¿qué es lo que está usted haciendo? ¿Quiere usted que volemos por los aires como cohetes? ¿Ponerse a fumar encima de dos mil barriles de pólvora?

—Jesucristo —exclamé—. Pero yo no veo esos barriles por más que miro.

—Pues aquí están en el subterráneo debajo de nuestros pies. Una chispa basta para que vuele la universidad.

La verdad, nunca he despuntado por valiente, y el pensamiento de que me encontraba entonces sobre aquella enorme cantidad de pólvora me causó un desasosiego que me era imposible aquietar.

—Llevo prisa, señor Galíndez —dije—; solo quisiera, antes de irme, que me explicase usted, si es que lo sabe, el porqué de estas novedades.

—Es un porqué que salta a la vista —dijo—. Se están concentrando tropas en la ciudad para oponerlas al enemigo.

—¿Al enemigo! —exclamé—. ¿Y qué enemigo es ese?

—¿Qué enemigo ha de ser sino ese que nos ha llovido del cielo? —respondió.

—Pero ¿qué clase de enemigo es ese? —insistí—. ¿Es francés, inglés, ruso, italiano o qué demonios?

—Demonio será sin duda —respondió—. De sobra lo sabe usted tan bien o mejor que yo, y lo que no me cabe en la cholla es que esté usted de humor de bromas, tratándose de un asunto que ha llevado el pánico al corazón de Europa.

Era cosa de volverse tarumba; por lo visto, mientras yo permanecía aislado en mi buhardilla, despejando incógnitas, el mundo se había convirtiendo en una verdadera incógnita para mí. Era preciso despejarla cuanto antes,

para salir de una vez de la ridícula situación en que me encontraba. A pesar de los dos mil barriles de pólvora, que me hacían tan poca gracia, decidí continuar el interrogatorio.

—Usted cree, señor Galíndez, que estoy de broma —dije—, y a fe que se engaña de medio a medio. Le aseguro a usted que hasta ahora no había tenido noticia de que estuviésemos en guerra con nadie.

—¿Usted no ha oído hablar, pues, de esos hombres que han venido de las estrellas? —me preguntó.

—Señor mío —salté yo muy picado—, vaya usted a divertirse con sus compadres. Le he dicho ya antes que hablaba en serio y en serio esperaba que se me respondiese. ¿De cuándo acá comemos ambos en un mismo plato para que venga usted a chulearse conmigo?

—El que se chulea es usted —me dijo poniéndose muy colorado—. ¿Quién es quien no ha oído hablar de esos hombres que han venido de los mundos de arriba? ¿A quién no intimida su poder formidable? ¿Quién que no esté chiflado es capaz de hacer chacota de este asunto?

«De la chochez a la locura no hay más que un paso», pensé al ver la formalidad con que afirmaba el bedel unas noticias tan inverosímiles. Le agarré de un brazo y, señalando con el dedo las estrellas que brillaban en las profundidades de la noche:

—¿De allí han bajado esos que usted dice? —le pregunté.

—Sin duda alguna —respondíme.

Entonces le solté el brazo y me alejé convencido de que el pobre había perdido el juicio. «A buena parte has ido a buscar noticias», pensaba yo. «¿Qué barriles de pólvora ni qué niño muerto! ¡Yo que me lo había tragado tan a la buena de Dios! Pero ¿qué caso se ha de hacer de un hombre que habla de enemigos bajados de las estrellas?»

Solté una carcajada al pensar en el miedo que había pasado con aquel cuento de la pólvora. Sin embargo, reflexioné que algo grave habría acontecido cuando se habían cerrado las clases. Además, aunque nada me había dicho claramente el doctor Hernández, me había dejado entender un misterio formidable. ¡Y yo ignorando lo que todo el mundo sabía! Oh, qué angustia me causaba esta consideración. Sentía un pesar semejante al que debe de experimentar un ciego de nacimiento al comprender que posee un sentido menos que sus semejantes y al esforzarse en vano por formarse idea de la luz y los colores, de que oye hablar a cada paso. En esto percibí un ruido infernal que sonaba hacia el vestíbulo de la universidad: chirridos de goznes, rechinamientos de hierros, pataleos de caballos, murmullos de voces, relinchos y el ronco trueno de pesadas ruedas que se acercaban haciendo retemblar el pavimento. Apresuré mi marcha, deseoso de averiguar cuanto antes lo que sucedía. El vestíbulo estaba atestado de soldados de artillería, que iban entrando a pelotones, seguidos de sus carromatos cargados de pólvora y balas, de sus espantosos cañones montados sobre altas cureñas rodadas, a las que apenas podía arrastrar una larga recua de mulos. A la sombría luz de la noche vi la plaza de la Universidad llena también de gente de bote en bote, de gentes armadas cuyas bayonetas fulguraban acá y acullá como una apretada lluvia de estrellas, bólidos errantes, que se propagaba a lo lejos por las profundas calles. ¡Cuántos miles de miles de hombres! ¡Oh Dios mío, era, pues, verdad en parte lo que me había dicho el anciano bedel! La universidad iba a convertirse en cuartel y parque de artillería. ¿Qué era, pues, lo que pasaba? Sin duda estábamos abocados a una guerra espantosa y, si no, ¿a qué tantos aprestos militares? ¡Y yo tan ignorante de todo hasta aquel entonces! ¿Cómo no había oído hablar de nada a mis condiscípulos, a mi

patrona, a alguna en fin de las pocas personas que se rozaban conmigo? ¡Pero no, nada...! Parecía que despertaba entonces de un letargo de muchos días. Si alguno de los que yacen en el cementerio hace algunos meses volviere de súbito a la vida, no se sorprendería más que yo de lo que vería en el mundo. Me di una puñada en la cabeza, preguntándome si me hallaba sujeto a una pesadilla. Entre tanto, un batallón venía derecho a mí a paso redoblado. Me encajoné en el hueco de una puertecilla, temeroso de toparme con aquella muchedumbre de hombrones tiesos, que se movía con la herrería y regularidad imponente de una máquina. Pasaban de a cuatro desfilando, una fila tras otra fila, innumerables, silenciosos... No sé cuánto tiempo duró aquel desfile. Aquel movimiento advertía mi cabeza, los ojos me dolían y me parecía que la tierra daba vueltas bajo mis pies. Apenas los cuatro soldados que tenía delante desaparecieron de mi campo visual, ya otros cuatro se presentaban a reemplazarlos, que desaparecían también para ser reemplazados al momento por otros y otros. En medio de mi mareo llegó un momento en que quedé verdaderamente alucinado, figurándome que eran cuatro únicas figuras las que se agitaban delante de mí sufriendo transformaciones de linterna mágica. Eran cuatro hombre siempre los mismos, siempre vestidos del mismo color azul oscuro, pero cuyas narices ora crecían, ora meguaban, cuyos mofletes se hinchaban o se deprimían, cuyas bocas se empequeñecían o se agrandaban con una movilidad fantástica; eran cuatro testas cuyos cabellos pasaban sin transición del rubio más claro al negro más prieto; eran cuatro rostros que parecían mudar de cutis a cada instante, ora teñidos de una color morena gitanesca, ora de una blancura de leche de almendras, tan pronto tersos y rollizos como secos, ásperos y verrugosos. Sentía en mis pupilas un vivo dolor que me traspasaba el

cerebro. Y si entornaba los párpados, todavía se aumentaba mi desvanecimiento, porque entonces sentía un torbellino dentro de mí mismo. Mis piernas débiles apenas podían sostenerme y parecía que el suelo no tenía firmeza, como si cimbrease y se hundiese bajo el precipitado paso de aquella balumba de tropas. ¡Qué borrachera, Dios mío! Comprendía que de un momento a otro iba a caerme, tal vez para no levantarme más. Pensé en pedir socorro... Pero ca, ¿quién me hubiera hecho caso? Aquellos hombres eran máquinas, que no se preocupaban más que de la regularidad de sus movimientos; ni siquiera hubieran vuelto el rostro a mirarme y, si hubiese caído, me hubieran pisoteado unos tras otros para no desviarse de su camino. Cuando hubieron pasado todos, todavía permanecí mucho rato acurrucado en mi refugio torpe, alelado, viendo oscilar las columnas del claustro y agitarse las anchas baldosas del pavimento. Entonces apareció la Luna en el firmamento redonda y hermosa, brillando como una joya sobre un rico almohadón de blancas nubes orladas de plata. Su luz vivísima obró a manera de un bálsamo sobre mis ojos doloridos. Una fresca ventolina me cruzó cariñosamente el rostro e insuffló dentro de mis narices un aliento impregnado de un silvestre olor de romero... ¡Oh deliciosa ventolina, algún ángel, mandado por el buen Dios para consolarme, te producía sin duda con el abanicar de sus blandas alas! Me levanté. Era preciso atravesar por entre los cañones, mulos y artilleros del vestíbulo para salir a la calle antes no cerrasen las puertas. Iba ya a abandonar mi guarida cuando vi venir seis o siete oficiales que platicaban en voz remisa, aunque no tanto que no pudiese oír algo de lo que decían. Uno de ellos, que, según sus entorchados, creí que era el de más graduación y cuyos mostachos canos le tapaban completamente la boca, decía a los demás:

—Desengáñense ustedes. Si las demás naciones de Europa no acuden a ponerse a nuestro lado, nuestros esfuerzos serán inútiles. No haremos más que ir al matadero. Y cuando los egoístas ingleses, los franceses frívolos, los calculistas alemanes y los rusos y los italianos, amenazados en sus propias casas, salgan de su apatía, será ya tarde.

—Los hombres de Júpiter —dijo otro—, disponen de medios para poner en jaque a todos los habitantes de la Tierra reunidos. Creo que, unidos o desunidos, sucumbiríamos de la misma manera.

—Sin embargo, ahora sería la ocasión propicia para atajar el mal, antes no tome mayor incremento. Si los derrotásemos ahora y haciéndoles prisioneros, nos apoderásemos de sus tremendas máquinas, nos pondríamos en situación de resistirles otro día con sus mismos armamentos, cuya superioridad es la única causa de nuestra desventaja.

—De todas maneras —saltó otro—, el gran planeta Júpiter tendrá ejércitos muy superiores a los que nunca podamos nosotros oponerles.

—¿Y creéis que allá arriba —dijo el de los mostachos canos— no están en pugna unas naciones con otras? ¿No lo prueban así por ventura sus mismos adelantos en los ejercicios militares? Creedme, señores, una vez armados como ellos, no sería difícil buscar el equilibrio entre sus diversas naciones y la Tierra. Lo que mata los pueblos no es por lo regular la falta de soldados, sino la falta de inteligencia. Aristóteles tenía razón bajo cierto punto de vista. La esclavitud en un sentido más o menos lato es siempre un hecho. Cuando se levanta un pueblo más inteligente que los demás, estos han de convertirse en esclavos suyos. A mi entender, todo es cuestión de cabeza.

Pensé que me volvía loco. Un sudor viscoso bañaba todo mi cuerpo. ¿Había oído bien o era que me asaltaban aluciones horribles? En esto

los oficiales se detuvieron a cuatro pasos de la puertecilla en cuyo hueco me hallaba escondido. La Luna les iluminaba con su resplandor de una blancura algo azulada. ¡Con qué avidez les examiné, palpándoles con la vista si así puede decirse, queriendo convencerme de que sus cuerpos eran realmente de carne y hueso...! No, no estaba loco. ¿No percibía acaso hasta la leve y sedosa vellosidad de sus trajes de paño fino? ¿No veía espejear sus lentes con montura de oro, el fulgar de sus ojos, el tembleteo de sus bigotes cuando hablaban y, en fin, mil y mil detalles asaz minuciosos, asaz armónicos para ser ficciones de un cerebro enfermo? El oficial que estaba más cerca de mí era un hombre alto, cuya flacura angulosa resaltaba dentro de su holgado traje. La faz enjuta y morena aparecía entrecruzada de hinchadas venas, como un terruño cogido en una red de negras y tortuosas raíces. Percibí hasta el olor tabacoso de su aliento. Y le oí mediar en la conversación con una voz gangosa muy reposada.

—Es verdad —dijo—, que nuestra situación es desesperada. No tratemos de hacernos ilusiones. ¿Cómo ponernos al mismo nivel de adiestramiento que nuestros enemigos, sin antes haber sufrido su yugo? Y esto en el supuesto de que nuestra potencia intelectual no sea muy inferior a la suya, como es de temer.

Entonces tomó la palabra el del bigote cano, pero no pude entenderle, porque en aquel momento se pusieron en marcha y, como me dieron la espalda, su voz no venía directamente hacia mí. Además, había vuelto a renovarse el alboroto en el vestíbulo de la universidad. Volvía a oírse aquel retumbar de ruedas, aquellos pataleos, voces y ruido de armas; sin duda entraban más soldados, más cañones y más carros de municiones. Me daba horror el pensamiento de que habría tal vez de atestiguar otro desfile como el anterior... Mi cabeza lo repugnaba como suele repugnar

el estómago un manjar que le ha hecho daño. Por otra parte, estaba poseído de un miedo extraño. Apenas oía pasos, aunque fuesen de una sola persona, enseguida instintivamente buscaba a mi alrededor un escondrijo donde poder ocultarme. En vano yo mismo me argüía de loco y de maniático, y reflexionaba que los militares no eran unos ogros que hubieran de comerme, sino hombres, como cualquier otro hijo de madre, dotados de nervios y de entrañas, sensibles al amor, virtuosos acaso, en fin ciudadanos honrados como yo mismo, cuya única metamorfosis había consistido en vestirse el uniforme. Pero ¿qué valen argumentos para con esa bestia asombradiza llamada miedo, que tira de nuestros nervios y nos arrastra ciegamente? Por más reflexiones que me hacía, no lograba tranquilizarme. El solo pensamiento de que un centinela, apuntándome su fusil, podía gritarme el quién vive flaqueaba mis rodillas. «Esto no es ser hombre», murmuraba con cierta ironía en mi interior. «Vamos, un poco de decisión». Y di algunos pasos con un arranque enérgico y varonil. Sin embargo, me detuve enseguida. Yo no sabía el santo y seña, era un intruso en aquella universidad convertida en fortaleza. ¿Me juzgarían acaso un espía del enemigo? ¡Los procedimientos militares son tan ejecutivos! ¡Qué estupidez! ¿Cómo era posible que me tomasen por un hombre de Júpiter, ni que me atropellasen por desconocer mi personalidad, cuando había tantas personas, entre ellas el profesor Hernández, que a mi llamamiento acudirían a justificarme? Pero, de todas maneras, me encontraba en un sitio peligroso. Debajo de mis pies estaban almacenados muchos centenares de libras de pólvora: una chispa sola bastaría a convertir en un volcán aquella tierra que pisaba. A mi alrededor, todos los departamentos del edificio se iban llenando de una muchedumbre armada hasta los dientes,

cañones, obuses, morteros, terribles máquinas cuyo solo aspecto inspira terror, rodaban por donde quiera. Añádase a esto que ese enemigo misterioso venido de un astro lejano, según había creído entender, dispondría sin duda de medios de acción absolutamente desconocidos para nosotros, que le permitirían tal vez presentarse de un momento al otro, hendiendo los aires y bombardearnos desde lo alto de las nubes. Entonces todo sería confusión, correr de acá para allá, preparar la artillería, descargas, explosiones y hecatombes espantosas. Oh Dios mío, ¿quién sino yo sería en tal caso la primera víctima...? ¡Los habitantes de Júpiter...! Pero ¿acaso no era absurdo pensar que los habitantes de Júpiter, si es que existían, habían logrado franquear el inmenso espacio que les distancia de nuestro planeta? ¿Y no lo era mucho más todavía el que, avezados a una atmósfera mucho más densa que la nuestra y a una gravedad tanto mayor que la de nuestra Tierra, hubieran podido aclimatarse en ella? ¡Absurdo, cien veces absurdo! Sin duda yo, sugestionado por las locas palabras del bedel y trastornado por el movimiento mareador de aquel largo desfile de tropas, había entendido mal las conversaciones de los oficiales y había creído que hablaban de Júpiter cuando tal vez no hablaban sino de alguna nación europea o americana. ¡Crear en un enemigo bajado de las estrellas! ¡Oh estupidez mía! Debía guardarme muy bien de comunicar a nadie una idea tan estrambótica si no quería exponerme a que dudasen de mi cordura. Tales eran mis reflexiones en tanto que iba caminando hacia el vestíbulo, a fin de salir a la calle... Pero, a pesar de mis argumentos, la idea de un enemigo sobrenatural dominaba mi espíritu; así es que, al menor ruido que sonaba sobre mi cabeza, se me helaba el corazón en mitad del pecho y me parecía ver sombras humanas que flotaban en el aire, apoderándose de los tejados de la universidad, empleando allí

tal vez formidables máquinas de guerra prontas a derramar torrentes de fuego por doquier. A cada paso me detenía presa de tales terrores. Mi imaginación exaltada se había hecho la única señora mía; se había apoderado de mis nervios como un cuadriga de las riendas de sus caballos y a su sabor me refrenaba, me hacía marchar y me dirigía; en vano el juicio esforzaba su voz para apaciguarla y sujetarla a sus órdenes: el criado, emberrenchinado por el miedo, se había rebelado contra el amo. ¡Oh cuán grandes eran mis sufrimientos...! Salí del claustro y, tomando la puerta del vestíbulo, esperé a deslizarme entre los grandes carros que llenaban aquel espacioso local. De pronto se levantó delante de mí un fornido artillero, que, mirándome con desconfianza, me dijo:

—¿Qué hace usted aquí?

Pegué un brinco, me escabullí por debajo de una cureña y llegué corriendo al centro de la sala con la intención de ganar otra vez el claustro. ¡No sabía lo que me hacía! ¡Todo me daba miedo! Desde la puerta de entrada de la universidad a la de los claustros había un camino desembarazado o, mejor dicho, una calle que, en vez de edificios, tenía a entrambos lados unas largas filas de máquinas de guerra. Al llegar allí, estuve un momento indeciso, no sabiendo si determinarme a alcanzar la calle de una carrera o volver a los claustros, que estaban más cerca. Miré hacia la puerta de la calle y ya iba a ponerme a correr hacia ella cuando me contuvo la vista de una avalancha de tropas que entraban a tambor batiente. A lo lejos, entre las sombras de la plaza, se vislumbraba el culebreo de batallones y más batallones que se iban acercando. Si me quedaba allí, pronto iba a verme arrollado por aquel río de hombres. ¡No quería tampoco presenciar un segundo desfile...! Me puse a correr hacia los claustros... Detrás mío oía el paso acompasado y precipitado de las tropas. Tomé por un

corredor larguísimo alumbrado por un farol, que brillaba en el fondo como una lucecita roja semejante a la de un buque perdido en el horizonte sombrío del mar. ¡Qué corredor más largo! Precisamente las tropas venían también hacia allí y, al cabo de poco rato, oí sus pasos y el redoblar de los tambores, produciendo en aquel tubo sonoro un estruendo comparable al de un ferrocarril que marcha encajonado por un puente de hierro. Precipité más y más mi carrera. Me dominaba un terror insensato. Temía que el corredor estuviese cegado y me parecía que me había de ahogar entre aquellas paredes en medio de la apretura de gente que se iba amontonando allí dentro. Por fortuna, una ráfaga de aire fresco me reveló que hacia donde me dirigía había alguna abertura que comunicaba con el exterior. ¡Estaba salvado...! Sin duda había allí alguna puerta que me permitiría ganar la calle. No deseaba otra cosa. Pero pronto se desvanecieron mis ilusiones. En vez de la deseada puerta, me encontré delante de una escalera que subía caracoleando por el angosto cañón de una torre. Sin reflexionar nada, trepé por sus peldaños y no me detuve hasta que el cansancio me ahogaba. Entonces me senté en un escalón, siendo tal mi fatiga y mi abatimiento que, si hubiesen subido en aquel momento los batallones de que acababa de huir, me habría dejado pisotear por todos ellos en aquella estrecha escalera sin moverme. ¡Cuánto rato estuve allí, encogido, inmóvil, con el rostro pegado a una aspillera, en la cual aspiraba con avidez las brisas frescas de la noche...! Por aquella rendija veía el cielo, aunque sin mirarlo, y veía en sombra también las honduras en que se dilataba la ciudad, envuelta en brumas, a través de las cuales brillaban largas hileras de

lucos. Un rumor continuo, ese rumor de un pueblo que se agita febrilmente por una vasta ciudad, se elevaba por los aires... De vez en cuando sonaban los melancólicos acordes de alguna banda de cornetas de caballería... En las colinas inmediatas, la voz de alerta, lúgubre y prolongada, era repetida de uno a otro picacho, evacuando ecos en las cercanas serranías. ¡Qué triste era todo aquello! ¡Allí abajo bullían pensamientos de muerte! Me angustiaba la vista de aquella negra sierra, como angustiaba al Dante el espectáculo de los círculos infernales donde todo es sombra y dolor. Automáticamente levanté los ojos al cielo, en busca de algo más placentero a mis sentidos. El cielo estaba aborregado... Lo poblaban millares de capas de blancas nubecillas, que corrían impelidas por una brisa suave... Parecían un inmenso rebaño trashumante y la Luna, que se ponía entonces, los atraía en su camino, asemejándose a un pastor olímpico cuyo bruñido casco brilla entre las malezas de la montaña¹². Esta comparación cruzó entonces como una luz agradable por los espacios tenebrosos de mi mente. Sin embargo, la contemplación de aquel hermoso firmamento acabó por ser otro nuevo dolor para mí, contribuyendo a aumentar el mareo que me acongojaba. ¡Aquella noche horrible no podía tener nada bueno para mí! Efectivamente, el movimiento uniforme y constante de las nubes no existía ya que para mis ojos conturbados; lo que se movía era la torre, que corría velozmente, amenazando tumbarse a cada momento. La ilusión era tan completa y tan terrible que mis manos se agarraron crispadas a uno de los peldaños... Cerré los ojos, figurándome que iba a caer. De pronto se estremecieron todas las vértebras de mi espinaza al sentir en mi cogote

¹² En el margen izquierdo de la página 7 del manuscrito figura una variante de esta última frase que reza como sigue: «y la Luna, que se ponía entonces y caminaba medio oculta por las malezas de la montaña, figurábase el redondo casco de plata de un pastor olímpico, que marchaba delante de ellas guiándolas hacia ignoradas y remotas regiones». (*Nota del editor.*)

la impresión de una mano flaca, callosa y fría como una colosal pata de gallina. Levanté la cabeza y quedé deslumbrado por el reverberar brillantísimo de una linterna abocada a dos dedos de mi nariz. Entonces oí una voz conocida que me interrogaba:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí?

—Oh, señor Galíndez —exclamé con un alborozo tremendo—, ¡cuán feliz soy en que me haya encontrado usted!

—¿Y qué hace usted aquí, señor Campos? —dijo—. Todavía no le han pasado a usted las ganas de bromas y quiere gastarlas con los artilleros lo mismo que solía gastarlas conmigo? ¿Qué ha venido usted a husmear aquí? Mire que las gentes de armas tienen otro modo de matar pulgas que la gente escolar y que un consejo de guerra no es una junta de catedráticos. En fin, ¡que huele usted a pólvora!

—Usted me ayudará a salir de aquí, ¿verdad, señor Galíndez? —dije con suplicante acento.

—Pero ¿qué es lo que ha hecho usted? —me preguntó—. ¿Algún disparate tal vez?

—Nada, nada, señor Galíndez.

—Pues, ¿cómo aquí en esta torre? ¿A qué ha venido usted?

—No he podido salir —exclamé.

—¿Y por qué, señor mío?

—Porque la puerta estaba obstruida por carros y cañones, mulos y caballos y qué sé yo más —respondí.

—Está bien —me dijo—, en tal caso debía usted aguardar a que le dejaran libre el paso, pero nunca meterse donde nada tenía que hacer. ¿Creía usted que encontraría aquí arriba algún globo para trasladarse a su casa?

—Por Dios, señor Galíndez, déjese usted de socarronerías —exclamé—. Quería volverme a la clase de matemáticas a reunirme con el señor Hernández. He tomado un corredor por otro... Unos batallones que han entrado me han empujado hasta esta escalera y, una vez en ella,

he subido hasta aquí sin darme cuenta yo mismo de lo que hacía. Mas lo que importa es que me saque usted cuanto antes de esta torre, porque me siento encajado en este angosto tubo, me falta aire para respirar y, cuando miro por esas aspilleras, me da un vértigo tal que juraría que nos estamos desplomando.

—Ah, señor Campos — exclamó el bedel suspirando—, vamos, vamos enseguida y ojalá pueda encontrarme cuanto antes a cien leguas de distancia de esta universidad donde he envejecido... ¡Qué mudanza, Dios mío! Los claustros convertidos en un campo de Marte, las pacíficas aulas trocadas en un cuartel de groseros soldados, acá y acullá pabellones de armas, cañones y demonios... No se ve un rostro simpático en ninguna parte. Me parece que estoy en el país de los ogros.

Mientras el anciano bedel daba vuelta a sus lamentaciones, íbamos bajando él delante y yo detrás alumbrados por su linterna.

—Además —proseguía el señor Galíndez—, debo confesar que no me llega la camisa al cuerpo, porque aquí se cometen mil imprudencias que hacen poner los cabellos de punta. Figúrese usted que hace un momento he habido de bajar a los sótanos y me he encontrado con un sargento que, sentado en un barril de pólvora, fumaba un cigarrillo que chisporroteaba como si estuviese lleno de carbón de encina. Y luego, ¿quién me asegura que no se nos vengán encima, cuando menos lo pensemos, esos enemigos que han bajado de las estrellas?

—¿De qué estrella? —pregunté.

—Usted lo sabrá mejor que yo — respondiome—. Es un nombre que lo he oído pronunciar muchas veces a los estudiantes de literatura latina.

—Júpiter —dije.

—Sí —respondió—. A mí se me olvidan esos nombres enrevesados... En fin, el nombre

no importa; la verdad es que, si han sabido componérselas de manera que, si desde una de esas estrellitas que apenas se vislumbran en el fondo del cielo se han trasladado hasta la Tierra, con más facilidad podrán caer como una bomba sobre nuestra universidad y aplastarnos a todos.

—Es el mismo razonamiento que se me ha ocurrido a mí —observé—. Pero ¿cree usted posible que nadie haya venido de esos mundos, separados de nosotros por un espacio tan inmenso?

—Posible ha de ser el viaje cuando lo han hecho —exclamó.

—Eso es lo dudoso —objeté.

—¿Dudoso...? —dijo, parándose y volviendo hacia mi cara el foco de su linterna.

—¿Tan natural lo cree, pues, usted? —repliqué.

—Aquí está lo terrible del caso —respondió—... Si fuese una cosa muy natural, no creo que asustase tanto a todo el mundo.

—¿Y quién es todo el mundo? —pregunté.

—Vaya usted a paseo —gruñó con mal humor, emprendiendo de nuevo el descenso.

—¿Se ha enfadado usted? —le dije con humilde acento, apoyándole una mano en un hombro.

—¿Gusta nadie de que le mosqueen como hace usted conmigo...? —respondió—. ¡Será gracioso el caballero...! Y sufridle, vengan o no a cuento sus humoradas para que luego él, a la menor palabra que le soltéis que le huelga a chanza, agarre la fanfurrina, se hinche como un pavo y os escupa al rostro aquello de si hemos comido alguna vez en un mismo plato y otras bambollas por el estilo. No, señor. Tengo mis setenta y dos años y, aunque con todos ellos no hubiese adquirido ningún mérito, bastan esas canas con que me han dotado y esos surcos que han abierto en mi frente para hacerme digno de algún respeto... ¿Estamos, señor Campos...? Y el que quiera ser respetado empiece por respetar

a los demás... ¿Estamos, señor Campos? Porque yo soy un hombre muy pacífico, que les tengo compasión hasta a las mismas pulgas que me pican, pero no aguanto burlas de nadie y vaya con cautela el que quiera hacerme tustús, que, a Dios le juro, que no soy gafo todavía para coger una tranca y rompérsela sobre el espinazo...? ¿Estamos, señor Campos?

De sobra comprendí que, si le dejaba continuar su discurso al señor Galíndez, según se enfurrinaba más y más a medida que hablaba, me exponía a que lo terminase tirándome la linterna a las narices, así es que me apresuré a cortárselo de medio a medio, diciendo:

—Hágame usted el favor, señor Galíndez, de no contarme en el número de esos estudiantillos casquivanos que, para dárselas de espabilados, no dudan en burlarse aun de las cosas más dignas de veneración, tales como la ancianidad y la hombría de bien. Usted es un hombre de bien, señor Galíndez, usted es el tipo de los bedeles simpáticos, es el abuelito de la universidad, el amigo de los escolares cuerdos, que no pueden menos de mirarle como un individuo de su familia...

—Y, sin embargo... —saltó él, interrumpiéndome.

—Nada de sin embargos —interrumpí yo a mi vez—, porque la verdad es que ha interpretado usted mal mis intenciones al suponerme de fisga para con una persona tan formal como usted y en circunstancias tan tremendas como las que atravesamos. Un poco de reflexión, por amor de Dios, señor Galíndez... Usted, que me conoce de tanto tiempo, ¿cuándo ha visto que me picase de gracioso?, ¿cuándo que alborotase en los corrillos?, ¿cuándo que aguzase mi ingenio para zaherir a nadie absolutamente? Me revientan, créalo usted, me revientan esos monicacos que hispen a la menor ocasión las púas de su ingenio para clavarlas, como el puerco espín, a

cualquiera que se les acerque... Y si tal crueldad me repugna hasta para empleada contra los malos y los necios, ¿qué será cuando se trate de una persona de las prendas de usted...? Yo hablo, créalo usted, yo hablo siempre en serio, ni sabría hacerlo de otro modo... Tal vez pecho de aspereza, nunca de malignidad.

—Es que hace usted unas preguntas, señor mío, unas preguntas que no calificaré —dijo con aire de dignidad, parándose a mirarme.

—Unas preguntas —contesté— que a usted le parecerán necias y que tal vez no lo son tanto como se lo figura usted.

—¿Preguntarme quién es todo el mundo! —exclamó él, todavía picado—. ¡Si no a un chiquillo de escuela se la sale con esas quinientas...! Y hacerse el sueco y el ignorante acerca de asuntos que hasta los barrenderos de la calle los discuten con sus compadres. Si esto no es marrullero, venga Dios y véalo... Y, en fin, que no me mosquee usted, que no me mosquee usted, señor Campos, porque tengo hoy la sangre más negra que la tinta.

—Pues, ¿y la mía, señor Galíndez...? Si a juzgar que voy por la tristura de mis pensamientos, no creo que sea de una color menos prieta. Todo me duele, desde la coronilla hasta la planta del pie, y esta noche se me presenta angustiada como la de mi última hora. ¡Y decir que me chanco...! ¡Y sostenerlo después que sin duda mi faz publica la carcoma que me mina por dentro! Porque yo debo de estar muy pálido.

Acercó entonces la linterna a mi faz y, después de examinarme un buen rato:

—¿Tiene usted mareo? —me dijo.

—Y tal —exclamé— que apenas puedo sostenerme sobre mis piernas y me parece que esa torre se balancea como el mástil de una nave en mar brava. Yo, como usted, me asfixio en este edificio poblado de gente de guerra; ni tengo aquí otro compañero ni otro amparo que usted,

en quien había puesto mi confianza, pues era usted antes, en los buenos tiempos, el padrecito de los estudiantes.

—Lo soy, lo soy, señor Campos —exclamó con fervor—. A todos les he mirado desde la cumbre de mi ancianidad como a mis nietecillos, como a mi verdadera familia... Por ellos hubiera hecho moneda falsa. Para ocultar sus travesuras y calaveradas, ¡qué de tramas no he urdido! ¡qué de comedias no he representado...! ¡Si me hubiera abierto las venas por ellos!

Y así diciendo, me abrazó y de sus ojos, que parpadeaban convulsivamente, saltó un lagrimón que se plantó sobre mi frente, regalándome a lo largo de la nariz.

—¿No me abandonará usted? —le pregunté suplicante.

—Jamás mientras me necesite —respondió—. Pero vamos, ya somos dos antiguos amigos, ábrame usted el corazón, ni más ni menos que a su propio padre, caballerito, ni más ni menos; y dígame, ¿por qué es que hoy hace usted preguntas tan impertinentes?

—Es que la verdad, señor Galíndez —respondí—, estoy aturullado porque, hasta que usted me ha noticiado lo de los hombres de Júpiter, no había oído hablar de ello a nadie, ni había entendido que hubiésemos de tener guerra, ni que hubiese motivo alguno para impedir que nos explicase el profesor sus lecciones como los otros días. La prueba de ello es que había venido para asistir al aula, y aquí está debajo de mi brazo la libreta de apuntes, que dará testimonio.

—¡Jesús mío! —exclamó el bedel—. ¿Estuvo usted ayer en el limbo?

—No —respondí— sino que, como era domingo, después de misa me acosté y así me pasé el día hecho una marmota.

—Pero si esas novedades no son de ayer —objetó—, sino que hace más de una quincena que preocupan al mundo.

—Pues, nada, nada, señor Galíndez —dije con humildad—. Vivo aislado en mi buhardilla, no tengo amigos, mi patrona es vieja y sorda... No estoy enterado de nada.

—Hijo de mi alma, ¡qué terrible despertar! —exclamó.

—Oh sí, muy terrible —respondí con acento trágico, golpeándome la cabeza con los puños—. Si la vida ha de estar sujeta a tales congojas como las de esta noche, ¡maldito sea el vivir!

—Calle y no maldiga —dijo, tapándome la boca con la mano—; pues qué, alma de cántaro, ¿nos faltaba más sino tentar a Dios? Ni ¿a qué renegar de la vida cuando precisamente por ella es que luchamos y gemimos y trasudamos ahora que la muerte nos anda en los calcañares?

—Tiene usted razón—dije—, pero ¿quién no se espanta de puro terror ante un porvenir tan terrible como es el que nos amaga?

—¡Oh jóvenes, cabezas negras y pomposas! ¡Cuán pronto desvariáis! —exclamó—. ¡Cuán pronto os entregáis a la desesperación! Enseguida lo echáis todo a barato; despreciáis la vida, no la juzgáis digna de algunos sufrimientos; y, en cambio, nosotros los ancianos, por conservarla un día, una hora más, nos agarramos a un clavo ardiendo... Como las plantas con la primavera, la esperanza se reaviva con las canas.

—Tiene usted razón que le sobra —dije—, mas no le demos vueltas, que nunca el mal humor ha calzado muchos puntos de filósofo. Vamos, vamos bajando, que esto es lo que importa. Y salgamos cuanto antes de este maldito edificio.

—Si quiere usted salir conmigo, será preciso que se arme de un poco de paciencia —observó el señor Galíndez—, porque he de

avistarme primero con el señor Hernández para un recado.

—Está bien —respondí—, me armaré de lo que usted quiera, con tal que no se trate de una armadura menos pacífica que la de la paciencia, que, por otra parte, no dejará de hacérseme muy pesada. Pero yo no le suelto a usted hasta la calle... Andando, señor Galíndez.

Bajamos en silencio cosa de una docena de escalones.

—Calle —exclamó de pronto el bedel—. Ya que de armas habla usted, dígame, ¿no le han dado a usted un fusil? ¿No le han reclutado para las milicias?

—¿A mí? —exclamé—. ¡No faltaba más! Medrados estaríamos si los que hemos desembolsado los trescientos duros de la quinta y poseemos el resguardo correspondiente ni por esas nos zafásemos del fusil y de los garbanzos de cuartel.

—Ta, ta, ta —saltó el señor Galíndez—. Si hubiese usted leído los bandos del capitán general, no hablaría de esta manera. ¡Qué resguardo ni qué niño muerto! Aquí no hay más resguardo que valga que una partida de bautismo en que se vea que uno es por lo menos sesentero o que no llega a los quince. Lo demás es papel mojado.

—Me asusta usted, señor Galíndez —dije.

—Si tuviese usted mi experiencia —respondió—, esto ya no le hubiera cogido de sorpresa, porque ya se sabe que, en casos de apuro, la patria llama a todos sus hijos sin atender más sino que sean hombres hechos y derechos. Con que mire usted si tiene algo descoyuntado en el armazón de sus huesos, si tiene sus cinco sentidos en el cuerpo y sus entrañas en orden y, si es así, resígnese a la compañía y déjese de papeles, que ante la ley marcial, que ahora rige, no se estiman más que para tacos.

—Señor Galíndez —dije—, a todo me resigno, como el reo a la horca, porque nada bueno espero... Pero yo le aseguro que soldados como yo más han de servir de estorbo que de provecho, porque, a la primera bala que silbe, he de caerme redondo de puro espanto lo mismo que si me hubiese dado en mitad del corazón, por más que hayan pasado a cuatro leguas de distancia de mis orejas. Ah, señor Galíndez, yo había nacido para la paz. Consagrado a los libros, tal vez no hubiera sido del todo inútil para mi patria; pero, ay de mí si se me exige lo que no puedo dar.

—Ay de todos, hijo mío, porque es muy de presumir que, a los que no vamos a la batalla, la batalla vendrá a nosotros.

—Sí, sí, no hay remedio para nadie —exclamé con exaltación—. Es una lucha de un mundo contra otro mundo, y el más pequeño ha de pulverizarse al choque del mayor. Nos barrerán como al humo de las eras.

—Valor, valor, hijo mío —gritó el señor—. Ya sabemos que de ese polvo que pisamos hemos salido y que un día y otro hemos de volver a él, mas el alma se ensanchará libre de su grosero envoltorio y volverá sobre la tierra y sobre los mundos, y menospreciará las almas miserables, que tanto nos espantan ahora. En Dios, en Dios hemos de poner nuestra esperanza, en Dios, que ahora derrama sobre nosotros los ejércitos de un astro lejano, que otro día de un soplo destruirá. A su corazón, que es la fuente de la vida, hemos de volar, que allí, una vez llegados, nadie ha de poder arrancarnos. Ay sí, hijo mío, en nada más debemos pensar sino en Dios, que nos ha creado. La hora es triste. El fin se acerca. Alcemos los ojos al cielo y oremos, imitando a nuestro señor Jesucristo, que antes de su pasión se acogió al huerto retirado para implorar a su padre. Nuestras almas no perecerán, no pueden perecer. Lo único que pueden destruir es el barro; lo demás volará al cielo, sobreponiéndose

a ese astro colosal que derrama ejércitos sobre nosotros y a todos los demás astros que cruzan el espacio. La hora es triste, el fin se acerca. Subamos nuestro calvario, pensando en el día de la resurrección.

En tanto que el señor Galíndez iba hablando, yo me sentía ahogado por los sollozos y las lágrimas corrían por mis mejillas. Se diría que era un reo condenado a la última pena, a quien van exhortando, camino del cadalso, infundiéndole la esperanza de otra vida mejor; esperanza dulce y triste a un mismo tiempo, porque, al recibirla, se recuerda la tierra que se va con todas las bellas esperanzas que en ella se han soñado. Todavía iba yo hipando lleno de congoja cuando, llegados a un rellano de la escalera, nos paramos delante de una puerta. Oí el retintín de llaves y luego el chirriar de la cerradura. La puerta se abrió y entramos en una sala espaciosa, en la cual lo primero que noté fue la densidad y el calor de la atmósfera que la llenaba, impregnado de ese vaho que se exhala de las camas donde se suda. No era de extrañar, porque había en aquella sala lo menos un centenar de camas, alineadas a lo largo de las paredes como las de los hospitales. En una de ellas yacía un soldado, según se adivinaba por las abigarradas vestiduras que colgaban de las paredes; unos, arrebujados en sus mantas hasta la coronilla, otros más fogosos con la cabeza y los brazos fuera de las sábanas, esos tumbados de costado, aquellos boca arriba, algunos recostados sobre el vientre, todos durmiendo. Esa respiración pausada y sonora, propia de los durmientes, producía en la sala un rumor semejante al del canto lúgubre de una innumerable bandada de lechuzas. El bedel y yo caminábamos instintivamente de puntillas. De vez en cuando, algún ronquido desapacible se levantaba desentonando del concierto general, lo cual era bastante a sobresaltarme, tan grande era el encogimiento y la excitabilidad de mi

corazón. No reinaba allí más luz que la de nuestra linterna y la de un farol pendiente de la bóveda, así es que al principio no reparé en unos hombres que estaban acurrucados en el suelo al lado de los catres. Toqué al bedel ligeramente en un hombro y, señalándoselos, pregunté:

—¿Qué hacen esos ahí?

—Aguardan turno —me contestó en voz tan baja como la mía.

—¿Y qué significa esto? —insistí.

—Significa —dijo— que es tanta la afluencia de tropas españolas y extranjeras que hay en esta ciudad que, a pesar de haber alojado en las casas cuantas ha sido posible, no ha habido en los cuarteles bastantes camas para las demás y ha sido preciso establecer que duerma cada hombre dos horas solamente y luego que ceda su lecho a otro.

—De manera que esos que están acurrucados...

—Dormitan en el santo suelo lo mejor que pueden —me respondió sin dejarme concluir la pregunta — y esperan que les llegue la hora de hacerlo con más comodidad.

Mirando a lo largo de las camas, se veía blanquear una especie de niebla que las envolvía. Las paredes brillaban cubiertas de gotitas de agua, que lagrimeaban a trechos regalando tortuosamente. Al fijarme en estos detalles, sentí que me asfixiaba en aquella atmósfera espesa.

—Aquí hay más vapor de agua que oxígeno —dije al bedel—. Salgamos cuanto antes de este baño ruso.

Apresuramos un tanto la marcha y pronto traspusimos una puerta que nos condujo a otro aposento más pequeño. Había en él un aparador lleno de botellas, delante del cual, con el vaso en la mano, formaban corro seis soldados y dos sargentos. Detrás del aparador había una mujer desgñada, cariancha, chata, verrugosa, picada de viruelas, de párpados lacios rugosos

y desiguales, abultada de espaldas y con una bocaza hedionda en la cual no campeaban más que dos dientes, verdinegro y extremadamente largo el uno y el otro, negro y raído hasta la mitad.

—¿Quieren un trago de aguardiente, caballeros? —dijo la bruja cuando entramos.

—Venga —dijo el bedel tirando una moneda sobre el mostrador. Entonces la cantinera cogió un vaso y se puso a lavarlo en una palangana de agua negruzca, dándole muchas vueltas entre sus manos abotogadas y llenas de calladuras y, frotándolo de tal manera que el vidrio gruñía bajo sus dedos.

—El mejor aroma de las bebidas —iba diciendo— es la limpieza con que se sirven. Ah caballeros, el que va a tomar algo en un café o en una fonda no sabe si la vasija que le presentan ha sido debidamente lavada o si están envascadas todavía en ella las babas de algún tísico o roñoso. ¿Se ve acaso lo que pasa en la cocina? ¿Ni quién está seguro que la vajilla viene de la pila y no del orinador?

Esa frase fue celebrada con palmadas y risas estrepitosas por los soldados.

—En cambio —prosiguió la cantinera—, aquí ven ustedes el esmero con que la tía Colasa lava sus utensilios antes de emplearlos para su parroquia. Beba usted, caballero, beba usted, que este anisado es capaz de volver el aliento a un ahorcado de cuatro días. Otros tengan fe en los potingues del boticario, que yo me atengo a mis botellas... A lo menos esto se sabe que no es veneno.

Y, concluida esta arenga, se limpió con el revés de la mano los mocos que goteaban de su ancha nariz. El señor Galíndez bebía con gravedad su vaso de aguardiente sin decir una palabra y, después de secarse con la misma gravedad los mojados labios en la manga de su raído levitón, me tocó en el hombro y me dijo:

—Es bueno. Beba usted, señor Campos, que le hará provecho.

Sin duda que me hubiera hecho bien un traguito de aguardiente, pero no tenía valor para aceptarlo de manos de aquella harpía, pues me revolvían las tripas su aspecto, sus palabras y sus lavatorios.

—No, no —exclamé—, lo que deseo es no entretenerme.

—Si es por dinero, no quede usted —repuso el Sr. Galíndez.

—Es que no me gustan los licores —dije.

Entonces el señor Galíndez, algo estremecido por la influencia del aguardiente, se acercó a los soldados con aire paternal y les dijo:

—¿Cómo esto, hijos míos? ¡A estas altas horas de la noche y sin dormir! Y mañana tal vez habréis de salir a campaña...

—Y saldremos, —contestó un sargento—. Vale más velar bien que dormir mal y, en cuanto a la campaña, no nos da cuidado, que antes la deseamos con todo nuestro corazón.

—¡La deseáis! —exclamó el señor Galíndez estupefacto.

—Pues, ¿qué hay de extraño en esto? —contestó el sargento—. ¿Dónde ha de recoger sus cosechas el soldado sino en el campo de batalla?

—¿Y qué cosecha es esta? —preguntó con sorna el bedel—. Alguna píldora de esas que se introducen en el cuerpo sin haber pasado por el gaznate?

—¡Pse...! —contestó el soldado—. Eso o algunas estrellitas que nos caerán sobre la manga, donde han de brillar mejor que en el mismo azul del cielo.

—Buena, buena está la estrella que ha bajado a desafiarnos —exclamó el señor Galíndez— para que nos dé espacio de pensar en estrellitas. A mí se me hielan los tuétanos cada vez que me represento esos hombres omnipotentes...

—¡Quite allá! —saltó un soldado—. ¿Quién son ellos al fin y al cabo para infundirnos miedo? Doscientos individuos que, aunque fuesen de carnes más duras que el acero y demostrasen más fuerzas que la dinamita, quedarían aplastados bajo nuestros pies. ¿Ni qué van a poder si somos tantos contra tan pocos? Y, aunque cada uno de nosotros se convirtiese en una mosca, en una mosquita, ¿entiende?, nos los apañaríamos en menos de un cuarto de hora. Y si no, mire cuántos batallones andan por la ciudad, cuántos trenes han llegado con tropas de extranjería, cuántos escuadrones de caballería se distribuyen por los cuarteles, cuántos y cuán tremendos cañones llenan los fuertes, las casas y hasta las mismas plazas; mírelo, dese un paseo por la ciudad si logra abrirse paso y diga si en el valle de Josafat, donde, según predicán los curas, hemos de reunirnos todos los nacidos de mujer, habrá tanto gentío... ¿Y doscientos habían de derribarnos a tantos como castillo de naipes? ¿Somos de alfeñique nosotros?

—¡Bravo, bravo! —exclamó el señor Galíndez— Aplaudo, acato, admiro el valor... Y al oíros bromear, se me ha calentado el corazón y se me ha disminuido en tercio y quinto el miedo que me cuajaba la sangre.

—¡Miedo! ¡miedo...! —repusieron los soldados con tono de admiración despreciativa.

—Es que, hijos míos —dijo el señor Galíndez—, en la guerra, por más que se alcance la victoria, no todo el mundo sale con la cabeza sobre los hombros... Está llena de horrores... Hay muertos, heridos, mutilaciones, sangre y duelos y lágrimas...

—Pues, sangre, sangre; esto es lo que queremos, ¿entiende usted? —dijo el sargento—. Nosotros no tenemos otro medio de hacer carrera, porque no hemos estudiado y no quieren darnos más grados que los que ganemos con nuestra sangre...

—Y en cambio —saltó la cantinera—, ahí están esos militares zampalibros, que en un dos por tres llegan a generales sin más trabajo que rozar sus guantes con los del ministro. Estos son los que agarran retortijones de tripas al menor anuncio de guerra; estos, los que espantan a la gente; estos, los que desbaratan y venden y... Pero guarda, que en boca cerrada no entran moscas. Mas si esos militares de corsé y quantitos de seda... ¡que lo suelto, ea, que lo desembucho antes no me repudra el alma...! Si esos militares, digo, así como escriben sus credenciales con tinta de agallas, hubiesen de escribirla con la sangre de sus venas, como los demás del cuerpo, de otro modo se criaran y otro valor les luciera, y no fueran tan amantes de la paz y la poltronería... Así quisiera verlos dos y tres y cuatro años cargados con su fusil, sin esperanza de galones de oro... ¡Ya clamarían guerra ellos entonces! ¡Ya pedirían entonces a Dios que les mandara enemigos, aunque hubiesen de bajar de las estrellas...! Y no como ahora, que hablan del enemigo como del diablo, cuando en realidad no vale la saliva que se ha gastado en ponderarle.

—Colasa ha dado en el toque —exclamó el sargento—. ¿Por qué tanto susto por doscientos hombres nada más, aunque hubiesen salido del infierno? Pues porque los militares de salón son unos gallinas.

—¡Y es claro! —dijeron los soldados.

—Algo habrá de eso —exclamó el señor Galíndez—; pero, si la victoria fuera tan fácil como ustedes pintan, ¿se habrían alarmado tanto todas las naciones y habrían abocado aquí su ejército a tontas y a locas? Vaya, que esto lo veo yo muy turbio.

—Pues turbio o claro —dijo un sargento atusándose los bigotazos recios y rubios como esparto—, a mí no hay quien me saque de mis trece, ni quien me haga comprender

que doscientos individuos no son doscientos individuos. ¿He hablado bien, sargento Gómez?

—Mejor que un diputado —respondió el interpelado, sacando su pulposa nariz del vaso donde la tenía metida para beber—. Si yo fuese el rey, por las uñas del Iscariote, que a esos miedistas que andan propalando cuentos fantasiosos para espantar a los valientes, los cogía y, sin cuartel, ni audiencia, ni sacramentación, mandaba yo que me los empalaran enseguida como ranas... ¿Estamos...?

—¡Gentuza cobarde, hombres hechos de pasta de babas, que ni son hombres, ni tienen de varón más que un capón tiene de gallo, peste de las naciones! —saltó un sargento muy enberrenchinado—. ¡Siempre temblando, siempre haciendo experimentos, siempre secreteando y gimiendo y abultando todas las cosas...! ¡Mala landre...! ¿No reventarán nunca de un susto...? Que hay peligros, dicen... ¿Y en qué guerra no los hay...? ¿En qué batalla se han repartido nunca vasitos de horchata y caramelos...? ¿Para qué son, pues, los cañones? ¿Ni cuándo respiramos más a gusto que entre la humareda de los cañones? El silbar de las balas, el estallido de la pólvora, el zizás de los sables y aquel pim, pam, pum, esta es la buena música para los que visten el paño del cuartel, ese paño que pide sin cesar galones y estrellas.

—Sí, sí, es verdad —dijo el señor Galíndez con voz trémula—. Y aquí viene que ni de encargo aquel latín de los sabios de que «audaces fortunarum y uvas», que significa que las uvas y los mejores frutos del árbol de la fortuna están reservados a los valientes. Yo no os los he de disputar, amiguitos, ; que ya ni muelas me quedan para comerlos... Vuestro es el campo de la vida... ¡Allá vosotros...! El barrio que yo habito está rayano, rayano con el otro mundo y el umbral de mi casa tiene vistas al cementerio. Con que divertirse, hijos míos, y adiós.

Después de esta despedida, dio el señor Galíndez algunos pasos para alejarse de sus bravos interlocutores y yo acabé de decidirle tirando de uno de los largos faldones de su levitón. Salimos a una azotea. Entonces el señor Galíndez, acercándoseme hasta besarme la oreja, dijo:

—¡Y qué fea es esa soldadesca de mis pecados! ¿Ha reparado usted, señor Campos? ¡Parece imposible que a unos hombres así haya habido mujer que haya querido criarlos...! Pero ¡qué feos, Dios eterno...! ¿Ha visto usted qué narices, qué ojos, qué zancas, qué pezuñas, qué calabazas, qué bocas y qué orejas? ¡Y la peste de ajos y aguardiente que esparcía su aliento! Compare usted esos borrachos con aquellos escolares que solían poblar ese recinto, guapos, simpáticos, de maneras señoriles, de mirar dulce, con sus manos adamadas, sus bigotitos sedosos y su lenguaje escogido. ¡Qué diferencia! ¿Ni quién diría que unos y otros descienden de un mismo antepasado? Yo no puedo, no puedo apechugar con esos tíos de cuartel tan ordinariotes y mal hablados, porque, la verdad, he vivido siempre en medio de la finura.

—Está claro —dije yo tomándole por la palabra—. Es más fácil que el que está hecho a la Holanda y a las plumas concilie el sueño sobre un lecho de cardenchas que no el que esté avezado a la buena sociedad se divierta con gente inurbana y soez, así que lo que se ha de procurar es evacuar su cometido y tomar las de Villadiego.

—Mi cometido no es cuento de mucho momento, pero ¿no le parece a usted que esta azotea convida a orearse un poco? —preguntome.

—Sentémonos, pues, en ese poyo —respondí—, porque estoy cansadísimo. Mas, por Dios, señor Galíndez, un rato, un ratito tan solo de descanso y luego, sin roncar, hala, hala, a nuestra tarea y a casa. Y no meta usted

conversación con nadie: ya ha visto usted qué explicaderas gastan esos soldadotes.

—Hola, hola, ¿a mí con esas, señor Campos? ¿A mí, que soy el padre del silencio y de la puntualidad, recomendarme que no roncee...? No tema usted, hombre, no tema usted, que, si me he enredado en algunas preguntas y respuestas con aquellos sargentos, no ha sido por el gusto de charlar, sino porque siempre es bueno conocer el espíritu de las tropas en vísperas de batalla.

—¿Y qué ha logrado usted? —respliqué con aspereza—. Que por poco le arañan, amén del solfeo de insultos que le han cantado a usted, a trágame perro.

—Oh —exclamó el bedel—, ¿se hubieran guardado de ponerme las manos encima...!

—Pues, ¿qué hubiera hecho usted, pobre viejo? —dije con desdén.

—¿Qué hubiera hecho? —replicó—. Que allí se armaba la de Dios es Cristo y hubiera habido vasos rotos y sillas derribadas y gritos y escándalo. Yo no soy cobarde como usted, señor Campos, y cuando me encolerizo, no reparo en armas, ni en hombrones, ni en el mismo sultán de las judías negras que se me pusiera por delante. Yo, puesto a las puñadas, una afrenta no la trago del rey, ni dejaría de apuñear al que me la hiciera, aunque viese que ando pisándome las tripas por los suelos... Soy viejo, señor Campos, pero a mi sangre le ha sucedido lo que al vino, que con los años se ha vuelto más ardiente.

—Pues yo —dije suspirando—, soy manso de corazón, deseo la paz para mí y para todos, y haría tres leguas de camino por evitar una rencilla.

—En esto estamos conformes, señor Campos, que tampoco soy yo amigo de pependencias —dijo el señor Galíndez—, pero la mano que me hace cosquillas me obliga a reír y la que me hiere me impulsa a que hiera... ¡Soy así y no hay que darle vueltas!

La fanfarria de aquel esqueleto cubierto de canas me fastidiaba grandemente, así es que no quise replicarle más y dejé caer la cabeza sobre el pecho, abrumada de mis tristes pensamientos. El desfile de las tropas, mis terrores, las conversaciones que había oído, las noticias sorprendentes que me habían comunicado, todos estos recuerdos rodaban por mi mente confusos y desordenados, persiguiéndome y afligiéndome. Un sinnúmero de problemas sombríos se ofrecían a mi consideración. Y mi ánimo estaba en fyanca, suspenso entre dudas irresolubles que me hacían sufrir atrocemente. ¿Quiénes eran aquellos hombres de Júpiter? ¿Qué pretendían? ¿Cuál era su poder? ¿Cómo habían venido? ¿Qué sentimientos abrigaban...? Preguntas sin respuesta que clamaban en vano dentro de mí... ¡Qué doloroso es el trabajo fatal del cerebro que se empeña en un imposible y porfía más y más en él, aunque nuestra voluntad se oponga a ello...! Yo procuraba dirigir mi pensamiento hacia espacios más apacibles; evocaba los recuerdos de mi infancia, las giras campestres, los paseos por el mar; pero persistía en ellos un instante, con fatiga, como ave que vuela contra el viento, y luego a saber de qué manera volvía a encontrarme engolfado en los problemas espantosos que trataba de rechazar. En medio de la negrura de mis dudas, la imagen de la muerte se me aparecía amenazadora, cerniéndose sobre nuestro planeta. ¡Cuán grande había sido mi imprudencia! ¡Cuán desatinada mi conducta! Si yo, en vez de huir a tontas y a locas, me hubiese presentado francamente a los guardias, les hubiese explicado quién era y por qué me encontraba en la universidad, a buen seguro que me hubieran dejado salir; mientras que ahora me había hecho reo yo mismo y, cuando me encontrasen en aquel sitio, podían sin duda atribuirme malas intenciones... ¿Y cómo había de defenderme? Mi conducta era incomprensible, aun para

mí mismo. ¡Qué amilanado estaba! Era tal mi abatimiento y mi fatiga... Cerré los ojos... Un rato de sueño me hubiera aliviado sin duda, pero el sueño no gusta de ser llamado: es una deidad bienhechora, pero sorda.

—¿Duerme usted, señor Campos? —me preguntó el bedel.

—De buena gana —contesté— echaría aquí un sueñecito de algunos minutos para reparar mi cansancio, pero la misma causa que me fatiga me impide dormir.

—¿Y qué causa es esta? —preguntome.

—El miedo—contesté.

—¡Miedo! —exclamó—. ¡Vaya palabra malsonante en boca de un joven como usted...! Por Dios, amigo mío, que es usted un gallina de los más gallinas que he conocido en mi vida. Pues qué, ¿es tan horrible nuestra situación que hayamos de pasarnos las horas temblando y gimiendo? No se diría, al ver su cara pálida y su aspecto abatido, sino que espera usted que de un momento a otro se desgarran las nubes del cielo y descarguen sobre nosotros una lluvia de azufre inflamado que nos derrita los sesos.

—¿Y por qué no podría suceder eso, señor Galíndez? —dije yo entonces—. ¿Sabemos lo que pasa sobre esas nubes negras que van ocupando el firmamento, formando una barrera impenetrable a nuestras miradas? ¿Sería mayor milagro una lluvia de fuego que la venida de esos hijos de Júpiter a través de espacios inconmensurables? Usted mismo, señor Galíndez, hace un momento que pensaba con más cordura y argüía que, tratándose de enemigo tan poderosos, no había peligro, por extraordinario que fuese, que no debiésemos temer. Y diga usted, señor valentón, ¿no le encontré hace algunas horas arrodillado en el claustro, y no temblaba acaso usted, y no me confesó usted que su temblor era de miedo? ¿A qué, pues, ahora tanta arrogancia?

—¿Cree usted, pues, que esos enemigos pueden volar por los aires como las brujas? —exclamó mirando con azoramiento la bóveda vaporosa del cielo.

—Es muy posible, señor Galíndez —respondí.

—Jesucristo nos valga —exclamó—. En este caso, ¿cómo vamos a trabar batalla con ellos? ¿Para qué concentrar fuerzas, aglomerar batallones sobre batallones y almacenar armas y balas y pólvora si todo ese aparato de guerra no ha de servir al fin y al cabo más que para irritar a esos enemigos, que desde la altura aplastarán nuestras ciudades como se aplasta un hormiguero? ¡Que la Virgen Inmaculada nos ampare bajo su santo escapulario! Oh Señor de cielo y tierra, ¿así abandonarías a los que formaste con tu propia mano? Pero ha usted de equivocarse, señor Campos... Cuando las naciones mandan sus ejércitos, no será para perseguir fantasmas inatacables, sino gentes que se mueven por sus pies y con quienes es posible luchar. De otro modo, ¿no era mejor doblar la cabeza humildemente hasta la rodilla y decir «hablad, señores nuestros, que no esperamos más que oírlos para acatar vuestras órdenes»...? ¿No es así, señor Campos?

—A mí no se me alcanza gran cosa más que a usted en este asunto —respondí—. De todos modos, estoy convencido de que se nos esperan días terribles.

—¡Y esos pobres sargentos tan envalentonados, que de solo pensar en la batalla ya se relamen de gusto, como gastrónomos que han olido un banquete! —exclamó—. ¡Sueñan estrellas y galones y botín! ¡Pobrecitos...! No hay duda que son unos valientes, sí, tan valientes como feos y malcriados... ¿Qué será de ellos mañana? ¡Cuán confiados marchan al matadero! Dichosos ellos, sin embargo, que guerrear en medio de sus ilusiones y no se

habrán empapado, como nosotros, de la hiel de la muerte mucho antes de caer bajo sus golpes.

—Señor Galíndez —dije entonces—, las más de las veces el valor se nutre de la ignorancia; no obstante, estoy más que seguro que esos bravucones no guardan en el almarío de su alma los tesoros de valentía que derraman tan pródigamente por su boca. Antes bien creo que tratan de aturdirse con su palabrería...

—¿Es decir que usted supone que nos han vendido gato por liebre? —dijo, interrumpiéndome.

—No tal —exclamé—. Ellos mismos se engañan, sin darse cuenta de ello.

—¡Bah! —dijo con acento de duda—. Déjese usted de cavilaciones estrambóticas. ¿No es más llano convenir en que hay hombres valientes, verdaderamente valientes, que se ríen de lo que a nosotros nos pone los pelos de punta?

—Mire usted, señor Galíndez —dije—, cuando el año del cólera, conocí a muchos sujetos tan espantadizos como yo que, una vez reunidos con sus amigotes de café, braveaban y se mofaban de la muerte y hacían epigramas y pintaban caricaturas, todo lo cual no impedía que se desmayasen luego de miedo en sus casas, que mandasen llamar al médico si les zurrían las tripas y al cura si les aquejaba algún calambre.

—Y bueno, ¿y qué? —me preguntó el bedel impacientemente.

—Nada —respondí—, eso para que vea usted el caso que debe hacerse de las baladronadas. Y efectivamente, señor Galíndez, peligros como el que nos amaga, ¿a quién no arredran? Y si hay personas de tal temple que los arrosten con ánimo sereno, ¿quién habrá asaz insensato que los desee y hasta se ría de ellos?

—Nadie, nadie; es verdad —exclamó—. No es lo mismo esta guerra que la de los moros o la de Napoleón, en las que los enemigos tenían los huesos tan quebradizos como nosotros.

¡Qué tiempos, qué malos tiempos hemos alcanzado! ¡Ay, ay de mí! Yo seré la primera víctima, señor Campos, porque mi salud delicada no resistirá tales emociones... Aunque escape del hierro, ah, no escaparé de esos sustos y congojas que sacuden mis nervios. Los años me han roído ya tanto, tanto, que al menor tirón va a despedazarse todo el cordelaje de mi máquina. Si viera usted qué dolor tan fiero se me ha puesto en el vientre... Aquí, aquí, que se revuelve dentro de mis intestinos. ¿Y quién se acordará de los pobres enfermos en medio de tantas tribulaciones? ¡Qué triste es no poder llegar a nuestra última hora bien asistidos y en paz como nuestros padres!

—Calle usted, señor Galíndez —salté yo—. Usted ya se ha saciado de largos días de santa paz, pero nosotros, los jóvenes, que apenas hemos gozado de nada de este mundo, nosotros sí que tenemos derecho a quejarnos, plantas en botón, llenas de savia primaveral, segadas, ay, en el momento de la esperanza, antes de florecer ni fructificar.

—A todos, a todos, señor Campos, nos abate una misma desgracia. Pero diga usted, ¿a qué han venido esos tunantes? ¿No estaban bien en su casa en medio de esa luminaria de estrellas?

—No sé, amigo mío —contesté—. Su patria es un país mucho más vasto que nuestra Tierra, iluminado por varias lunas durante la noche y dotado de una primavera eterna.

—¡Ah, malditos! —exclamó el señor Galíndez, levantándose y amenazando el aire con sus puños—. Dejan su palacio y envidian la choza del mendigo... Nuestros harapos han tentado su codicia. ¡Qué malo, qué malo debe de ser vuestro corazón, hombres codiciosos! ¡Que Dios os dé la misma paz que nos deparáis! Bajáis a la tierra de la oscuridad, a una tierra mísera oprimida por los hielos del invierno y por el fuego del estío, preñada de males de

lágrimas; bajáis para quitarnos la poca dicha que nos quedaba. ¡Malditos tunantes...! Ojalá se os peguen las pestes que vuelan por nuestros aires. ¡Que respiréis aquí la lepra y el cólera y las viruelas negras! ¡Que dejéis aquí vuestras carroñas y que, los que escapéis con vida, llevéis marcado el cuerpo con tan repugnantes cicatrices que seáis el horror de vuestros compatriotas, para que ninguno de ellos entre jamás en deseos de visitarnos! ¡Infames, infames...! En el infierno encontraréis...

Al llegar aquí se le cortó la palabra en la boca, quedó pálido y se hundieron sus ojos, y cogiéndome del brazo con su mano temblona:

—Vámonos de aquí, señor Campos —dijo—, vámonos... ¿Quién nos asegura que no nos están escuchando?

—¿Quiénes? —pregunté sobresaltado.

—Ellos —respondió lacónicamente el bedel.

Se estremeció la piel de mi cráneo. Miré en torno mío y, levantándome, dije:

—Vamos.

Entonces nos internamos en un corredor, pasamos por delante del salón de grados, que estaba atestado de camas, y bajamos por la escalera que conduce al vestíbulo.

—Señor Galíndez —dije entonces—, ¿por qué permanecer más tiempo en esta universidad, rodeados de terrores y colocados sobre un montón de pólvora? ¿Acaso no estaríamos más tranquilos en nuestra ignorada casita?

—Sin duda alguna —respondíome.

—Pues bien, amigo mío, mi verdadero y único amigo —dije—, ahora llegaremos al vestíbulo y no habrá menester más que dar algunos pasos para tomar la puerta de la calle y largarnos.

—Bueno —respondió—, pero antes he de avistarme con el doctor Hernández.

—¡Eh, déjese usted de doctores y de repulgos de empanada —dije.

—Ah no, eso sí que no —murmuró—. ¡No fataba más! ¡Haber permanecido aquí horas y horas con una pachorra heroica, cumpliendo mi deber, y que me indisciplinase ahora por unas cuantas gambadas más o menos!

—Señor Galíndez —insistí un tanto suplicante—, acuérdesese usted de los dos mil barriles de pólvora. Aproveche la ocasión de escapar. Usted está enfermo, amigo mío, que bastante lo muestra la color marchita de su rostro. Si se viene usted conmigo a mi casa, yo le asistiré, le acostaré en una cama muy calentita y blanda, y le prepararé una tacita de té, de un té riquísimo venido de la China, sabrosísimo, que me cuesta muy buenos cuartos y que huele más que unas flores. O si prefiere usted una copita de ron, ¡ah, qué ron el mío...! Aquello sí que es una bendición, dulce, ardiente...

—¿Americano legítimo? —interrumpió el bedel.

—De Cuba —contesté—. Oh, no es un ron bastardo de esos de taberna preparados con estrafalarias mixturas. Es castizo, un ron castizo, señor mío, de pura caña, con más grados que un general... ¿Se decide usted a probarlo?

—Lo probaremos, señor Campos —respondió.

—Pues a casa, a casa —dije con emoción.

—Vamos enseguida que me haya comunicado sus órdenes el doctor Hernández —observó el bedel.

—¡Qué hombre más terco! —exclamé con ira—. Pasar por el vestíbulo, ver la calle y darle la espalda para internarse en ese edificio maldito, cuyas paredes amenazan desplomarse sobre nosotros. Si al menos me acompañase usted hasta la puerta...

—Es que no pasaremos por el vestíbulo —objetó el bedel—, porque hay allí demasiados armatostes... Sígame usted y en un momento salimos del paso.

Así diciendo, se paró delante de una puertecita. Mientras revolvía el manajo de llaves, buscando la que le convenía, le increpé de este modo:

—Señor Galíndez, le hago a usted responsable de mi suerte. Si repara en mí algún oficial, si me alista y me hace tomar mi fusil y he de salir a campaña y salgo y no vuelvo, usted responderá de mí ante el tribunal de nuestro Señor...

Los goznes de la puerta, rechinando violentamente, ahogaron mi voz. Entramos en un cuarto donde estaban reunidos varios oficiales alrededor de una mesa, alumbrada por una vela, engastada en una botella de gaseosa, que le servía de candelero. Tenían un mapa extendido delante de ellos... En cuanto entramos, volvieron la cabeza a mirarnos. Reconocí a los oficiales que algunas horas antes habían pasado delante de mí en el claustro: el del bigote cano, aquel otro tan flaco con la faz marcada de hinchadas venas... Uno de ellos dijo:

—Es el señor Galíndez.

Y volvieron todos a fijar sus ojos en el mapa. En aquel momento se oyó a lo lejos un toque de cornetas. Levantose enseguida el del bigote cano, abrió la ventana, asomose y estuvo escuchando largo rato. Después dijo:

—Son las columnas de Calvo y de Delgado que salen a operaciones.

—¿Qué hora es? —preguntó otro.

—Las dos —respondió uno de ellos.

—Al amanecer pasaremos nosotros —observó el del bigote cano.

Íbamos a salir ya de aquel cuarto cuando el oficial flaco agitó la mano haciéndonos una seña:

—Oiga, señor Galíndez —dijo—, hágame el obsequio de decir al señor Hernández que tendremos el gusto de saludarle dentro de un cuarto de hora.

—Será usted servido —respondió el bedel.

—Añádale usted —saltó otro— que prepare su ingenio, porque vamos a proponerle arduas cuestiones científicas.

El bedel se inclinó respetuosamente y en aquel momento yo, que no las tenía todas conmigo, deseando salir de aquel cuarto, cogí al señor Galíndez por un brazo y le arrastré a otro aposento.

—¡Que me pellizca usted! —exclamó él—. Y le advierto ahora para en adelante, señor Campos, que, si está nervioso, pellízquese a sí mismo y se atormente cuanto en talante le viniere, que yo estoy cansado de tanta impertinencia y, por la Virgen, que, si no se enmienda, le planto y compóngaselas usted... Y no me toque usted, que no soy yo una guitarra. Ya otra vez me ha tirado usted de los faldones con tan mala mano que creo que me los ha descosido. Seguro que, si hubiese de andar mucho en su compañía, la ropa se me pondría inservible dos o tres años antes de lo que le corresponde.

—Pues, ¿cuánto tiempo suele durarle a usted? —dije, procurando pasar por alto la repasata que acababa de endilgarme.

—Eso según y conforme —respondió—. Esta levita se acuerda de la guerra de los siete años

—¡Friolera —exclamé.

Caminábamos en tanto por un aposento oscuro y abovedado, en el cual el ruido de nuestras pisadas, por más que procurábamos suprimirlo, levantaba sonoros retumbos.

—Ese chaleco —prosiguió el señor Galíndez— ha sido paletó y chaqueta antes de parar en lo que es y ha sido teñido de castaño bronce y negro sucesivamente. No me acuerdo ya de cuándo compré el paño, pero el sastre que me lo vendió se había casado aquel mismo día y ahora tiene ya siete hijos.

—¡San Jorge me valga! —exclamé—. Usted sabe hacer maravillas.

—Maravillas son del cepillo y del cuidado —dijo—. Ese pantalón...

En aquel momento sentí un violento choque en el pecho y oí un estruendo ensordecedor. El piso cimbrió bajo mis pies. Las paredes oscilaron. Una ráfaga abrasadora me azotó las sienes. El señor Galíndez, que iba delante de mí, cayó de bruces y, rompiéndose, su linterna se apagó, sumiéndonos en una oscuridad profunda. Quise gritar y me faltó la voz; quise moverme y mis piernas se negaron a obedecerme. En tanto, el señor Galíndez suspiraba y gemía como si se encontrase en el último trance. Después le oí gritar con voz desfallecida:

—¡Socorro...! ¡socorro!, señor Campos, hijo mío, ¡socorro! ¿No me contesta usted?

—¡Ay, ay! —exclamé con torpe lengua—. ¡Los dos mil barriles...!

—Santa Bárbara bendita —exclamó—, ¿estamos enterrados? ¿Se ha desplomado la bóveda?

—Me parece que no —dije—. El aire arde... Me ahogo.

—Sin duda estamos metidos en un nicho, enterrados bajo una montaña de escombros —dijo.

—¿Por qué no enciende usted la linterna? —le pregunté con angustiada voz.

—No puedo —respondió.

—¿Está usted herido? —dije.

—No sé —contestó—. Creo que me voy desangrando. ¿Y usted?

—Yo he recibido una sacudida que me ha paralizado. Apenas puedo balbucear.

—¡Socorro, socorro! —volvió a clamar el señor Galíndez—. ¡Ah, la lengua se me ha puesto gruesa, que no me cabe en la boca...! ¡Socorro, socorro!

Entonces apareció un oficial alumbrándose con una vela.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Aquí, aquí, caballero —gritó el señor Galíndez—. Haga la caridad de examinarme.

—¡Pobre bedel! —exclamó el oficial—. ¿Se ha caído usted? ¿Se ha hecho mucho daño?

—La sangre se me va por los suelos —dijo el señor Galíndez—. Restáñemela usted o soy perdido...

—¡Sangre! —exclamó el oficial—. ¿Dónde? Yo no veo...

—Aquí —respondió el bedel—. ¡Mire usted! ¡Si tengo la mano metida en un charco!

—¡Qué sangre ni qué rábanos fritos! —dijo el oficial, prorrumpiendo en una carcajada—. ¿Sabe usted qué líquido es ese en que se moja la mano? Pues es el aceite de su lámpara, que se ha derramado, hombre de Dios...

El señor Galíndez se incorporó entonces, se palpó el pecho, miró la charca de aceite, se llevó a las narices la mano mojada, olióse la, exhaló un prolongadísimo suspiro y luego dijo:

—¡Bendita sea la santísima trinidad! ¡Qué estruendo, señor oficial! Porque todo crujía y se destartalaba. ¿Y qué ha sido ello?

—Un fusil que se ha disparado en el cuarto de guardia —respondió el oficial.

—¿Nada más? —dijo el bedel.

—Nada más —contestó el interrogado.

—Tiraría cargado con dinamita —observó el señor Galíndez—, porque el estruendo ha sido infernal. ¡Qué estampido!

—Es que esas bóvedas son para el ruido lo que un cristal de aumento para la vista —dijo el militar.

—Con que ¿esa charca es de aceite? —dijo el bedel, volviendo a olerse la mano.

De súbito, como si le hubiesen disparado una corriente eléctrica, pegó un brinco, se puso en pie y, tomándose los faldones, exclamó:

—¡Ay, mi levita! ¡Qué manchón, Dios mío! Está hecha un trapo de cocina. Ahora sí que no hay colada, ni jabón, ni quitamanchas que la purifiquen. ¡Buen negocio para un pobre empleado como yo...! Huelo a candil... ¡Qué horror! Una levita que me sentaba tan bien, que me había costado más desvelos que un hijo a su padre, una levita que me distinguía entre los demás bedeles... ¡Buen negocio! Malhaya el cuarto de guardia y esos soldadotes que manejan las armas con tan poco miramiento... ¿No hay ninguna pena en el código militar para esos atolondrados? Lo menos, estacazos merecen.

En tanto, el oficial se desternillaba de risa, se apretaba el vientre con las manos y pateaba, y sin duda por no herir la susceptibilidad del bedel, le volvió la espada y luego, notando que su hilaridad era asaz ruidosa, encogido de piernas y sin dejar de reír, se fue, dejándonos a oscuras.

—*Fiat lux* —exclamó el bedel—. He aquí que se fue la luz. ¿Adónde vamos, señor Campos? Yo estoy desorientado y no sabré dar con la puerta.

—Así todos los males fuesen como este —dije yo, encendiendo un fósforo.

—Bravísimo —exclamó el señor Galíndez—. Veamos si queda un poco de aceite en mi lámpara... Sí, todavía arderá.

Encendimos la linterna y seguimos nuestro camino pasando por un corredor y bajando luego una escalera de media docena de gradas que nos condujo a los claustros. El señor Galíndez cojeaba.

—¡Qué estruendo! —iba diciendo—. ¡Y qué caída...! Creo que me he dislocado una cazoleta.

—Usted se tiene la culpa —observé yo—. A estas horas debíamos estar en mi cuartillo muy sosegados delante de una botella de ron. ¿No era mejor esto que recorrer este laberinto

espantoso, este calvario donde sudamos sangre y agua?

—Un último esfuerzo, hijo mío — respondiome—. Cuanto más cansados, mejor nos sabrán el reposo y la bebida.

Atravesamos el patio entonces y apresuré la marcha, caminando instintivamente de puntillas al recordar que aquellas baldosas que pisábamos era lo único que nos separaba de la santabárbara. Dirigí una mirada al cielo, que estaba oscuro como un abismo. Hasta el cielo se conjuraba contra nosotros para aumentar nuestros terrores. ¿Qué negros designios había concebido Dios contra nuestro planeta? ¿Se había cansado de sufrir nuestros pecados? ¿Quería renovar aquellos castigos que en otro tiempo hizo pesar sobre los contemporáneos de Noé, sobre los sodomitas, los egipcios y tantos otros? En verdad que nuestro siglo descreído, soberbio y rebelde a toda ley se había hecho acreedor de las divinas iras. Yo mismo, pecador de mí, ¿no había puesto en tela de duda las doctrinas más santas? ¿No había mezclado en mis bromas impías pasajes de la Sagrada Escritura, interpretándolos de una manera mundana? ¿No había filosofado a la ligera acerca de los destinos humanos, del alma y de la eternidad...? ¡Y cuántos otros que me habían excedido en la impiedad! ¡Cuántos otros en aquel mismo instante se reirían de mis reflexiones! También se rieron de Moisés y perecieron, se rieron de Noé y perecieron... ¡Infelices! Vemos la vara que nos hiere y no la mano que la maneja, y en nuestra desesperación levantamos los brazos y decimos: «Solo nos rodea una capa de aire y vaciedades inmensas... Nuestro planeta rueda desamparado en la soledad». Yo siento que hay algo más terrible que nos rodea. Hay un ser incomprensible que vive y palpita en torno nuestro; no se le ve, pero se le siente, bien así como se adivina, por una sensación extraña, la presencia de una persona

que se nos aproxima por la espalda. Yo siento su aliento de ira. ¡Ay de nosotros...! Tales eran mis reflexiones en aquel instante. ¡Oh, qué agitado estaba mi corazón! Nos paramos delante de la puerta de la clase de matemáticas y el señor Galíndez golpeó con los nudillos. Nadie nos respondió.

—¿Me habré equivocado? —dijo el bedel—. Pero ¡ca...! La puerta verde es la del aula número cinco... Usted que tiene más buena vista, señor Campos, mire qué número hay sobre el dintel.

—El número cinco —respondí.

—¿Se habrá dormido, pues, el doctor Hernández? —dijo, golpeando más fuerte que la primera vez. Entonces se oyó un gruñido sordo.

—¿Ha dicho «adelante»? —me preguntó el bedel.

—Creo que sí —respondí. Y entramos, descubriéndonos la cabeza. El señor Hernández, reclinado sobre un pupitre como una fiera sobre su presa, crispada la una mano encima de un pedazo de papel y con una pluma en la otra, escribía con una rapidez incomparable. Su pluma rasgueaba, corría, saltaba y despedía, en el silencio, un ruido seco y prolongado al rozar las asperezas del papel. La bujía que le alumbraba se había inclinado en el candelero, derritiéndose a chorro sobre un montón de libros, que goteaban por todos lados. Ni siquiera se detuvo a mirarnos cuando entramos. El señor Galíndez se acercó de puntillas al pupitre, cogió con delicadeza la vela, enderezola y despabilola y luego vino a colocarse a mi lado, cuadrándose como un ordenanza. Así permanecemos, hechos unos postes, largo rato, hasta que el profesor dejó la pluma.

—Doctor —dijo entonces el bedel—, estoy a su disposición.

—Paciencia —dijo el doctor Hernández, frunciendo el ceño—. Hasta ahora le he

esperado yo a usted... Mucho ha tardado. Aquí hay cartas que debían haber marchado ya... ¡Déjeme lacrar este oficio!

—No ha sido culpa mía, señor doctor —dijo el bedel—, porque se ha de figurar usted que no he parado un instante toda la noche... Anda por aquí, vuelve por allá, abre eso y cierra aquello y baja y sube y torna y gira y...

—Basta —interrumpió el señor Hernández con voz de trueno

—Es que para un pobre anciano... —murmuró el bedel—.

—Hoy no hay compasión para nadie —dijo el doctor con aspereza—. Lleve usted inmediatamente estas cartas y oficios al jefe de guardia para que las mande a su destino y vuelva usted enseguida.

—¡El cuerpo de guardia! —exclamó el bedel con estupor.

—Sí, señor —dijo el catedrático. Entonces el señor Galíndez se me acercó y, en voz baja, me dijo:

—Ese hombre es muy capaz de no haber oído el tiro. ¡Qué poca gracia hace esto de ir al cuarto de guardia! ¡Figúrese usted si aquellos aturdidos se han enterado de los improperios que he vomitado contra ellos...! ¿Quiere usted acompañarme, señor Campos?

—Sí —contesté—, y luego me deja usted en la calle.

Íbamos ya a salir cuando el señor Galíndez se pegó una palmada en la frente.

—Doctor Hernández —dijo—, debo comunicarle un recado. El señor Cetina, un oficial que ocupa el número doce, me ha encargado decirle que él y otro caballero le visitarán a usted dentro [de] poco para presentarle cuestiones y armas científicas.

—Para proponerle arduas cuestiones científicas —corregí yo.

—¡Hola! —exclamó el profesor—, ¿todavía está usted aquí, señor Campos?

—Desde las siete no, señor. Cuando vi que estaba usted ocupado, me marché y acabo de volver ahora con el señor Galíndez.

—Muy oportunamente, por cierto, amigo mío —exclamó el señor Hernández—, porque espero que tendrá usted la bondad de quedarse un ratito conmigo para ayudarme en mi trabajo.

Al escuchar esta proposición inesperada, me quedé desconcertado con la boca abierta, sin acertar a responder. No, yo no quería de ninguna manera permanecer más tiempo en la universidad.

—Dispense, señor doctor —dije al fin—; me es imposible complacerle... Hay asuntos urgentes que me reclaman en otra parte...

—¿Qué asuntos? —me preguntó.

—Oh, señor —respondí más desconcertado todavía—, son asuntos de familia... Algunas cartas...

—Basta —contestó—; las escribiré usted aquí.

—Es que, además —añadí dando vueltas al sombrero entre mis manos—, me precisa..., me precisa avistarme con un sujeto.

—¡Magnífica noche para citas! —exclamó, soltando una carcajada—. No le quepa a usted duda de que el sujeto de marras va a faltar sin escrúpulo a lo prometido, lo mismo que usted... Y si cumple, ¡buen plantón llevará!

Y arrellanándose en la butaca, volvió el señor Hernández a reírse de tal modo que su abultado vientre experimentaba bazuqueos propios de un odre de aceite que zarandean. ¡Cuánto me irritaba aquel insulto, aquella flemma en tales circunstancias! De súbito el doctor interrumpió su inoportuno arrebató y, descargando una palmada sobre un brazo de su sillón:

—¿Todavía aquí embobalado, señor bedel? —exclamó—. ¡Vivo, listo, a su tarea!

El señor Galíndez pegó un saltito de susto, como si hubiese sentido los dientes de un perro

en las pantorrillas y tomó precipitadamente el camino de la puerta. Yo, muy enfadado, formulando en el fondo de mi alma las más amargas quejas contra el doctor, me calé el sombrero y, con aire resuelto y sombrío, me apresuré a seguir a mi anciano compañero. El señor Hernández me cerró el paso.

—Si alguien debía haberse enfadado —dijo, golpeándome ligeramente en el hombro—, yo había de haber sido. ¿Acaso, caballero, no me ha mentado usted descaradamente? Responda. ¿No ha inventado embustes para ocultarme la verdad? ¡Franqueza, franqueza! ¿Por qué no confesar que tiene usted miedo?

—Pues bien, sí señor —farfullé—. ¿Le parece a usted muy divertido entretenerse en escribir memoriales sobre un montón de pólvora?

—¿Quién se acuerda de tales niñerías —dijo él con voz agria— cuando nos cercan mayores peligros por todas partes? ¿Qué ente mezquino, qué ser ruin y despreciable se excusará de contribuir en la medida de sus fuerzas al trabajo común, cuando la patria y, más que la patria, la humanidad entera se mira amenazada? Ya que, no sé de qué manera, ha escapado usted de cargar con un fusil, que al fin y al cabo no deberá ni podrá usted rechazar, ¿era mucha exigencia la de solicitar de usted un ratito de trabajo en compañía de una persona pacífica?

—Está bien; soy criado de la patria, pero no de usted. Así pues, me marchó... Quiero irme, estoy en mi derecho y me iré.

La mano del doctor se clavó en mi hombro con la fuerza de una zarpa. En la niebla de sus ojos opacos fulguró algo a modo de un fuego lejano. Creí que iba a sacudirme un bofetón. Pero en un momento cambió la expresión de su fisonomía, trocándose de irritada en maliciosa. Asomó una sonrisa maligna en sus labios, que parecieron adelgazarse, y el resplandor vago

de su mirada se concentró en un punto de sus pupilas... Se diría que brillaban en ellas dos gotitas de azogue. La mano que me apretaba se aflojó, sacudióme algunos golpecillos y me soltó completamente. Hice un movimiento para marcharme. En aquel instante oí que el señor Hernández me decía:

—Vaya usted enhorabuena. Yo mismo le abriré la puerta. Pero debo advertirle que no le sucederá lo mismo con la de la calle, que está cerrada y guardada por porteros cuyos oídos están sordos para toda palabra que no sea el santo y seña. Pruébelo usted.

Y abrió la puerta de par en par. Me quedé parado en el umbral, indeciso, enfurruñado y angustiado al mismo tiempo. Dirigí una mirada feroz al doctor y otra llena de pavor y amargura al claustro solitario. Llovía entonces. El viento bramaba en los tejados. ¡Cuán solo, cuán desamparado, cuán abatido me sentí!

—¿No quiere hacer la prueba? —continuó el señor Hernández—. Vaya, hombre, vaya usted. Tal vez suplicando... Pero le advierto que no se haga usted muy importuno, porque la gente de guerra en su mal humor suele cometer equivocaciones atroces y tal vez sucede que, en lugar de contestar a una pregunta por su propia boca, contestan por la de su fusil. Pruébelo usted.

Las lágrimas corrían por mis mejillas.

—Quizás el señor Galíndez me acompañará —dije.

—¿Por qué no? —contestó el profesor—. ¡Magnífica idea! Acompañado de un personaje de la talla del señor Galíndez, ¡se salva usted! Ya lo creo. ¡El señor Galíndez...! Nada, como si dijéramos el capitán general. ¿Qué puerta no se abrirá a su mandato? Pruébelo usted, hombre.

—Como él sabe el santo y seña —murmuré yo.

—Me alegro, me alegro —dijo, frotándose las manos y sentándose—. No me lo figuraba... ¿Está usted seguro de ello?

Entonces sacó de su faltriquera la caja de tabaco de polvo, un tabaco comestible que se introdujo a las narices con las yemas de sus pulposos dedos, aspirándolo con fruición. Luego se puso ceñudo y dijo en tono grave:

—Ni usted ni el señor Galíndez saldrán de la universidad hasta que a mí me dé la gana, ¿me oye usted...? Haga lo que quiera, pero dentro o fuera pronto, y cierre la puerta, que pasa una corriente de aire muy poco agradable.

Vacilé un instante todavía. ¿Me engañaba el doctor Hernández? ¿Qué hacer...? Lo más acertado era que me quedase; pero, de todas maneras, el profesor no iba a salirse con la suya, porque no le obedecería. ¡Yo no era su criado! Y ¿a qué complacencias con un bárbaro como él? Cerré la puerta de una violenta manotada, arrojé el sombrero sobre una mesa y me senté en un banco, cruzándome de brazos. Si el hombre en sus tormentos dispusiese, como el cielo, de rayos, ah desgraciado doctor, porque se hubiera pulverizado en aquel instante. Dominado por ideas ceñudas, permanecí mucho rato con la cabeza caída sobre el pecho y los ojos obstinadamente clavados en el suelo. Reinaba el mayor silencio. Al cabo de algún tiempo oí que el doctor Hernández se levantaba y se ponía a pasear arriba y debajo de la habitación, crujendo a cada uno de sus pasos las suelas de sus zapatos. Luego oí que barbotaba:

—No me gustan esos hombres pálidos, taciturnos y de hábitos solitarios. Son ceñudos y cobardes... Se asustan de un estornudo, pero en el calabozo sombrío de sus imaginación condenan a sus enemigos a los mayores tormentos y se complacen en soñar venganzas horribles, que ellos mismos se avergonzarían de revelar.

Un sudor copioso regalaba por mi rostro. La vergüenza y la ira pugnaban en mi corazón, porque efectivamente el doctor Hernández descubría las miserias de mi alma enferma. Enseguida continuó:

—Los miserables desconocen los sentimientos más santos. El patriotismo, el amor, el entusiasmo, la fe, la caridad, la dignidad; todo, todo lo ahogan con su cobardía, hija de un egoísmo ruin... ¡Inútiles para el bien, rencorosos, impotentes, traidores...! Seres aislados que no comparten los placeres con nadie, a quienes molestan las alegrías de los demás, que no experimentan ninguna simpatía por ninguna causa... No saben, ni quieren saber nada de lo que pasa a su alrededor... Vicios abominables les han conducido a...

—No más —dije, levantándome agitado por una cólera bravía—. ¿A quién se dirigen esos insultos? ¿A mí? Pero ¿por qué le pregunto si no hay nadie aquí que el doctor Hernández y yo? Soy un cobarde, es verdad; ¡cuántos otros mil veces más dignos, mil veces más sabios que usted lo han sido también! Horacio, el gran Horacio, cuyo nombre ha vivido más que su patria y más que la nuestra, arrojó el escudo en el combate y huyó vergonzosamente. Huyó, era un cobarde y, sin embargo, valía más que usted.

—¡Un poeta —dijo el doctor con desdén—, una máquina de hacer versos!

—Una máquina más bien templada que ese cerebro de usted lleno de malos pensamientos —repliqué con voz destemplada—. ¿Quién es el ruin aquí, quién el miserable, quién el calumniador, el infame calumniador, cuya baba maldita acaba de manchar una frente más pura que la suya? Soy un cobarde, pero no tanto, doctor, no tanto que me falte alma para acogotarle a usted aquí mismo, ahora mismo.

—¿Qué dice usted, niño, qué dice? —exclamó, subiéndose a la frente las antiparras y colocándose delante de mí con los puños

cerrados, erizados los escasos cabellos de su cogote y con rostro amenazador—. ¿A mí, pegarme? —continuó—, ¿a mí, a su profesor, que le representa padre?

—O padraastro —dije.

—¿Y no sabe usted —replicó—, no sabe usted, niño, que, si le agarrase entre mis puños, le retorcería como retuercen sus trapos las lavanderas?

—Tal vez seré yo quien le retuerza —exclamé— hasta que le regale por el suelo toda la grasa que empaqueta sus músculos.

—¡Insolente —exclamó resollando ruidosamente y con señales de la más violenta cólera—, desvergonzado! ¿Ese es el respeto que le merece un profesor? ¡Insolente!

Pasose entonces la mano por la espaciosa frente con muestras de agitación. Luego, con profundo desprecio:

—¡Monigote! —dijo y, dando media vuelta, fue a sentarse en su poltrona.

—¡Vaya una escena ridícula! —continuó, rebulliéndose en su asiento—. Yo creía que mis años de cátedra, mis estudios, mi nombradía y ese hábito de superioridad que adquiere el profesor en medio de sus discípulos me hacían digno de algún respeto. Y he aquí que un mocoso se atreve a amenazarme con los puños, se insolenta conmigo y me echa en rostro mi gordura, como si en ella hubiesen tenido más parte las imtemperancias de la gula que la vida sedentaria a que me he visto condenado por razón de mis sagradas ocupaciones. ¡Magnífico! Y yo, un doctor, un filósofo, saludado por los aplausos de veinte academias, ¿había de salir de mis casillas, irritado por insolencias que no merecen más que desprecio y, dejando la razón a un lado y olvidando mi dignidad, había de rebajarme hasta el extremo de batirme a puñetazo limpio con un triste lenguaraz, a quien concedo hartos honor si le doy mi mano a besar? ¡Vaya una escena ridícula!

Le dejé pronunciar ese discurso a duras penas, porque no podía contenerme. A cada una de sus palabras, la sangre levantaba nuevos hervores en mi corazón. En mi cabeza había una tensión de caldera... Comprendí que no era dueño de mí mismo y que no había remedio, que acabaría por tirarme como una fiera sobre aquel hombre.

—Lo ridículo —exclamé tomando pie de su última palabra—, lo ridículo es esa fanfarronería con que se rinde usted incienso a sí mismo y se coloca tan alto, tan alto que le parecen pigmeos todos los demás. ¿Y quién es usted, al fin y al cabo? ¿Quién es ese hombre tan afamado, tan aplaudido por las academias? Una pompa de jabón que brillara un momento para no dejar ningún rastro, ningún recuerdo de su existencia; es el grajo de la fábula, que causa admiración porque luce las plumas de otras aves verdaderamente hermosas, pero que no le pertenecían... No le pertenecían, porque él es pelado como una calabaza. Esta es la verdad, sí señor. Usted es un don nadie. Si dentro de cincuenta años alguien hace mención de su nombre, ese alguien será algún erudito tan estúpido como usted. ¡Y he aquí el doctor, he aquí el sabio, he aquí el oráculo de las academias, el pasmo de la universidad...! Un imbécil que ha gastado su vida en trasladar dentro de su cerebro lo que ya estaba almacenado en los libros... Sí, un imbécil, lo repito, más imbécil y más estúpido que el más zafio destripaterrones, porque es usted más sabio que los demás y, sin embargo, la ciencia en usted no habrá sido de más provecho que en otros la ignorancia. He aquí, señor sabio de cuatro días, he aquí, señor Dios de las aulas, he aquí en cuatro palabras el resumen de sus merecimientos, de que tanto se enorgullece. Y esa toga de doctor, pobre garambaina, que tanto respeto infunde a los tontos, he aquí el respeto que me inspira... La escupo y la pisoteo... ¡La escupo, sí, señor!

Acabadas de pronunciar esas palabras, me sentí más desahogado. La tensión de mi cabeza había cesado y experimentaba una sensación de placer. Pero al doctor le había sucedido sin duda todo lo contrario, porque su rostro, de ordinario rojo como la sangre, se había puesto extremadamente pálido. Levantose, dio una vuelta por la estancia taconeando recio y resoplando más recio todavía y, encarándose luego conmigo:

—No hay remedio —dijo—. Esos insultos, esos dicerios, ni un reo de la horca los dejaría impunes. ¡Insensato! A puñetazos he de aplastarle los huesos como granizo.

La voz retumbaba como un trueno por las concavidades de la sala. Su talla parecía más corpulenta. El mechón de ásperos pelos que tenía en medio de la calva se agitaba de una manera extraña. Y sus ojos vidriosos y su faz pálida y convulsa le daban un aspecto terrible. De repente dio un paso atrás.

—¡Usted me ha insultado! —exclamó agarrándome por la solapa de la americana y sacudiéndome violentamente—. ¡Usted me ha insultado!

—¡Usted me ha insultado a mí! —repliqué con tembloroso acento.

—¡Imbécil, yo imbécil! —repitió—. Hasta el esclavo araña al cabo de vara si este le llama imbécil... ¿Y yo lo sufriría de un mocoso que todo entero no abulta que una sola de mis piernas? Pero oiga usted cuatro palabras mientras puedo resistir la comezón de mis puños. ¿Con que mi ciencia es tan inútil para la humanidad que en veinte años de prodigarla de una en otra cátedra no ha aprovechado a nadie y con que, insensato, los escolares que han acudido a mis lecturas han sido todos tan cerrados de mollera como usted que, al fin de sus cursos, en vez de dar las gracias a su profesor, haya habido de abrumarle con su desprecio y decir como usted: «pisoteamos su toga, porque

es una baratija buena solo para engañar a los tontos, y despreciamos su saber, porque no nos ha sido de provecho alguno»? Responda usted, señor de las teorías espeluznantes, indecente; responda usted, ira de Dios.

Y levantó el puño. Para evitar el golpe, me abalancé a un lado con presteza y enseguida pegué un fuerte tirón y logré desprenderme de mi irritado maestro, aunque no sin dejar en su mano la solapa por donde me agarraba. Entonces corrió al pupitre, cogió el tintero y arrojomele con toda la fuerza de su alma y poder de su brazo. Por fortuna, no me acertó. Estrellose el tintero en la pared con tal violencia que muchos de sus pedazos quedaron clavados en ella. Tras el tintero, tirome la salvadera; tras la salvadera, el pisapapeles y, tras el pisapapeles, una botella de cerveza, sin que, gracias a mis evoluciones, me acertase con ninguno de aquellos objetos. Buscó todavía sobre el pupitre algún otro objeto que arrojarme también y, como no encontrase más que papeles, tan ciego estaba que me tiró uno de ellos, que cayó revoloteando apenas desprendido de su mano. Jadeante entonces y con fatigoso silabeo:

—¡Fuera de aquí! —exclamó—. Salga usted al momento, desvergonzado. Salga usted. ¡Insultarme a mí! ¡Váyase al momento si no quiere que haga una atrocidad!

Me había parapetado detrás de los bancos.

—Estoy pronto a marcharme —contesté desde mi barricada—. Pero ¿adónde? Haga usted que me abran la puerta de la universidad y yo le fío que le libraré por mucho tiempo de mi presencia que tanto le molesta.

—Salga usted y compóngaselas como guste —repliqué—. No he de gastar miramientos para con un insolente como usted.

—¡Qué bien parlado está eso! —exclamé con amarga ironía—. ¡Qué sacrilegio este de cantar las verdades del barquero a un personaje de borla y birrete! Nadie se atreva a tocarle un

pelo de la ropa, porque su persona es sagrada y su enojo os costaría caro. En cambio, él os insultará, os baldonará y os achacará defectos y vicios aborrecibles, todo esto con tono magistral y solemne calma. Apresuraos, apresuraos a darle las gracias; quitaos el sombrero entonces, inclinaos con humildad y pedidle la venerable mano para estampar en ella el ósculo, que ha de significar el profundo respeto que os inspira.

Estas últimas palabras las dije ya con la voz cascada por el llanto. Los sollozos interrumpieron mi discurso, pero enseguida lo reanudé diciendo:

—¡Bendita sea la justicia de esos hombres probos; esos vicios que usted me supone con horrible malicia, señor doctor, el Juez Supremo sabrá descubrirlos donde estén. Entonces yo acusaré al calumniador. Téngalo usted presente.

—Adiós —exclamó el profesor—; ahora el tiempo se va entrando en agua... ¡Ahí va el

lagrimeo! ¡Mas tanto quién se enfada con esos mocosos pedantes! —gruñó todavía algunas palabras más que no entendí y luego sentose y se frotó con un pañuelo las anchas mejillas, la papada y la calva, que estaban bañadas en sudor. Yo me senté a mi vez.

Plan

El doctor Hernández me propone formar parte de la comisión científica. Las razones. Mis dudas. Aceptación. Entrada de Cetina y los demás oficiales. Disputa acerca de las intenciones de los habitantes de Júpiter. Imposibilidad de su aclimatación en nuestro globo. Idea de sus máquinas de locomoción. Llamada. Subida al carro. Las provisiones del bedel. Aspecto de la ciudad. Salida.

AQUILINO RIBEIRO

LA REVOLUCIÓN

La familia Contim y la familia Zorn vivían frente a frente en la misma huerta. Los Contim eran morenos y de estatura delicada, y latía en ellos el ardor y el espíritu imaginativo de la sangre hispanoárabe; los Zorn eran membrudos y rubios, y poseían toda la resistencia y el genio emprendedor de las razas germánicas. Habiéndose enlazado los hijos, era una generación saludable y esbelta la que florecía.

Los Contim eran labradores y los Zorn, tejedores. Una vida intensa animaba la huerta; entre el morder de los arados en la tierra y el estremecimiento gangoso de los peines del telar, el enjambre de los hijos chillaba. Eran mariposas revoloteando descuidadas a las orillas del gran dolor.

Las dos familias vivían satisfechas y favorecidas. Habían transcurrido cincuenta años desde el gran cataclismo que había deshecho el viejo continente y el instinto de la acción los había revivificado. Ya no eran sombras alucinadas, arrojadas a la cima de una

montaña por el mar; la cima de la montaña, afecta a la vida, era ahora una isla verde que los navíos y los aviones visitaban en sus rondas, y ellos se habían sacudido el desánimo y la náusea de su condición humana, tan frágil y mezquina.

Ya volvían a recorrer, sin terror, el océano que había engullido mil ciudades orgullosas y cuyas olas aún aparecían envolviendo despojos ilustres, mantos de reinas y banderas de naciones.

De la tierra europea tan solo emergían las cumbres de las montañas y las altas mesetas, pero en cada una de ellas había crecido la vida, crispándose encarnizada y misteriosa, como un herpes feroz. Y eran, en la superficie de las aguas, canteros opulentos de la voluntad humana.

Proseguía el capítulo sin fin de la vida, recobrada del desaliento. Aquellos y otros pueblos habían reanudado relaciones por encima de los miles de leguas de distancia. Y el planeta y las razas continuaban rodando monótonamente.

Si bien el cataclismo había dejado a los hombres en posesión de todo el patrimonio de la humanidad, había sacudido las conciencias hasta sus fundamentos. Habían renunciado de forma imperceptible a mantener en pie el edificio social de los tiempos. La fatalidad universal los había hecho sentir su garra implacable, y la noción de aquella y de lo transitorio se les había grabado profundamente en el alma. Y, desnudas en sus formas vacías por abstractas, pasaron a conducirlos y enseñarlos.

Les enseñaron que eran bastante más iguales de lo que parecían, que las diferencias entre ellos eran polvo inútil frente al gran enigma del principio y del fin, y que era una ilusión cruel fundar la ley del progreso en las líneas divisorias entre los hombres. La fuerza misteriosa determinaba ella sola la lucha, la constancia y la aspiración, siempre perseguida y siempre renovada.

El dolor los había nivelado; barridos hacia las crestas de los peñascos, habían manejado facultades diversas y, tallando y perfeccionando la existencia, se la habían repartido por igual. Distribuida de otra forma no sería más amplia ni más afortunada para ninguno, porque habían observado que el exceso no es la abundancia, ni el mal de unos la felicidad de otros. Dentro de lo existente no quedaba campo abierto al deseo ni lagunas en la felicidad. Si es voluptuosa la riqueza que se percibe, no es riqueza lo superfluo que se atesora.

Hermanados, con todo, en la condición, corrían detrás «de lo mejor» como los magos detrás de la estrella, y la experiencia les había enseñado que el progreso no es tanto una fuerza de la voluntad como una fuerza del instinto y que sus tendencias no procedían de ser «desigual», sino de ser «racional», de la forma superior, incluso, de la vida.

Una renovación moral había resultado de la catástrofe, como antaño surgía a veces de las

guerras el rejuvenecimiento de un pueblo. Eran otro ciclo y otro credo. En todos los puntos no engullidos por el mar se había producido la misma simplificación. Y en los continentes, a través de las naciones, la idea arrasaba tronos y repúblicas.

Las dos familias trabajaban infatigablemente sin sentir cansancio y, sin policía ni ángel de la guarda, la serenidad los acompañaba. Zorn, que era un viejo sabio, había aludido a la redacción de un código para el gobierno de las generaciones, pero los años habían sucedido a los días y él seguía sin poner la primera piedra de aquel edificio proyectado de saber. Y cuando su espíritu volvía a aquel, pensaba: «la mejor ley es la ley de la vida; nuestra conciencia ya se ha elevado mucho como para necesitar coerción; el hombre es señor de sí mismo».

Y, creyente en la integración armoniosa de las dos fuerzas de la acción y la conciencia, dejaba expandirse la vida, latir libremente la pasión. Y sus hijos no eran unos degenerados, ni sentían aversión por el esfuerzo. Espontáneamente, cuando sus músculos comenzaban a robustecerse, buscaban el trabajo, curiosos, ardientes, guiados por el instinto de la belleza, la salud y el hechizo que había en las facultades humanas en llamas. Y lo hacían tan voluntariamente como los golondrinos buscan los insectos en su primer revoloteo por los aires.

Zorn veía satisfecho corroborarse que la lucha es una de las condiciones intrínsecas del ser y que la perfectibilidad es un atributo necesario de la razón. Y que estas fuerzas, independientes de todo lo circunstancial, envuelven el problema entero del progreso.

Los hijos se educaban, se instruían, se repartían por carreras varias, sin que ello fuera en detrimento del pie de igualdad en que se fundaba la huerta. Y sin jurisprudencias, los hermanos eran fraternales y los hombres ya no eran lobos unos para con otros. Se habían lavado en la gran noche y en el gran mar que había sumergido el continente, y sus cuerpos eran tan puros como sus almas.

Entonces ocurrió que, uno de aquellos días, la vieja madre Contim encontró a Rosa, la nieta, enlazada en un abrazo creador con José, el hijo más joven de Zorn. Pasito a pasito se apartó para no perturbar su felicidad y desde allí fue a contar que Rosa era mujer porque había amado. Por la noche, el padre la interrogó y ella contó sin rebozo cómo había pasado la gran iniciación a la vida. Y se mostraba contenta, exuberante en detalles de dolor y voluptuosidad, de aquel paso que tanto había oído celebrar a las otras mujeres.

Contim convocó a la familia Zorn y, reunidos todos, brindaron a la pubertad que se acababa de declarar en sus dos hijos. Rosa y José se besaban festejados por la cordial república. Y antes de separarse, Zorn, sabio y dulce, habló al tierno rebaño. Silencio; solo se oía de tiempo en tiempo, cuando su voz aludía a la ceguera de los hombres o a una ternura vejada, un beso que titilaba entre los amantes, de horror por el pasado, confirmando el presente.

—Hijos míos, en tiempos no lejanos, en verdad no era el mundo algo placentero. Sin duda, había entonces horas buenas, los besos, triunfos o revelaciones de belleza, pero estaban tan cercadas de abismo y de angustias que el espíritu, para alcanzarlas, invertía un esfuerzo tal que a su lado aparecían como fútiles y

mezquinas, y de ahí que las llamaran ilusiones y se transformara en desdén el ardor vivido para conquistarlas. El lado malo de la vida era el más amplio, aquel en que se tropezaba si el ojo no estaba atento. Pasar por la vida exigía tanto tino como atravesar un bosque donde duermen leones. Un descuido, una imprudencia, los párpados de una fiera que se abren a nuestro pesar, y se acaba inmolado.

»El orden social era este bosque que los hombres atravesaban. Pasar entre las fieras sin ser arañado era la gran sabiduría.

»Si los hombres antes de venir a la luz tuvieran el presentimiento de su destino y la facultad de ser o no ser, la Tierra sería un lugar vacío e inerte. Pero, hallándose en vida, una serie de circunstancias los llevaba a tomar posición en los dos campos, en el de los que mandaban y en el de los mandados. Todas las ansias giraban en torno a esa dualidad. Las revueltas habían fracasado; el egoísmo era más fuerte que el sentimiento y que la razón. Tan solo quedaba de libre y de neutral la risa. La risa, sí, arrojaba una sombra de felicidad en la tierra. Reír de sus semejantes era saludable y casi se toleraba en un mundo de intolerancias.

»Simplemente se corría el riesgo de reventar a carcajadas. Verlos por fuera, envainados en sus trajes macabros, como puñales, era lo grotesco; sorprenderlos en la tela compleja del pensamiento, como arañas, era como para escupirles encima.

»Reír era, pues, la única función apreciable de los espíritus electos; mandar, el estado recomendable para todos los cerebros inteligentes. Mi padre era un audaz industrial que explotaba una fábrica de cañones en Essen y grandes telares en Brandemburgo. Éramos diez hermanos y, gracias a la providencia paterna, estábamos destinados a mandar. Nuestra enseñanza fue diferente de la de nuestro Contim —añadió Zorn, sonriendo.

Contim, moviendo la cabeza, confirmó esas palabras:

—Es verdad; mi padre era arrendatario de un lord que había comprado media provincia de Portugal. Éramos seis chicos y dos chicas, y desde pequeños regamos la tierra de un sudor ingrato.

—Pues nosotros mandábamos, inundando la tierra con nuestros metales y nuestros tejidos. Teníamos a sueldo a un ejército de hombres o, mejor dicho, teníamos en nuestras manos un puñado de destinos. Conocimos el poder del oro; sentimos la alegría bárbara de dominar y de oprimir; la furia de las huelgas nos sobresaltaba el sueño con el incendio de nuestros palacios; a nuestra vez, para mantener altos los precios, rimeros de superproducción ardieron, de acuerdo con los *trusts*, en la explanada de nuestras fábricas. Había harapientos en el mundo, sí, pero ¿qué importaba si nosotros estábamos en la brecha, al asalto del oro, del dominio? Las huelgas, que aterrorizaban al espíritu inquieto de mi padre, eran siempre inconsecuentes. La tierra, debido a la hartura hasta la obscenidad de algunos, pululaba de hambrientos que solo pedían que los esclavizaran. Así eran diezmados los revoltosos como las espigas más altas que las aves no dejan amarillear.

»¿Deciros qué era el mundo? Mezclad en un almirez la envidia, el odio, el hambre, el amor, la fuerza, el oro, la mentira, la sangre, la voluptuosidad. Agitad, triturad, confundid átomo con átomo. Miradlo todo: eso es el mundo; retirad una arenilla: eso es un alma. Era el caos, y fragmentos de ese caos tenían la mentirosa apariencia de armonías. La política era la sirena que entretenía las revueltas; las religiones, el narcótico que adormecía las castas.

»La conciencia no entreveía a distancia de dos palmos; cada lance era una tela inextricable donde se perdía el entendimiento y zozobraba

el raciocinio. Tardaron miles de años los hombres en condensar la atmósfera en que se movían; era tan sutil que no le distinguían la urdimbre y tan sorda que no le sentían los desgarros que los dilaceraban. Era perfecta; el juicio humano había seguido esa dirección y marchaba, marchaba por ella, cada vez más ciego y convencido. ¿Quién desengañaría a los hombres?

»Había cosas buenas en la tierra; había el sol que nace, el amor que florece en un alma, un beso que canta en dos bocas. Pero ¡qué sombras, qué traiciones en torno! Una de mis hermanas amaba, amaba con amor puro a un joven fuerte y sano como ella. Él era pobre, no había sabido conquistar un lugar entre los que mandan y la razón de la familia la desvió de su risueño querer. Se casó con un armador que tenía cien leviantes en el mar y la vejez en la sangre. Yo la veía en su palacio como una flor reseca, cortada del rosal. El amor era eso, una cosa quebradiza, insignificante ante el concurso de intereses. La pasión era un artículo de comercio como las salchichas de Fráncfort.

»Los dos mundos, señores y siervos, se mantenían en filas cerradas, pero su cohesión no era mayor que la de los arenales. Si los cortaba un ser transido, rechinaban y se apartaban como la arena bajo los pasos. El mundo de los señores, con sus convenciones, era más loco y picaresco, y el mundo de los siervos, con su bestialidad, más cómico y lastimoso. La vanidad de aquellos y la ignorancia de estos los llevaba a hacer cabriolas y a flujos y reflujos que inducirían a piedad a los dioses si los dioses se preocuparan de los hombres. Los patriarcas, esos terrícolas pacíficos y sabios de las primeras edades, los habrían metido en jaulas como fieras o energúmenos. ¡Ah, el género humano merecía, como mucho, una buena carcajada! Y los hombres celebraban el orden, lo decantaban, lo descomponían en fórmulas,

igual que sus problemas científicos. A pesar de la guerra, el hambre, la violencia, la mentira y el retorcimiento del instinto y de los sentimientos, ¡invocaban la armonía preestablecida y daban gracias a las divinidades por tan bello desorden! La verdad, esta verdad sencilla que es el secreto de nuestra serenidad y no el problema que se plantea a nuestra melancolía, no se hacía camino. Se había perdido del mundo el día en que el primer hombre hubo propinado dos garrotazos a su hermano. Los hombres buscaban la verdad en lo complejo cuando aquella residía en la simplicidad; pretendían cazarla con lentes cuando bastaría buscarla con las pupilas de los ojos. La ciencia crecía, ampliaba los horizontes; el progreso era el progreso. En el ámbito moral se andaba hacia atrás, cada vez más lejos, cada vez hacia mayores tinieblas.

»Los hombres eran así entre ellos, sin posibilidad de comprenderse ni de congraciarse. El orden vivía de esa repulsión profunda entre los dos polos, como los celos viven del amor. Ni revueltas, ni la ciencia, ni los filósofos habían encontrado el remedio a la crisis de las desavenencias. El mal era invulnerable como la voluntad de Dios.

»La filantropía, la asistencia pública y las instituciones de *beneficencia* eran la panacea con que los seres piadosos y opulentos intentaban curar las llagas sociales como antaño los curanderos lo hacían con las llagas físicas. Lo común era el resultado, porque la *cosa en sí misma*, si para estos era un oficio sincero, para aquellos era sobre todo una distracción placentera. Donde no hubiera especulación, había de hallarse la utopía y siempre el daño para la sociedad.

»Y súbitamente se trastornó la faz de la tierra y de las almas; el mar sumergió la parte más soberbia del planeta; la angustia puso en su lugar al orgullo; se presentó al hombre una preocupación más alta y más constante que

guerrear con sus semejantes: escapar al carácter efímero de la materia. Por primera vez, el género humano conoció su sombra; esta no competía con el reflejo de un reflejo.

»El dolor nos hermanó; la impotencia abatió la vanidad del *yo* autónomo; labrados por la angustia y el sentimiento de la fragilidad, tal vez dormite en el fondo de nuestra duda la esperanza del milagro, el milagro del espíritu, el superhombre.

Y con estas palabras se dispersó la gran colmena y José y Rosa fueron a acostarse al lecho que las dulces madres les habían preparado.

Por la mañana temprano, unos se desparramaron por los campos y los locomóviles y los arados rodaron diligentemente por la huerta; otros fueron a concertar los telares, y otros más montaron en los dóciles hidroaviones, encendieron las calderas de los veloces vapores y se precipitaron mar adentro a proseguir en los abismos las exploraciones que cada día les devolvían el glorioso patrimonio de las civilizaciones.

Habían vaciado pacientemente algunos palacios de sus preciados tesoros. Una catedral entera había sido arrancada a las aguas, piedra a piedra, gárgola a gárgola, y ahora se elevaba excelsa en las montañas, cantando a la inmensidad no el terror, sino la audacia de los hombres. Bibliotecas, laboratorios completos se habían salvado, maquinarias obedientes e intrincadas como corazón de mujer. Mármoles divinos, bronce anónimo, delicadas labores de la paciencia y el buen gusto revivían extraídas del túmulo gigante. La Belleza resucitaba, venciendo la conjura de los elementos.

Aquel día iban la escuadrilla aérea y la naval a buscar las ruinas de una de las ciudades más

opulentas de todos los tiempos. El mar seguía vomitando restos, cimborrios de palacios, cofres antiguos, vagones lujosos en que los huesos se entrechocaban como bolas de lotería. Los hombres exploraban la gran metrópolis sumergida hacía muchos años, recuperando obstinadamente sus tesoros de arte y ciencia. Y era todo un ejército el que iba a despertarla, entumecida en el fondo del océano.

Los hidroaviones revolotearon, giraron, recorriendo con la mirada las profundidades. Y tan pronto como se fijaron en el viejo palacio encantado a la orilla de muelles relucientes, suspendieron su vuelo sobre las olas. Llegaron los barcos y una brigada de hombres se equipó para descender al abismo. Calzaron zapatillas de plomo, se embutieron en cascos monstruosos y desaparecieron en el agua. Tremolaron máquinas potentes y diestras, enviándoles aire; miradas anhelantes leían el indicador eléctrico que reflejaba los pasos, los desmayos, las señales, las aspiraciones de los buzos.

Durante un cuarto de hora fue la marcha determinada y segura. Después empezó la aguja sensible a marcar curvas, paradas, sobresaltos, indecisiones de la voluntad, escalofríos nerviosos. La pupila de los maquinistas ardía como velas. Los buzos siguieron avanzando penosamente, tropezando, arrastrándose. Pasada media hora, sonó la alarma, una alarma frenética que clamaba todas las pulsaciones de la angustia.

Se izaron los buzos; solo dos surgieron a flor de agua. Y, con las mandíbulas batiéndoles como matracas, contaron que el viejo palacio de los reyes y las civilizaciones era el cubil de una fauna monstruosa que había segado de un solo golpe a los compañeros.

Mientras tanto, una flota de aviones volaba hacia ellos, paralizados por el dolor y el asombro. Y se organizó un segundo piquete, más fuerte, armado de carabinas y alfanjes y

con lámparas de rayos más potentes, para bajar al mar, disputar a los monstruos las migajas de belleza escapadas de las manos de los hombres. José, al aprestarse, juró por su amada que no volvería sin el fragmento más divino del soberbio palacio.

Hicieron pie en el jardín fastuoso en el que las estatuas derribadas y partidas contaban la historia de la derrota de las vanidades humanas. Los sátiros, las ninfas y los gladiadores, toda la plebe dulcísima de los poetas, habían sido arrojados a las lamas y, en su frialdad blanca, eran ironías aceradas contra la creación.

Algunos cráneos rodaron a los pies de los hombres; junto a dos de ellos había una espada y un par de zuecos de Auvernia. ¿Cuál sería la del brillante oficial y cuáles los del humilde auvernés?

El arco de triunfo del Carrusel descansaba sobre el flanco, roto como una frágil caja de cartón. Los soldados imperiales y la arrogante cuadriga de bronce yacían por tierra, mutilados, deshechos, y parecía que mil cuervos se hubieran cebado en ellos al cabo de una batalla. Y en torno a las róseas columnas se enroscaban moluscos repugnantes.

La brigada de buzos siguió adelante, rodeando un alto plinto monumental cuyos símbolos habían volado como hojas de árbol. Y enfrente, en la penumbra, surgieron las dos alas en tenaza del palacio, soltando el clamor afligido de un hermoso y gran animal moribundo.

Sobre las losas se extendía todo el lúgubre polvo de la muerte; tibias, calaveras de hombres y caballos, guiñapos desfigurados de estatuas, trozos de cornisa. En una plaza se elevaban todavía troncos de árbol, lívidos e inmóviles como espectros de cinc. Y sobre las grandes ramas se embotaban las medusas y las arañas de mar trazaban ligeros requiebros. Un enorme autobús estaba allí al pie, casi intacto, y al

volante se veían aún unas falanges descarnadas que se crispaban.

El pabellón Denon estaba medio derruido. Una barricada de restos impedía el acceso al vestíbulo y al filo de las paredes dismanteladas remolineaban peces de mil fantasías, descargando en la penumbra sus fuegos eléctricos en una aglomeración de feria.

En el pabellón Daru, la Sala de los Prisioneros Bárbaros y el Patio de la Esfinge no eran más que un montón de escombros, en los que florecían campos de coral. Tan solo emergía la cabeza de Minerva como una aparición apaciguadora.

Los buzos treparon por aquella colina inspirada, dejando en los corales el rastro profundo de pasos sobre la nieve. Y a la entrada del Corredor de Pan divisaron toda una batería de ojos vidriados y chatos como jofainas moriscas, dirigidos contra ellos. Allí era donde habían caído los compañeros bajo el latigazo tremendo de los cefalópodos. Los monstruos allí estaban en su cubil augusto, tras su banquete de carne humana.

Fríos, callando su pesadumbre, los hombres retrocedieron y bajaron de nuevo al atrio, en busca de una escalada más propicia. Pisaron otra vez las cenizas dispersas de los estilos reales. El barro y troncos de árboles podridos obstruían los amplios portillos; el ala derecha del palacio mostraba una herida sangrienta y, en los frisos, estatuas de hombres ilustres se mantenían en un equilibrio caprichoso, desafiando el vértigo.

Al ver nuevamente cortado el paso, en mudo conciliábulo decidieron intentar entrar por el vestíbulo Denon. A gatas, trepando a hombros unos de otros, subieron la rampa de una altura de seis metros, entre bancos de peces que volaban. Escorpiones vinieron hacia ellos a la caza; los ahuyentaron a hachazos, tiñendo las aguas de sangre.

Bajaron por la pendiente, una áspera pendiente de cisterna y pusieron pie en el vestuario. El suelo estaba revestido de huesos humanos. El pánico había reunido allá a la gente en torrentada y sus esqueletos dibujaban en el desorden y el amontonamiento el paroxismo de la fuga. Las calaveras se besaban, se mordían. Había tibias clavadas como lanzas en los tórax. Un casco de coracero todavía entablillaba los cuatro huesos de un cráneo. La muerte mostraba sus infinitos rictus hediondos.

Se adentraron resueltamente por la galería. Ni un rumor, ni una sombra de vida. La tumultuaria vida del mar se suspendía en los umbrales de aquella nave, en que los hombres habían reconstituido todo el sol del paganismo. Era el templo del silencio, vedado, prohibido ¿por quién? Las bóvedas se conservaban firmes; tan solo habían saltado los pretilos de los tragaluces. Los héroes y los seres divinos de la antigüedad persistían erectos en los pedestales, pero no guardaban aquel rigor de formación, en medio de la cual pasaban los siglos contemplando. Venus, tritones y Martes estaban mezclados, como en asamblea. La Venus de Cnido conservaba toda la voluptuosidad de su silueta regia de seductora. La Venus de los Médicis parecía señalar en lo alto la escalinata de mármol.

Los buzos arrastraron las estatuas sobre el osario, que rechinó y se deshizo como granos de trigo bajo la muela. Y, hecha la señal a las escuadrillas, volvieron adentro a la inspirada cosecha. Y súbitamente divisaron en lo alto de la escalera, que les indicaba la mano de Apolo, la Victoria de Samotracia, criando alas en la augusta trirreme. Y todos a una se precipitaron hacia aquel símbolo que restablecería el prestigio de los hombres.

Sin embargo, aparecieron dos horrendos monstruos marinos a los lados, chorreando agua y vomitando una baba de fuego. Tenían

cabeza y crines de caballo y aletas anchas como alas de aeroplano. Y, al desenrollarse en anillos de un grosor de robles, los hombres no les veían la cola, que chorreaba entre los mármoles.

Ellos descargaron los fusiles y, al abrigo de Antínoo y los frisos de Delfos, los despacharon a golpes furiosos de alfanjes y hachas. El agua se coloreó y la cola batiente de las serpientes, heridas, derribaba arcadas y pulverizaba mármoles.

Murieron hombres, pero los hombres vencieron. Y la isla verde de los Contim y los

Zorn poseyó la Victoria Alada, la Victoria que había cantado el triunfo del genio griego y que cantaría ahora la continuidad gloriosa del esfuerzo humano.

Lloraban la tierna Rosa, que había perdido a José, y las mujeres que habían perdido a sus amantes. Los demás elevaban un himno a las alturas. Zorn, misterioso, murmuró:

—¡Es la vida! ¡Es la vida!

París, 1910-1912

THEODOR CORNEL

EN LO PROFUNDO DE LOS TIEMPOS

I

Espejo desargentado, el sol del atardecer había empezado a difuminar sobre las aguas sus filos refulgentes, mudándolos imperceptiblemente en luces doradas. El lago se confundía encantadoramente con el cielo y su superficie no eran sino rizos ligeros y huidizos. En su orilla indolente, dos hombres, vigías de la contemplación, ya hacía un rato que no se hablaban, pareciendo más bien profundamente deseosos de silencio y olvido, como si quisieran disfrutar con más fuerza del hechizo del cercano anochecer. Flores de extraña variedad perfumaban los alrededores. Los ojos de aquellos hombres brillaban sosegadamente al recorrer con la mirada las ondulaciones de las

suaves olas que, al sucederse, se alejaban rítmicas y cada vez menos numerosas por la entera superficie refulgente. De vez en cuando, algún movimiento suyo cristalizaba una reflexión no dicha, al tiempo que les revoloteaban por las luces imágenes de maravillosos perfiles. El paisaje estaba agradablemente conformado, un paisaje que no turbaba ni un solo ruido. Arrellanados en la pendiente de la orilla, aquellos hombres, parecían haberse convertido en estatuas. Transcurrido un buen rato, uno de ellos rompió el silencio con voz pausada:

—Querido Valca, sobre los lugares que pisamos se alzó una ciudad grande y magnífica, una ciudad de la mayor antigüedad; una vida fructífera discurría armoniosamente en ella y este lago no existía entonces, porque sus olas

llevan rompiéndose tan solo doscientos mil años y cubren las maravillas humanas existentes mucho antes de su aparición...

Mientras hablaba así, Pen-Viss apartó la mirada de las aguas y la fijó en el áureo horizonte temprano, antes de proseguir:

—Desde hace cinco siglos se suceden las investigaciones dirigidas a encontrar los vestigios de esa ciudad y apenas aparece algún resto suelto y mudo. Sin embargo, en las profundidades de la tierra perdura la imagen de ese mundo... Más que nunca tendríamos que intentar atar los hilos del Pasado.

Valca, tras un pequeño meneo que dibujó nuevos pliegues en el movimiento de su cuerpo, rompió a hablar en tono afligido:

—¿Por qué remueves en mí la pasión de la investigación? Sabes cuán tormentosamente late en mi alma tu mismo anhelo... Pero ¿de dónde nos viene la capacidad de descubrir? Maestro, ¿por qué flameas otra vez por la luz de la mente el hechizo pasado...?

—Querido mío, en la marcha gigantesca de la Humanidad, el paso amado por mí, el paso dado por los europeos esplende y de ese esplendor tan solo nos hablan las leyendas... ¿Dónde está su rastro palpable, claro e inteligible, dónde su huella imperecedera...?

—Maestro, las leyendas bastan a tus seguidores —respondió Valca.

Él cerró un poquito los ojos, como si quisiera recordar un cuadro excepcional del que le hubiese hablado un buen orador. Luego se recostó sobre la hierba casi rala, pero perfumada, y, alejando el recuerdo, se puso a mirar de nuevo el margen serpenteante del agua, que se mellaba ondulante a sus pies. Habiéndose ensimismado en la contemplación de esta caricia de las olas en la ribera, sin pensar ya en nada, su mirada se detuvo inquisitiva en un objeto al borde del agua, que lo cubriría por instantes, mojándolo. Valca se le quedó

mirando muy atento, sorprendido, mientras intentaba explicarse su actitud.

—Maestro Pen-Viss, las escamas de los peces no eran de plata, pero brillaban.

—Todos los brillos eran hermosos, querido Valca, bajo la luz viva del sol de entonces...

Valca se acercó al pequeño resplandor húmedo, que lo atraía secretamente, lo sacó de la arcilla y lo limpió. Era una bola del tamaño de un puño, con incrustaciones por un lado y un cristal ahumado por el otro.

—Algún compuesto extraño de los elementos de la naturaleza —dijo Pen-Viss mientras miraba atentamente el objeto.

Valca intentó desprender con la uña la petrificación, pero no lo consiguió; luego lavó la parte ahumada, que ocultaba la verdadera naturaleza del mineral, pero también en vano.

—Te fatigas en balde, Valca; este proceso de mineralización parece muy antiguo... Hoy, la Naturaleza rara vez nos encanta con esos compuestos; en la agonía de la tierra, los elementos tienden a recobrar su equilibrio, y equilibrio significa extravío y esterilidad. Ya sabes, querido Valca, que la petrificación se produce de forma poco compacta en nuestros tiempos y basta con que se roce con la mano para desbaratar el sentido de la cristalización. Se me está ocurriendo que nos encontramos ante un objeto de suma antigüedad. Tal vez la mineralización de algún animalillo... Tal vez se trate incluso de algo hecho por la mano del hombre... Llévatelo e intenta averiguarlo... Si es obra humana, adivinaremos el significado perdido de esa obra; en cambio, si se trata de algún animalillo petrificado, tráemelo. Se han extinguido muchas especies de las que no tenemos ni una única muestra.

»Nuestra amargura es inmensa, querido Valca, ya sabes... Hace cuatro mil siglos, en la época de los europeos, la humanidad había clasificado científicamente la entera desarmonía

de todo lo viviente, de todo lo que andaba, se arrastraba, volaba... Seres animales y seres vegetales... Pero llegó la *Languidez*, enfermedad decenas de veces milenaria, y el hombre lo olvidó todo y cientos de siglos permanecieron ociosos, durante los cuales se perdieron las huellas de la civilización europea. Y de la ciencia grandiosa de aquellos maravillosos antepasados no nos queda ya nada, nada... Es la devastación terrible del derrumbe de los siglos. Valca, qué desgracia, cuánto dolor sobre nosotros...

Sus palabras eran el retrato vivo del llanto de un alma embargada de tristeza.

—Tienes razón, querido Maestro; la humanidad de la época de la *Languidez* apenas si pudo salvar la forma de su intelecto, pero olvidó el pasado de este. Y las épocas antiguas han desaparecido en verdad. Pero... ¿será esto de la época de los europeos?

Pin-Viss volvió a tomar el objeto y lo examinó atentamente.

—Puede ser. La cristalización es intensa e irregular. Algo así ya no es posible en la actualidad; los elementos materiales están saturados y el equilibrio se vuelve cada vez más estable; ha empezado la fase de la agonía de la tierra...

Así hablaban, generosa pero entristecidamente, aquellos dos amigos, el Maestro y el discípulo, y su conversación se prolongó hasta aparecer el demorado claro de luna, tras lo cual se dirigieron a sus domicilios, en la pequeña ciudad que brillaba anaranjada bajo la luz llameante de la puesta de sol. De sus corazones trabajados por deseos grandiosos brotó una vez más la ambición del descubrimiento del Pasado y ahora, más hondamente que la otra vez, la imagen desaparecida de nuestra época los atraía, acongojándolos, y los espoleaba, dándoles ánimos.

II

Ya esa misma noche, Valca se puso a investigar el hallazgo. Se afanó hasta la madrugada y por fin, al amanecer, pudo arrancar a su corteza mineral un hermoso cristal, transparente por la parte limpiada, a través del cual se veía, colocada en su centro, una hojita de papel, diminuta y simétrica, con señales tupidas de una extraña escritura. Pan-Viss tenía razón: era obra humana. Se le presentaba un tesoro misterioso y atrayente como un ser de leyenda, que lo hacía temblar de emoción irrefrenable.

Como el cristal era sólido, no se le ocurrió romperlo para liberar de su prisión transparente el precioso documento, porque aquel mismo cristal, al proceder de épocas tan antiguas, también era un documento. No obstante, por el modo en que estaba encerrada la hojita, Valca se convenció de que no había sido la casualidad, sino una inteligencia y una voluntad humanas las que habían colocado intencionadamente aquel documento en el cristal. ¿Y acaso no lo habían hecho para eterna custodia de aquella escritura?

Se afanó Valca con diligencia y destreza, y consiguió separar en dos, siguiendo la huella de su pegadura, la caja transparente; la hojita cayó sobre la mesa y era un cartoncito con la forma de una tarjeta de visita. Por un lado, blanco; por el otro aparecía lo escrito. ¡Oh, pero qué escritura tan extraña!

Valca ya no quitó los ojos de ese descubrimiento sin par, pensando inútilmente en el sentido que habría podido tener semejante hallazgo, pero, al no entender el valor de los signos y no comprender con qué objeto había trazado una mano humana esa escritura pareja, fluida y atractiva, y al ignorar a qué época remontaba aquella anotación, que permanecía cerrada a la mente como una tumba a la mirada,

fue a acostarse, con la idea de consultar al diligente Pen-Viss.

Fuera, la noche empezaba a recoger los diamantes que aún se demoraban en brillar en el fulgor azulado.

III

Valca durmió como una liebre. Tras levantarse entre las caricias tibias de los rayos matutinos, cuando la vida renace blandamente, se dirigió derecho a casa de Pen-Viss, que no se encontraba allí. Nadie sabía a dónde se había marchado el secreto soñador. Tenía la costumbre de pasear de madrugada entre el verdor, acompañado de numerosos nuevos discípulos, y allí predicaba melosamente las vías del pasado.

Por el camino, Valca llamó a la puerta de un Maestro de lenguas muertas.

—¿Qué buen viento te trae por aquí, Valca, ilustre amigo mío, qué buen viento?

—Maestro, un extraño descubrimiento pone a prueba mi ignorancia y lo someto a tus luces. Por favor, aclárame estos signos.

—¿Quién se puede alabar de sus conocimientos?

Mientras decía esto, Zanghi cogió el papel y miró largo rato los signos que en aquel figuraban. Sus ojos se fruncieron y, como si no pudiera dominar su asombro, añadió lentamente:

—No entiendo, no entiendo nada...

De nada le sirvió toda su ciencia; la tristeza veló su rostro. Siguieron conversando largo tiempo y buscaron entre viejos escritos señales de aquella escritura, pero sin resultado, porque el núcleo de aquellos escritos no remontaba lejos en la línea del Pasado.

El feliz Valca se marchó, tras dejarle el documento hasta después de comer, y Zanghi se

puso a contemplar el escrito sin comprenderlo y, con todo, deseando con ardor, para su propia gloria, descifrar su secreto, verter a su habla uniforme el sentido encerrado en aquella escritura, describir en líneas claras el misterio allí fijado y que vibraba dulce, y tan incitante.

¿Qué lengua era aquella? ¿Qué pueblo la habló y escribió en el Pasado? ¿A qué época estaba ligada una expresión tal del pensamiento humano? Y luego, ¿qué significaban esos caracteres? ¿Con qué idea los había compuesto alguien y colocado en el cristal protector? ¿Quién era ese alguien?

Se puso a hurgar en sus conocimientos, interrogó su memoria y saber, que eran asaz vastos, consultó sus notas que concatenaban fechas y pueblos, hojeó otras investigaciones, se construyó una escala hacia el pasado revolviendo el millar de siglos que abarcaba la especialidad de su erudición y se detuvo al llegar al límite de sus conocimientos. Zanghi dominaba la evolución lingüística de su Era, llamada *Tercera*, pero no sabía nada preciso ni seguro más allá de los confines de ese inmenso período de tiempo, y su saber científico acababa allí, como un pájaro que cae exhausto por su largo e inútil camino.

IV

Hacia mediodía, el Maestro Zanghi fue a casa de Valca, acompañado de otro colega, el sabio Gondurt, famoso por sus traducciones epigráficas. Se enfrascaron, pues, los tres en la conversación, examinando cada uno detenidamente el origen del documento.

La forma de aquellos signos desacostumbrados y desconocidos en la esfera de sus conocimientos, el tipo de líquido con que se habían escrito y el cartoncito blancuzco en que estaban anotados los inquietaban lo

indecible. Este descubrimiento refutaba la teoría del Conocimiento Absoluto, según la cual el espíritu humano ya había expresado toda su esencia y esta esencia se había manifestado de forma perfecta a través de los miles de formas comprendidas en la enorme evolución de las tres grandes Eras. Zanghi no veía clara esa refutación, mientras que Gondurt la veía completa e inevitable. Como pertenecía a la escuela del Conocimiento Absoluto, igual que Zanghi y muchos otros, se entristeció: la duda penetró en su alma como un cuchillo y la idea de su ruina le daba vueltas en el cerebro, mareándolo. Sin embargo, se sumó a la conversación y, junto con Valca y su colega, observó que el escrito del cartoncito era el agregado, por grupos, de un conjunto de treinta y nueve signos, de los cuales algunos se repetían muchas veces, mientras que algún otro tan solo aparecía una vez. Así, el signo *e* aparecía en aquellas seis líneas veintidós veces, pero *f*, una sola; la combinación de esos treinta y un signos formaba treinta y nueve grupos, de tamaños diferentes: el grupo *en* tenía dos signos reunidos, mientras que el grupo *eternamente* contenía once y era el más largo. Tal expresión del pensamiento humano, a través de la grafía, les parecía tan extraña, tan insospechada que habrían creído más bien que se trataba de una broma que de un documento con valor verdaderamente lingüístico, pero las condiciones del hallazgo no les permitían dudar de las propiedades del objeto, y Gondurt añadió:

—Es erróneo creer que este escrito está en algún dialecto de la primera mitad de la *Era Segunda*. En aquel largo período, las lenguas tendieron a reducirse y se fijaron aparte en distintas regiones de la Tierra. Cincuenta mil años después, disminuyó su número, hasta quedar solo entre ocho y diez. A continuación, en la *Época de la Síntesis*, esto

es, hacia finales de la *Era Segunda*, tendieron cada vez más a extinguirse; las derivaciones intermedias, las subdivisiones inmersivas, la ramificación anterior, todo fue disminuyendo al ir transcurriendo los siglos, anunciándose así, aunque muchas ramificaciones todavía perduran, la unificación de la *Era Tercera*, pero esta se produjo mucho más tarde, hacia el año ocho o diez mil de dicha era, de la cual nos habla con tanto entendimiento la sabiduría de nuestro querido colega, el Maestro Zanghi. De modo que, conociendo con cuánta precisión ha coordinado la ciencia los elementos lingüísticos de la *Era Segunda*, no se puede sostener el argumento del olvido; no se ha olvidado nada y ni una sola línea menciona ese elemento extraordinario por su mutismo y extrañeza, que atormenta nuestra mente y despierta en nosotros el ansia del descubrimiento.

Zanghi hizo la pregunta siguiente:

—¿No serán acaso los signos de algún cabalista burlón? Y, de ser el caso, ¿para qué nos afanamos en balde?

—No, —respondió Gondurt—, eso son historias. Nuestro deber es descifrar el enigma. ¿Quién sabe de lo que nos podría servir un descubrimiento así?

Y como los sabios callaron, habló Valca:

—Ilustre Maestro, ¿acaso la calidad del cristal no es una prueba de la época exacta en que se formó? Y entonces, ¿no se podría determinar la época de este documento a partir de las propiedades de la sustancia mineral?

—Ese procedimiento —dijo Gondurt— es imposible; el único método fructífero y seguro es la concatenación lingüística. La naturaleza de las lenguas es cambiante; se transforman día a día, año tras año; de una lengua nacen otras, hasta el infinito, mediante mezcla y mediante refinación, de manera que, por esta escala vital, esencia primordial del hombre, se puede remontar hasta el oscuro origen de

la humanidad... En cambio, el mineral, una vez solidificado, mantiene hasta el infinito sus propiedades definitivas; aparte de ello, es un cuerpo extraño al hombre, no el resultado del ansia del cerebro humano como lo es la lengua, el ritmo del corazón, a través de la cual se refleja el maravilloso ser humano por entero. ¿Cuántos años tendrá este mineral...? Pero ¿qué digo? El mineral existía antes de la época en la que se sirvió de él el autor del documento. Todos los mineralogistas lo saben, igual que la mente humana. Además, ¿es este mineral una creación natural o artificial? ¿Puedes reconocer entonces que la antigüedad del cristal indica la época de este documento?

—No —respondió Valca—, pero se sabría si el documento procede de las *Grandes Eras* o de la humanidad de la *Era Oscura*.

—Tal investigación es errónea y acientífica —añadió Gondurt—. Nuestra ciencia no se ha agotado todavía y, como se trata de la fase humana más lejana, conviene que vayamos a consultar a nuestra ilustre Keep, a quien le cabe merecidamente el título de honra de la especialidad...

V

La llegada imprevista de Pen-Viss los detuvo, sin embargo. El Maestro se apresuró a admirar también él el objeto sobre el que Valca le había dejado recado. Tras observar detalladamente el documento, casi con emoción, y tras ponderar dudoso la naturaleza del mineral, dijo con voz afable y aterciopelada:

—La primera enseñanza que extraemos de este descubrimiento es la destrucción de la teoría del Conocimiento Absoluto.

Zanghi se estremeció como si lo picaran.

—Porque la mano que anotó estas líneas y el cerebro que las pensó vivieron en una época

distinta a aquella en que ha evolucionado enormemente nuestra humanidad. Y prueban que las manifestaciones del espíritu son ilimitadas... En verdad, se extingue la humanidad de un soplo y aparece otra nueva que no sabe de la de antes, con otra vida, otra manera de asociarse, otras leyes, diferentes formas de expresión, otros signos y otros significados... Esto significa la condena irrefutable de la escuela del Conocimiento Absoluto.

»La segunda enseñanza es la demostración de que la *Era Oscura* comprendió sin duda un mundo civilizado, del cual solo nos hablan las leyendas. Oh, y aunque no sabemos el significado de las líneas del documento, tenemos, con todo, pruebas, gracias a la forma de los signos escritos y del carácter del cartón, de que este documento procede, como un milagro, de aquella Era. Mirad la forma de los signos. Esta *r* y estos dos signos, *s* y *m*, son el vivo retrato de unos animalillos que aún vivían al principio de la *Era Primera* y que se extinguieron hace mucho. Estas especies procedían de épocas indeciblemente antiguas, y arraigaron y existieron durante todo el ciclo de aquella Era... Oh, pero otros signos son puras figuras geométricas. Aquí, el principio del Universo, la imagen del movimiento en el signo *o*; allá, el capricho de la cristalización en *t*, *v*... Todos me parecen imitaciones de determinadas figuras de la naturaleza. ¿No nos dicen acaso estas formas de expresión que los hombres que las utilizaban conocían profundamente las combinaciones de los elementos naturales? Gracias a ellas se confirma ahora la teoría del anticuado Siink-Hult, que afirmaba como principio de las formas un fondo geométrico primordial compuesto de algunas expresiones prototípicas que se repiten hasta el infinito, diferenciándose y ramificándose. Y aquellos hombres, más cercanos a la Naturaleza que

nosotros, transpusieron armoniosamente las imágenes halladas en la cristalización, en la vida animal o en la vegetal. ¿Y qué son esas transposiciones? Con seguridad un símbolo, tal vez la esencia de la materia. Y bajo su mano, cuando escribían, se hacía presente la armonía del universo, latía el ritmo del infinito y ellos captaban maravillosamente el lucir tembloroso de las estrellas y las figuras ojonas de las flores...

Calló un instante. Nadie se movió, tan devota era su triple escucha. Luego prosiguió:

—Nuestra humanidad, aunque agobiada por la carga de trescientos siglos, no ha dado nacimiento a unas formas tales y, a lo largo de las tres grandes Eras, no se encuentra parte humana que se haya manifestado de modo tan característico. ¿Hemos conocido la ebriedad de la exaltación y hemos puesto las alas del infinito en nuestros deseos? ¿Qué exaltación apenas imaginada ha saltado los mundos de las Eras?

Un movimiento de disgusto de Zenghi, en quien adivinó un adversario hostil, interrumpió sus palabras, antes de continuar:

—El problema se plantea así: sea este documento procede de alguna época pasada del inicio de las Grandes Eras, lo que no me parece confirmado, sea, en cambio, remonta a las nieblas del tiempo, esto es, a la *Era Oscura*, como debe de ser el caso. El hecho de que exista semejanza entre la forma de algunos signos y la forma de algunos animalillos extinguidos en la *Era Primera* refuerza mi creencia en la segunda hipótesis. ¿Acaso no sabemos que, tras la *Languidez* que cayó sobre la humanidad y la ajó, el hombre renació, haciéndose primero niño en las cosas de la voluntad y luego adulto? ¿Y no sabemos que así empezó la *Era Primera*? Pero la *Languidez* fue una enfermedad. Antes, la humanidad vivía sana y había alcanzado grandes progresos. ¿Cuál era su vida y de qué modo se progresaba? Oh, mi gran sueño es poder penetrar en aquellas lejanías ocultas. Tan solo

dulces leyendas aluden a las soberbias bellezas de entonces; en ellas se habla de la *Época de los europeos* y ¡con cuánto entusiasmo rememoran a aquellos hombres! La voz de aquellas viejas leyendas tiene sustancia. A su través se adivinan la grandiosa ciencia de los europeos, el esplendor de sus artes conmovedoras, la fuerza y la variedad de sus invenciones, la precisión de sus maravillosos aparatos. ¿Qué espíritu puede permanecer indiferente a la evocación de aquel pasado, en el cual la vida era un tránsito diestro y luminoso en el que el hombre se elevaba por la grandiosa exaltación de la mente y se rodeaba de adornos hechos con el mayor arte? Y se admiran hoy, transcurridos tantos miles de siglos, la gracia femenil, el esplendor de la vestimenta, la pasión delirante del cuerpo... Y se admiran también la poesía de la unión libre y casual, la armonía de los movimientos, incluso la naturaleza de aquella humanidad recia, pero muy hábil, su naturaleza rica en dones y defectos, complicada, tornadiza e insaciable. Oh, esta lira infinita, con resonancias de toda clase, entre las cuales se trenzaba un jugueteón desorden, ¿qué espíritu no la entiende y no la admira? Así se presentan mis sueños más sencillos, más llameantes, más intensos.

Y concluyó:

—Deseo que este documento nos sirva de ventanilla luminosa abierta sobre el Pasado oscuro, el rayo de luz que nos guíe hacia él; deseo que nos revele lo oculto que atormenta nuestras vidas y almas. Y no estamos lejos de los lugares donde transcurrió aquel Pasado; los pisamos sin más y ellos nos sostienen las esperanzas y las alimentan. Valca, el muy afortunado, encontró ese cristal en la orilla del divino Coreo, que lo acaricia con sus suaves olas, es decir, del fondo del lago nos llega el documento, del seno de Coreo, bajo cuyas aguas duermen las riquezas antiguas... ¿Y no habéis advertido qué maravillas inimaginables juegan, acá doradas y

allá plateadas, entre sus olas lisonjeras, imágenes del pasado?

»¡Oh gran deseo mío, sueño mío de siempre!

VI

Los cuatro llegaron al domicilio de la docta Keep. El recibimiento, aunque amistoso, fue simple. Después de enterarse de lo que se trataba y halagada por ese honor confraternal, consultó el documento y quedó pensativa. Tras larga meditación, habló así:

—Estos signos extraños no me recuerdan ninguna lengua de la antigüedad...

La esperanza se apagó en los ojos de Zanghi. ¿Se irían a revelar verdaderos los sueños de Pen-Viss? Algo así sería la condena de la escuela que él había abrazado con tanta pasión y por eso su ruina no debía producirse. Intervino:

—Convendría que dejáramos el documento a nuestra ilustre colega para que lo investigara con la calma de la reconcentración. Nadie puede saber de memoria los sucesos lingüísticos ocurridos durante cien mil años.

—No vamos a ofender así a la ilustre Keep, que tantas pruebas nos ha dado de su memoria. Sin embargo, también yo le hago esta pregunta: ¿No crees que la edad del documento es anterior a las *Grandes Eras*, es decir, superior a cuatrocientos mil años?

—Imposible.

—La suposición de que procedería de los europeos, ¿no te resulta atractiva?

—En absoluto —respondió Keep—. Creo incluso que aquellos tiempos son míticos; tan solo se hallan en la imaginación infantil de la humanidad de la primera mitad de la *Era Primera*. Todos sabemos que los hombres de aquella época daban pábulo a leyendas inventadas por ellos mismos, leyendas realmente

muy hermosas, pero que había creado su mente ingenua, paremias encantadoras si se quiere, pero de ninguna manera memorias. Aparte de esto, la humanidad tiene tres eras. Aquella de la que yo conozco el carácter, en lo que respecta al lenguaje, es la era primitiva, es el tiempo de la aparición del hombre sobre la tierra, es la fecha en que, oscuramente, se muestra el lejano origen de la vida humana. No existe ninguna era fuera de estas, sino que domina el vacío de la ausencia del hombre...

Gondurt añadió lo siguiente:

—Lo que me extraña mucho y siempre he intentado averiguar es el origen de la palabra *europeo*. Bien sé que las opiniones difieren en lo que respecta al origen del hombre, pero nadie ha indagado hasta ahora sobre el significado y la derivación del vocablo «europeo». Da igual la manera en que se descomponga y verifique, te das cuenta de que está construida de manera completamente opuesta a la que se acostumbra según las leyes que han presidido la formación de las lenguas durante nuestras eras.

—El vocablo es una invención del espíritu popular de la Era Primera mediante el cual se denomina un mundo imaginario, y carece de significado —añadió enérgicamente Zanghi.

—Es imposible que haya existido una humanidad tan bulliciosa y diestra, y que no nos haya dejado ningún vestigio evidente, ninguna prueba científica, sino tan solo leyendas fantásticas.

—Te equivocas, ilustre colega —recalcó Valca—. La leyenda es la parte poética de un hecho. Un relumbro la envuelve, pero ese relumbro está ligado a algo.

—Es verdad —corroboró Pen-Viss.

Este se levantó de la banqueta mullidamente forrada y se puso a caminar despacio; en sus ojos de brasa vagaba el encantamiento de su imaginación trascendente. Empezó a hablar en el profundo silencio de la casa:

—Dejad que el pensamiento alce su vuelo milagroso, que recorre el universo entero. Tras una estrella suponéis que hay otra, aunque vuestros ojos no la vean, y tras aquella siguen otras mil, que no se ven, pero cuya existencia se admite. Y la alegría os embarga el alma. Pero cuando se supone un mundo tras otro, teniendo a mano innumerables memorias, se anubla la luz de vuestra mente. Y la memoria es el hecho mencionado con razón por Valca, y la leyenda su veste maravillosa. ¿Y cómo habrían podido llenar toda una era miles de leyendas sobre el mismo mundo si este no hubiese existido? Los europeos han existido de verdad. Y cuando la *Languidez* afectó al hombre, cuando apenas vivía y asistía al derrumbe de hermosuras enteras, tan solo fue capaz de recordar y así se conservó ininterrumpidamente su memoria, la cual, al renacer el hombre, crio alas y adoptó el relumbro de la maravilla...

»Así pues —prosiguió—, negáis el poder de la extinción de la energía del trabajo, con la aparición de encogimiento de la vida y luego el renacimiento de ambas cosas. También negáis el vivir pasado de la época de la *Languidez*, pero ¿cómo explicáis el terror que acosó fantásticamente las almas de los mundos de la *Era primera*, el terror de aquel cataclismo? Al final negáis todo el pasado anterior a aquella era...

—Solo es una suposición —interrumpió Gondurt, cuya conciencia se modulaba con inteligencia.

—En lo que respecta al documento encontrado —añadió Pen-Viss—, permitidme contaros la *leyenda de la golondrina*, su sustancia, que nos podría aclarar por el momento. Había dos especies de aves, hoy desaparecidas, que, aunque libres y no domésticas, vivían junto a las casas de los hombres, durante la *Era Oscura*, esto es, en la *época de los europeos*. Eran el gorrión y la golondrina. Así reza la leyenda:

»Érase una vez un gorrión que hablaba con una golondrina y le decía: “Me he pasado la vida junto a los hombres y ni una sola vez he entendido su habla, tan distinta es de la nuestra”. La golondrina respondió: “Tampoco yo he entendido nunca el habla humana, que no siempre es la misma. En mis largos viajes observé que, en sí misma, el habla humana no es igual en todas partes. Un hombre de una región de la tierra no se entiende con otro de otra. Y a veces las regiones son vecinas. Admiradas de esta diferencia, nos pusimos todas las del pueblo de las golondrinas a contar las hablas humanas sobre la superficie de la tierra... porque, ves, mientras que nosotras las aves, numerosas en pueblos, nos entendemos en una sola lengua; los hombres, perteneciendo todos a la raza humana...” “¿Y cuántas lenguas habla el hombre?” “Tres mil, si no más”, respondió la golondrina.

La docta Keep lo interrumpió:

—No podemos basarnos en leyendas caprichosas, eternamente sujetas a las exageraciones de cada época. Es anticientífico.

—Anticientífico es no investigar —respondió Pen-Viss—. La ciencia se caracteriza precisamente por revolver todas las esencias. No se puede apartar la leyenda, esta sustancia admirable, en la cual se refleja un fondo de verdad. Arte sutil es sobre todo el de despojar la leyenda de su veste de exageración, porque, en verdad, la humanidad en su infancia, cuando no sabía de sistemas de orden ni de control científico, se mantiene de historias, inscribe sus obras y deseos tan solo en cuentos, de modo que las leyendas no pueden sino volverse un brillante envoltorio poético de la verdad histórica. Esas tres mil lenguas habladas por el hombre han tenido que existir en la época de los europeos, y de manera natural.

VII

Se separaron al salir. Gondurt se marchó con Zanghi, mientras que Valca acompañó a Pen-Viss en dirección contraria.

Tras permanecer callados un rato, Gondurt se dirigió a Zanghi:

—Pen-Viss tiene un ingenio maravilloso.

—Es verdad, pero sin método —añadió Zanghi.

—Tiene método, pero es uno personal. De todos modos, a él se le debe el movimiento actual encaminado a revelar el pasado nebuloso. Y ha sido útil, porque sus investigaciones han hecho avanzar la ciencia. Seguro que has seguido sus prédicas por riberas y sotos, rodeado de gran número de adeptos, y has visto qué sistema de clasificación del mundo animal y vegetal ha creado partiendo del estudio de las leyendas, sistema que habría sido el de los europeos... También a partir de esas leyendas ha llegado a la conclusión de que, en Europa, los europeos habían probado con éxito la síntesis química, habían demostrado las leyes de la armonía universal, habían calculado astronómicamente las lejanías del infinito, habían demostrado las revoluciones y los caprichos y la esencia específica de los astros, habían averiguado la naturaleza extraquímica de los cuerpos luminosos y de los iluminados... y, lo que nos parece el colmo de la maravilla, el proceso de las vibraciones intraatómicas de la materia, las leyes de disociación de esta... ¡la unidad de la materia!

—Pen-Viss es víctima de su propia alucinación. Lo que él cree la ciencia del problemático mundo europeo —recalcó Zanghi— es su propia ciencia, porque ¿cómo se explica la desaparición total de aquella humanidad?

—Sin duda no puedes afirmar que el hombre apareció en los albores de la *Era Primera*. Has de

reconocer que la *Languidez* azotó antes su vida y que esta se había desarrollado fructíferamente. Pen-Viss ha interpretado la leyenda en que se habla de un edificio que duró decenas de miles de años y cuya piedra se volvió polvo, pero cuyo nombre, *Panteón*, ha pervivido. ¿Qué significa esta palabra, qué origen tiene y cómo ha perdurado intacta a lo largo de los siglos, porque la forma de las leyendas ha cambiado bastante, pero las palabras *europeo*, *Panteón* y *París* han pervivido indemnes a lo largo de todas las Eras? Otras leyendas hablan de otros vestigios supervivientes, aunque sin nombre, de ciudades en ruinas, de localidades entonces célebres. Yo creo que Pen-Viss tiene razón. Reconozco la existencia de un mundo primitivo, su desaparición al perderse la energía. A continuación, reconozco su *Renacimiento*, el ascenso del hombre, el reinicio de la vida y de la actividad. La *Era Primera* fue, pues, la del primitivismo; fue la fase de la ignorancia, de la barbarie, por la cual debía pasar necesariamente el hombre «renacido». La *Era Segunda* fue la del progreso y la complejidad del vivir, del apogeo de la vitalidad. La Tercera significa sensatez, contemplación, agonía.

—¿Y crees, ilustre colega, que las leyendas guardan ese hermoso fondo?

—Sí, ahora lo creo; habría de estar dotado con la visión de Pen-Viss, con las luces de su mente ágil para poder escrutar lejos, tan lejos...

La tarde era de oro y el ocaso, de piedras preciosas. En el silencio apasionado de las circunstancias, caminaban callados el Maestro Pen-Viss y el discípulo Valca. Su camino los llevaba fuera de la ciudad, hacia la loma de Narah, donde los adeptos a la espera hablaban entre ellos hasta la llegada del Maestro. Y tan

pronto como lo vieron aparecer, fueron todos a su encuentro e hicieron corro rápidamente alrededor. Pen-Viss les comunicó por extenso y en detalle el descubrimiento de Valca y añadió:

—Este testimonio nos viene de oscuras profundidades que solo nuestros sueños reaniman y devuelven a la vida, de tiempos en que florecían bellezas ofuscadoras y esplendían pensamientos sublimes... Por supuesto, hablan las leyendas de crueldades dolorosas y erráticas, de mucha sangre vertida, de muchas vidas arrebatadas, de una especie de valentía mal entendida, de un sentimiento egoísta pleno e inmutable en que había cuajado para siempre el fondo humano y de un deseo voraz de esas cosas que son pasajeras, transitorias, se olvidan y son fáciles de dispensar. Sin embargo, sigue siendo admirable la flor de la mente, la divina maravilla de la mente...

—Con tu don, Maestro, iluminas todo aquel Pasado; ¡oh, cuánta intensidad en tus palabras incomparables y prudentes!

—Minclor, déjate de elogios vanos y escucha. Arde un deseo apropiado en nuestra alma cuando pensamos que, hace cuatro mil siglos (¡oh, a qué vasta distancia de nuestra vida!), otra existencia latió fértil y regalada; nos cautiva su belleza, una belleza rara y preciosa. Y ved qué luz liga, por encima de tanta distancia, como un arco inmenso, dos mundos que no se conocen. Si aquella humanidad ya no existe, si ya no la sacude ni un estremecimiento siquiera, al menos habla a nuestras almas a través de una escritura que se tornará más viva cuando alcancemos su indispensable desciframiento. Feliz quien haya escrito esas líneas, aprehendiendo en ellas el eco del ritmo de la vida pasada; feliz su memoria, porque por aquella persona se abrirá ante nuestros ojos toda la armonía de la vida de entonces; *aquella* sola ha tocado las profundidades del futuro, dejando una huella, lanzando una piedra al fondo de la

eternidad terrestre. Creyendo en el curso de los tiempos venideros, afrontó su vastedad... Feliz también, porque fue testigo de la grandiosa Naturaleza de aquel tiempo; se calentó bajo la caricia del sol apolíneo, que brillaba con más intensidad y belleza que el de hoy; ¡oh, qué transparencia en aquella atmósfera, qué color en su firmamento y en sus paisajes, qué sublimidad envolvente para los oídos y la vista de aquellos mundos altamente dotados...!

Calló el Maestro, y permanecieron callados también sus seguidores, cautivados por esa evocación irrefrenable, pero el silencio acabó por romperse, pues el Maestro prosiguió:

—Sin duda, el cuerpo humano era ligero, ágil, esbelto y nervudo, de corte armonioso, y no como el nuestro, fofo y desproporcionado. Próximos casi al primitivismo que la humanidad había dejado atrás, llenaba sus sentidos una sustancia salvaje que concordaba con su refinamiento. Recordad la *leyenda del ruiseñor*, en la que se dice que aquel pájaro contaba una vez a otros que había aprendido de los hombres los trinos más parleros y que el arte de la música era entre ellos tan refinada y sublime que ni siquiera la reunión de los elementos más finos de la Naturaleza podía asemejarse en su voz. Era una armonía perfecta...

»¡Qué sentidos, amigos míos, y que poco favorecidos estamos nosotros! ¿Entendéis la urdimbre sutil del ser de aquella humanidad? ¡Qué pobre y disforme nos parece el tejido del que estamos hechos y que es el fondo de nuestra naturaleza! ¡Decidme si no tengo razón al remontarme hasta Aquellos, al penetrar el secreto de aquel Pasado!

»Ya no cabe duda de que el documento hallado por vuestro hermano Valca es una chispa extraviada de las energías sobrehumanas de aquella humanidad, de su agitación rítmica, de la intensidad de su espíritu. No os mostréis vacilantes, porque el esfuerzo humano no se

extingue para siempre, sino que más adelante, por muy tarde que sea, se eleva siquiera un eco, le sacude el polvo del tiempo y lo hace brillar sonriente ante otros esfuerzos humanos...

Hechizados por las palabras del Maestro, cuando la noche se extendía tranquila y negruzca, marcharon todos a sus casas, con las almas conmovidamente aligeras.

VIII

En la ciudad, al día siguiente, se supo del afortunado suceso y todos se preguntaron qué importancia podía tener aquel documento desde el punto de vista de la evolución humana. Aún no se sabía juzgar de qué clase de documento se trataba, ni que valor tenía. Sin embargo, las muchedumbres se daban noticia con alegría de lo ocurrido y se hacían suposiciones variadas sobre su significado. Ya por la mañana se rumoreaba que los fieles de Pen-Viss, llamados los «contempladores», se servían del documento en su provecho, no tanto por haber sido uno de ellos quien lo había encontrado, sino más bien porque la interpretación y las conclusiones del Maestro Pen-Viss les hacían creer que se verificaban algunas de sus ideas. Unos cuantos sabios que habían oído esos rumores, se presentaron al amanecer en la casa de la Maestra Keep y se informaron. Aquella les enseñó el objeto, pero no sabía de los tejemanajes de Pen-Viss; les contó la conversación tenida el día antes, y sus palabras temblaban de cólera y emoción a la vez.

Después de comer llegaron otras personas, otros sabios, de todas las orientaciones de la mente humana; acudió allí la flor y nata del pensamiento bien ramificado, hasta el punto de que se llenó la casa, se llenó el jardín, donde se repartían grupos discutiendo, ebrios de trascendencia. Por las calles de

alisos se divisaban a trechos, entre arbolillos desmedrados, anaqueles con discos escritos, los escritos de aquel tiempo; era la biblioteca de la Maestra, donde se cultivaban mentes muy fértiles.

Llegó Valca, que fue recibido entre hartos elogios y felicitaciones; llegaron Zanghi y Gondurt, saludados por todos; apareció finalmente Pen-Viss, que fue recibido con miradas de temor, pero al que rodearon, sin embargo, fraternalmente. Apareció como una luz en medio de todos. Las conversaciones se volvieron cada vez más animadas. El documento pasó por todas las manos y todos los ojos lo vieron. Estaba escrito con palabras legibles y claramente en nuestra lengua; rezaba lo siguiente:

Dejo mis palabras para simple memoria, porque en la vida, trabajando en la esfera de la mente, no he producido maravillas tan notables como para ser justa y eternamente recordado por la posteridad.
La voz de MENTALIA en 1904.

Y las investigaciones volvieron a tomar vuelo, ahora con mucho más ardor, porque todos querían en su fuero interno ser los descubridores de esa lengua y, como algunos se atrevieron a remontarse con dificultad, pero con provecho, a tres mil de siglos, averiguaron que, en la época de la balbuciente *Era Primera*, los idiomas se habían multiplicado, pero que muchos dialectos habían desaparecido, lo que ponía obstáculos a la investigación y la retrasaba. Estas lagunas daban mucha esperanza a los investigadores, la mayoría de los cuales rechazaba las opiniones de Pen-Viss. Sin embargo, este aguijaba dolorosamente a los «dogmáticos», como los llamaba él, y les predecía que sus investigaciones serían en balde.

En el ardor de la indagación, Zanghi se llevó aparte a Gondurt y le dijo:

—Ves que las teorías de Pen-Viss no tienen fundamento científico; así lo afirman todos los sabios. ¿Cómo es que tienes en cuenta los sueños engañosos de un contemplador?

Gondurt le explicó luego que la verdad ha nacido con frecuencia de visiones poéticas y que las alucinaciones de Pen-Viss, pese a la autoridad de sus adversarios, parecían en verdad tomar cuerpo.

—Lo voy a combatir sin tregua —concluyó orgulloso Zanghi.

La conversación se elevaba suave y fascinadora de un grupito en cuyo centro se encontraba Pen-Viss, quien decía a un erudito:

—Es grande vuestra impotencia, pues reconocéis vosotros mismos que la Ciencia no ofrece suficiente conocimiento cierto sobre la primera mitad de la *Era Primera* y, como suprema vía de escape, os agarráis a las lagunas observadas, entre las cuales queréis contener la lengua en que está escrito el documento. Oh, también vuestra contradicción es grave y vuestra esperanza absurda, absurda...

—Estas lagunas, ilustre Pen-Viss, nos simplifican la tarea —intervino Zanghi, que estaba cerca del grupo—. Y nosotros creemos que el documento ha de estar en uno de aquellos dialectos desaparecidos.

El grupo se agrandaba, aprobatorio en su mayoría.

—¡Oh, maravillosa ciencia de la simplificación! Y vosotros, Maestros de esta Ciencia, ¿por qué no concedéis a la poesía el entendimiento de adivinar en el Pasado y en el Futuro? Cuando vuestro pensamiento carece de certezas, ¿cómo es que os paráis allí donde acaban los signos? ¿No tiene vuestra imaginación alas y no hay luces bastantes para atraerla...? ¿Acaso olvidáis que la *Era Primera* fue el estado bárbaro de una humanidad? ¿Habéis olvidado que, en la aurora de aquellos tiempos, el hombre no sabía consignar por

escrito, no conocía la escritura selecta, simétrica, lógica, rotunda y elegante; que el papel no existía entonces, puesto que apareció en la *Era Segunda*, y que el líquido no tenía la sustancia de este?

Se oyeron voces en el grupo:

—¡Así es...! ¡Así es...!

—¿No sabéis que nuestros museos conservan ejemplos extremadamente diversos y numerosos de las primeras manifestaciones mentales de la humanidad? ¡Ponedles al lado este documento y llegad a una conclusión! El mundo del que procede el documento estaba adelantado y desarrollado, era civilizado, mientras que pesa sobre la *Era Primera*, despertada tras una larga enfermedad, una larga y grave rudeza. Oh vosotros los de los arranques de pedantería, ¿por qué no leéis las leyendas seculares para entender su fondo, vosotros, los Maestros de la ciencia de la simplificación...?

IX

Mientras así discutían las mentes luminosas, por los huertos casi sin verde y por las calles se iba juntando una multitud variopinta, que se ponía de conversación sobre los sucesos del día. Se veían grupos que alegaban según la escuela, según las teorías que compartían. Los grupos de seguidores de Pen-Viss eran apasionados, aunque sin ganas de reñir, mientras que los de sus adversarios eran más numerosos. Con todo, entre ellos las disensiones no eran profundas ni irreconciliables como lo eran entre los Maestros, porque las multitudes no tenían su presteza de reflexión y, al contemplar la copia exacta del documento, se dejaban atrapar por la urdimbre espesa de la inquietud, la tristeza y la nostalgia...

Un grupo marchaba despacio y, entre sus palabras melancólicas, se distinguían las siguientes:

—Alguien de otros mundos escribió esto, porque la cosa parece demasiado consecuente.

—Pero ¿quién?

—Pero ¿en qué época?

—Pero ¿en qué lengua?

Y el grupo pasaba junto a otros grupos, siempre salmodiando las mismas frases, mientras en las encrucijadas les respondían otros fraternalmente y sin eco.

—¿Quien fuese, ¿era de grande o pequeño tamaño?

—¿Vivió una vida armoniosa?

—¿Cómo fueron sus años, felices o terribles?

A lo lejos parecían oírse la realización y el progreso del pensamiento de otra multitud, lenta en su paso y como dándose un respiro:

—¿Y cuántas pasiones lo azotaron?

—¿Y cuántos deseos lo elevaron?

—¿Y prosperó en su mente la belleza, o solo la fealdad?

Al mismo tiempo y más allá, avanzando en unas tres filas dispuestas en forma de triángulo, símbolo de la solidaridad, los grupos de los contempladores, los seguidores del soñador Pen-Viss, lanzaban a ritmo suelto estas verdades precursoras:

—Conoció el sol y lo conoció cuando sus rayos tenían otra magnitud...

—Disfrutó de las luces vivificantes de entonces, que ya no existen...

—Feliz quien se calentó al calor del Astro maravilloso del día, que era espléndido en aquellos tiempos; feliz porque pudo sentir estremecimientos supremos, ahora ausentes...

—¡Oh, mortal a quien recordamos ahora y que nos traes de lejos el perfume de la belleza que te corona...! Nosotros no somos tu imagen, ni tu semejanza, ni siquiera tu sombra, y lo divino en que te arrobas es extraño a nuestros sentidos enfermizos y disminuidos...

X

Prosiguieron las investigaciones durante muchos días, pero sin resultado. Se encendían luces en el Pasado y no eran las muy deseadas, y luego se apagaban para luego rutilar de nuevo y a otra distancia. Una cosa era cierta: la absurda teoría del Conocimiento Absoluto, que sostenía que el cerebro humano había manifestado todo lo que era capaz de imaginar y que había puesto límites a la inventiva ilimitada de la mente, quedó destruida. Gracias al hallazgo de aquel documento, tanto por su material como por su forma de expresión del pensamiento, quedaba probada, al contrario, la infinitud de la capacidad de invención del cerebro humano. Así pues, se tendía a dar la razón a los contempladores, cuyas visiones tomaban claramente cuerpo. Pen-Viss no cesaba de discernir la verdad legada a través de tres mil siglos por la multitud de maravillosas leyendas. Y cuando otros sabios confirmaron sus palabras, entre otras cosas, que la cajita en que se había encontrado el cartoncito no era de cristal natural, sino que era obra humana, perfectamente compacta y transparente, y que incluso tenía la capacidad de agrandar los objetos, algo que su humanidad conoció hacia el final de la *Era Segunda*, hacia la *Síntesis*, entonces se entregó Pen-Viss con más desatados ímpetus a la expansión de sus ensoñaciones poéticas y una vez improvisó como sigue:

—Los europeos y, con ellos, las otras gentes de su época, practicaban el arte del vidrio, empleaban el hierro, hoy escaso, labraban el oro y la plata con arte inalcanzable para nosotros. ¡Qué riqueza infinita contenía el seno de la tierra entonces y qué pobre, esquilada y avara se nos presenta a nosotros, aunque seamos sus hijos! Imaginaos focos de energía por todas partes. El sol se medía con el agua, el calor con el movimiento, la profundidad con la altura,

para hacer surgir las fuerzas inagotables que el hombre transformaba para su propio provecho. Conquistó el vasto espacio, abriéndose camino por el aire, como pájaros ligeros y veloces, con alas mecánicas; con máquinas que corrían como el viento acortó las distancias, e incluso las abolió gracias a invenciones sin par, comunicándose los hombres entre sí de un cabo a otro de la tierra sin intermediaciones materiales, sino tan solo gracias a la vibración de las ondas eléctricas, rápidas como el pensamiento; inventó tormentas y rayos elocuentes como el hombre; tomó la imagen del sonido y la inscribió en discos que se la repetían al infinito de generación en generación, y las voces de los más grandes cantantes y oradores se podían escuchar transcurridos miles de años, y admirarse su belleza. ¡Cuántos inventos maravillosos supo hacer realidad el europeo! ¿Os imagináis las creaciones gigantescas salidas de su mano? ¡Oh genio eternamente luminoso, que vuestros ojos encolados no columbrarán nunca...!

De las mayores distancias venían numerosas personas para escuchar las improvisaciones del Maestro y las nuevas ideas los estremecían de placer. Algunos se dejaban llevar por el radiante discurso, maravillándose de tantos varios fulgores; otros se quedaban fijos como estatuas, escuchando con aire soñador, sin atreverse aún a abandonar las antiguas creencias, pero la nueva los invadía lisonjera y atractiva. Y no solo la gente común perspicaz, sino también los doctos se veían tentados por el melifluido discurso. ¿Por qué no habían de existir los europeos? ¿Por qué no había de ser verdad lo que decía el fondo de las leyendas? ¿Por qué no habían de haber existido antaño los esplendores que sus almas adivinaban? También ellos se sentían atraídos por el mundo de los europeos; los llamaba una voz que brotaba vaporosamente, a través del tiempo, de los lugares que hollaban.

Y ellos también se engolfaban en el recuerdo en aquellas épocas... Entonces, con un único soplo prendió la creencia, primero con timidez; luego, toda la multitud abrazó la novedad que la penetraba cada vez más y en los labios de todos se elevó el nombre del descubridor y miles de miradas buscaron al afortunado Valca y lo aclamaron entre miradas afectuosas.

El triunfo fue completo. Pen-Viss subió en la estimación de todos. Aceptaron sus ideas, tras Gondurt y otros, la Maestra Keep, que había visto a qué errores la llevaban las convicciones que había abrigado hasta entonces, y Zanghi, el inclemente Dogmático, que fue más bien arrebatado por la ola general y creciente. Sin embargo, como el desciframiento era imposible, porque no tenían idea de aquellos signos, ni de la razón de que fuera aquel el único documento legado por la *Era de los Europeos*, los Maestros se pusieron de acuerdo para guardarlo cada uno un tiempo y estudiarlo.

Sin embargo, se oyó una voz entre la multitud:

—¡Al *Templo de las Maravillas*!

El grito se repitió de boca en boca hasta convertirse en la voluntad general. Por todas partes volvió a gritarse el nombre de Valca. Entonces los Sabios se consultaron. Sus ojos se posaron en Valca, el poseedor, que a su vez miró a su amigo Pen-Viss.

—Querido Valca —le invitó este—, el debate, cuando no existe coincidencia de ideas, vuelve malvada a la gente y nosotros procuramos que haya hermandad entre nosotros. Tu hallazgo ha dado pie a la discusión causante de nuestra discordia y puedes acabar con todo asomo de conflicto llevándote el documento. ¿Qué gana nuestra ciencia ocultando ese documento? En cambio ganará si se lo dejamos no a cada uno de nosotros, sino al *Templo de las Maravillas*, como pide la multitud. Proseguirán las investigaciones y se hará la luz. Ya has visto

el rechazo con que se nos recibió al principio, pero aniquilar la verdad con palabras es como oscurecer el sol con la palma de la mano. Una mente, dos y muchas más la niegan, pero ¿cuánto viven esas mentes? ¡Ah verdad que renace en cada momento, con la vida! Y otra vez os digo a vosotros, a los aún vacilantes, ¿con qué refutáis la grandiosa existencia de los europeos? ¿Con qué sustituís las legendas que prolongan las maravillas de aquel Tiempo? Un espíritu de verdad flota sobre todos nosotros: ¿dónde están las mentes que lo vislumbren, dónde los sentidos que lo presientan? ¡Oh, sobre vuestros labios culpables difícilmente caerá el rocío de la dulce verdad!

Brotaron entonces de la multitud las siguientes palabras de confianza y conversión:

—En verdad vivieron aquellos hombres y nuestras almas se desviven por conocer aquellos tiempos fascinantes.

»¡Oh Maestro, abre a nuestros ojos las vías luminosas de tu mente y deja que caiga sobre nuestros labios sedientos el rocío de la dulce verdad!

Encabezada por Valca, Pen-Viss, Gondurt, Keep, Zanghi y todos los Maestros, junto con todos sus partidarios, la multitud llevó en un cortejo alegre y comedido el misterioso documento al *Templo de las Maravillas*, para larga memoria. De todos los rincones de la Tierra acudieron gentes para ver el documento único, la gloria de aquellos Tiempos lejanos, maravilla extraviada durante miles de siglos...

FILLIA

LA VIDA EN EL MAÑANA

18 HORAS: desde la Central mecánica se modificaba el movimiento de la ciudad: la cabina 114 zumbaba metálicamente – temblor de las paredes coloreadas – decoración clarísima de espirales azules – amarillas

para impedir que el ojo se canse en la monotonía gris de las palancas de mando

El HOMBRE V. 6434 – en un cono de luz roja que confería psicológicamente valor a las diversas gradaciones del teclado de acero – movía automáticamente las piezas que correspondían al tiempo de la aguja negra sobre el cuadrante blanco (en el espacio -S- de la ciudad se encendieron los globos eléctricos – potentes ventiladores aumentaron gradualmente la temperatura – los anuncios y las señales luminosos entrelazaron los volúmenes líquidos de la luz directa)

el cerebro reflejaba a través de las manos la película geométrica de la costumbre

a las 18,30 el HOMBRE V. 6434 – tras haber pulsado el resorte que fijaba

los movimientos del teclado – se levantó elásticamente girando el llavín rojo (invadieron la cabina los átomos vibrantes de una lamparilla fría) – sus ojos bebieron la reacción jovialísima de los colores de la pared

de un armarito de hierro blanco cogió un traje de vivos colores y un casquete rojo que sustituyeron los de color gris del trabajo – el desplazamiento de un pequeño muelle abrió una portezuela lateral, haciendo subir el ascensor, que un momento después lo sumió en las tripas externas de la casa, bajándolo a la tercera planta de la calle

– sobre la plataforma metálica una pequeña multitud esperaba el paso periódico del metro – el pensamiento del HOMBRE V. 6434 no iba más allá del espacio mismo de la vida – el canal brillante de los carriles le producía sensaciones cálidas de placer aún punteadas de negro por el contraste de la espera

el larguísimo vagón llegó y se detuvo silenciosamente – cuando el último viajero

cerró la portezuela, la relación automática lo volvió a poner en movimiento

en el interior se encontró con el HOMBRE V. 17698 y el HOMBRE M. 10045 (el HOMBRE V. correspondía al *varón* y el HOMBRE M., a la *mujer*), que todas las tardes, al hacer el trayecto a la misma hora, le hacían compañía

una insólita agitación reinaba entre las personas – fiebre espasmódica de nerviosismo – escala matemática de tonos vocales que se entrechocan

– «¿qué ha pasado?» – preguntó el HOMBRE V. 6434

le respondió el HOMBRE M. 10045 con una voz de vivísimo interés que parecía componerse de electrones amarillos:

– «en la ciudad 6-452' (longitud 6 – latitud 452') ha estallado la revuelta contra la Máquina de la Temperatura – han hecho saltar las cisternas con rayos eléctricos – se han producido conflictos gravísimos con los guardianes – más de 300 personas quedaron carbonizadas – la población sufre un calor sofocante de día y de noche un frío húmedo que duele...» –

– «han hecho bien, muy bien – interrumpió un pasajero, con un fuerte movimiento vocal de electrones violeta, que se impuso a sus vecinos – es una tiranía insoportable, antihumana. La Máquina de la Temperatura, con sus vibraciones extenuantes y su pesadísima luz azul, nos oprime despóticamente – todos los colores permanecen velados, insuficientes para nuestra sensibilidad. El oído, la respiración, la vista sufren. Las relaciones vitales de los objetos deben soportar su parte dominante de espacio. Hay que moverse – actuar – paralizar la Máquina de la Temperatura. Obligaremos a la Dirección Central a introducir el clima químico, los nuevos Gases que los aviadores han monopolizado – es una cuestión superior,

urgentísima, por la variedad de nuestro espíritu – se lucha durante generaciones por la defensa de la VARIEDAD – quien intenta ofenderla, ¡es culpable hacia los derechos del pueblo!» –

murmullo lineal de aprobación – atmósfera saturada de vitalidad

el vagón se detuvo – algunos se apearon sobre la nueva plataforma, otros montaron: por un lado muchos discos indicadores – el rojo (REPARADOR) señalaba el 22.º piso – vértigo en altura del ascensor

*

larga sala rectangular, pintada y construida con formas y matices sutilísimos, delicados y digestivos – cada uno se dirigió a su propio puesto con el número correspondiente

en la sala había unas 500 personas, vestidas del color psicológicamente indicado, pero varones y mujeres se parecían todos sin excesiva diversidad física, estética u ornamental

en la pared, cerca de las grandes ventanillas distribuidoras, figuraban escritos los alimentos artificiales del día, marcados con un número – el elegido se formaba mediante la rotación de una plaquita y era entregado automáticamente

– «la situación es muy grave – dijo el HOMBRE V. 17698, mientras rebanaba en el plato una ancha pulpa roja – si el movimiento se extiende, los desórdenes se multiplicarán. La Dirección Central no está dispuesta a limitar la Máquina de la Temperatura, que cuesta menos material que el clima químico. Sin embargo, la presión dimensional es insoportable y estamos todos exasperados. También hace dos años o cosa así la Máquina olfativa provocó una revuelta y fue vencida: el éxito costó un aumento de la fatiga humana, pero las condiciones ambientales mejoraron» –

– «en efecto es necesario adoptar una decisión porque el mal cunde – desde hace bastantes días el radiocinema tiene los colores influidos por un ligerísimo velo azul – la sensibilidad se resiente dolorosamente» –

...pasados diez minutos, todos en la sala habían acabado de comer: en la pared de enfrente empezó a funcionar un altavoz que transmitió las últimas noticias del día, ilustrándolas en una pantalla blanca situada arriba

el HOMBRE V. 17698 se volvió repentinamente hacia el compañero:

– «estos días has cumplido veinte años. Por lo tanto, tienes que casarte: por haberme demorado dos meses me castigaron muchos días suspendiéndome las comunicaciones radiofónicas – fue un tormento insoportable aquel silencio forzoso» –

el HOMBRE V. 6434 no respondió – miró al HOMBRE M. 10045, que le sonrió – dijo él:

– «ya lo he pensado, esperaba justamente el momento de hablar a nuestra amiga» –

ninguna emoción, ningún matiz de sentimiento: un contrato por necesidad social

se enseñaron las cartillas de condición civil: según el reglamento de VARIEDAD, el HOMBRE V. 6434 había cambiado varias veces de clase de empleo y dirigía entonces la Cabina 114 de la Central Mecánica – el HOMBRE M. 10045 estaba empleado en una sección radiotelefónica. Se pusieron de acuerdo pronto: al día siguiente harían registrar su unión y gozarían de un mes de libertad, que pasarían lejos mientras se les preparaba el nuevo apartamento reglamentario para dos (los hijos, nada más nacer, pasarían a ser propiedad del Estado)

– «iremos un mes a un hotel submarino. El cambio apropiado de presión atmosférica regenerará nuestra sangre, tras veinte años exactos de superficie terrestre» –

*

salieron los tres

tras unos minutos de ferrocarril y ascensores, se encontraron en la amplia terraza de un local nocturno: panorama circular de la ciudad – volúmenes complicados de casas y pisos metálicos – de canales y de calles de hormigón armado – de líneas y cables intrincadísimos. Estética brillante de absoluto esplendor mecánico, de colores lisos o luminosos, ambientalmente interpretados – masas líquidas de claridades geométricas, seccionadas por las cuchillas frías de lamparillas en contraposición – orquesta rumorística de vibraciones, latidos, zumbidos, silbidos, repeticiones – en todo el panorama se entendía la infiltración azulenta de la tiránica Temperatura artificial. En lo alto, en el espacio sin construir, espesor atmosférico de conos luminosos, coloreadísimos, influidos por la reverberación de la ciudad: en la parte superior, paso ininterrumpido e ilimitado de máquinas aéreas – en la parte inferior, estas podían detenerse quedando suspendidas en el vacío

el local tenía una arquitectura irregular de planos plásticos, decorados con un loco cromatismo: sentido espiritual de alegría, gozo, velocidad – cada mesita vivía su propia atmósfera de compensaciones por colores, luces, servicio, disposición – al fondo, un vasto escenario giratorio, donde se representaban las creaciones de la gran Casa de Arte urbana – el mismo espectáculo se reflejaba mecánicamente en cada casa, pero muchísima gente sentía la necesidad humana de la colectividad

público enorme de espectadores: varones y mujeres solo se distinguían por la chapa de metal con su número – en su mayoría pequeños y delgados, completamente calvos, débiles de fuerza física, pero nerviosísimos – la cara de un blanco – puro, oval, sin desarrollo maxilar, de

nariz larga, no había casi diferencias expresivas entre los individuos

esta semejanza estética mecanizaba a la humanidad: impresión visual de autómatas accionados, cuya materia era goma elástica, hierro, vidrio, madera barnizada – juguetes sensibles movidos por el desarrollo ambiental – la cuarta dimensión del local nocturno era riquísima de relaciones objetivas

– nuestros sujetos ocuparon una mesita de color naranja: empezaba la segunda parte del espectáculo – bailarines, perfilados en trajes de cartón durísimo que les confería estilizaciones geométricas, seguían las oscilaciones centrales de las construcciones escenográficas, las canciones parolíferas de los altavoces, las resonancias metálicas de los instrumentos rumorísticos. Complejo plástico emotivo, sensualizado por las esferas giratorias de luz metafísica, por la temperatura fresquísima y por las películas táctiles que se desarrollaban bajo las manos de cada espectador

en el intervalo, potentes aspiradores disminuían la expansión de las voces, de modo que cada mesita gozaba de su propia individualidad

el HOMBRE V. 6434 y el HOMBRE M. 10045 discutían apasionadamente acerca de la decoración artística de su próxima casa

de repente, entre elementos diversos, estalló un violentísimo conflicto que enseguida adquirió una vasta amplitud, generada por la tensión nerviosa de los acontecimientos ciudadanos – confusión, chillidos, calor, dinamismo de los sentidos, conflictos feroces – inmediatamente entraron en acción los guardianes civiles: una bomba en forma de embudo solidificó el aire en muchos metros cúbicos – casi todos los peleantes quedaron inmovilizados – los que quedaron fuera del espacio solidificado atacaron a los guardianes con detonantes eléctricos: un pavoroso

relampagueo de llamas violeta asató la claridad vertical de la sala

confusión, gritos, fuga vertiginosa. Nuestros sujetos llegaron a un ascensor interno que los bajó hasta la planta subterránea de la calle

– «la situación es alarmante – dijo el HOMBRE V. 17698 – tengo miedo de que la revuelta cunda, el descontento es demasiado general. Es mejor llegar a nuestros apartamentos para no quedar nuevamente cercados por el peligro de un combate» –

se saludaron: tres líneas ferroviarias los transportaron a sectores lejanos

*

el HOMBRE V. 6434 entró en sus habitaciones (la artística – la del aseo – la del descanso) – cerrando la puerta por la parte interior, dio vida al apartamento: luz, temperatura, movimiento. El aparato radiofónico lo informó de que el conflicto del local nocturno había acabado con el secuestro de diez peleantes: dos guardias, pese a sus trajes de materia aislante, habían quedado gravemente heridos

estaba cansado de la jornada de trabajo y todo el espíritu cálido de rebelión que dominaba a los ciudadanos le producía un malestar de nervios, un deseo de acción

en el aseo se desvistió: el chorro perfumado de un aparato mural lo refrescó – el bienestar físico disminuía la excitación moral

las formas simples y los colores velados de la habitación de descanso le normalizaron completamente el espíritu – se durmió tranquilo en el blando lecho de goma

*

el despertador de las ocho lo llamó al turno de trabajo: un baño eléctrico rapidísimo. En el tercer piso de la calle, la luz del sol mandaba reverberos desteñidos, casi insignificantes, sobre el brillo ininterrumpido de las lamparillas. La cabina 114 lo absorbió como parte humana de su actividad mecánica

tras su turno se vio con el HOMBRE M. 10045 y fueron a la Dirección Central – una espera brevísima y entraron en la oficina del Registro Civil – un empleado comprobó las libretas de condición personal, las timbró, tomó nota en un casillero – sobre una planta mural fijaron el nuevo apartamento para el mes siguiente

durante toda la tarde, en la Casa del Arte, hablaron de los elementos decorativos para la

residencia – sus gustos coincidieron en un tono dominante amarillo – violeta

pocas horas después, en ropa de viaje, cogieron sitio en el tren marino

misterio rojo de lo NUEVO

los vagones se deslizaron velozmente en el tubo de la calle, seccionando con los movimientos la geometría volumétrica de las luces

él dijo: – «las sensaciones de nuestra unión serán muy originales. El hotel submarino tiene una composición emotiva todavía desconocida a nuestros sentidos» –

en la cabina cilíndrica, de un azul brillante, estaban solos: dulcemente, sin pensar, acercaron los labios calientes, en un beso infantil...